
BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEJICANOS



BIBLIOTECA
DE AUTORES MEJICANOS

D. JOSÉ JOAQUIN PESADO

CORBEIL. — TYP. ET STÉR. CRÉTÉ

POESIAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

DE

D. JOSÉ JOAQUIN PESADO

LIBRERIA
DE
Joaquin Canales y Cía. S. en C.
4a. DEL 5 DE MAYO, 17
MEXICO

VERACRUZ — PUEBLA
LIBRERIAS
« LA ILUSTRACION »

PARIS
A. DONNAMETTE
81, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 81

1885



869.1
P43p

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL

SR. D. JOSÉ JOAQUIN PESADO

4 Feb. 38 JMH
Gen. Res. Van Nurne 27 Oct 37 Perrin

En medio de la convulsiones políticas que tanto trabajaron á nuestra sociedad desde que ésta logró independerse de su antigua metrópoli; entre el estruendo de la guerra civil, y cuando nuestro rico y extenso territorio era un inmenso palenque en que padres é hijos, hermanos y amigos se destrozaban sin piedad, y hacian correr á torrentes la sangre y las lágrimas de la gran familia mejicana; cuando las escenas que presentaba la República no eran sino las de muerte y exterminio, de incendios y fusilamientos, de persecuciones y venganzas, ¿ seria posible que se dejase oir el concertado y delicioso canto de los bardos, y que á los atronadores gritos del combate se juntasen los dulcísimos y enamorados lamentos de los trovadores, las cántigas de los privilegiados hijos de Apolo y los rítmicos y entusiastas himnos de los poetas? Las musas huyen del estrépito de las armas, y la inspiracion no se digna descender á la tierra cuando teme manchar sus blancas y doradas alas con el humo y la sangre de las batallas.

Y, sin embargo, entre esos negros y espantosos cuadros de llanto y desolacion, de incendio y muerte; entre los excesos lamentables que trae consigo el desbordamiento de las más exaltadas pasiones de partido, se presenta en nuestro cielo literario esa hermosa pléyade de los Quintana Roo y Sánchez de Tagle, de los Gorostiza y Carpio,

990053

de los Couto y Cuevas, de los Ortega y Alaman, de los Tacunza y Navarro, de los Prieto y Ramírez : agrupacion brillante de ingenio y saber, de inspiracion y poesía; timbre de eterna fama para el suelo en que nacieron y al que ilustraron con sus obras; monumento de justo orgullo para las letras mejicanas, y manantial fecundo de admiracion y estímulo para los corazones nobles y sensibles, para los espíritus levantados y entusiastas que aspiran á la inmortalidad y la gloria.

Lugar preferente entre esos ingenios que tanto han honrado á su patria ocupa el eminente poeta cuyas obras publicamos en el presente volúmen. Basta recorrer las páginas de este libro para convencerse de que el Sr. Pesado es una figura llena de nobleza y esplendor entre los esplendorosos y nobles campeones de la literatura mejicana. Mas no anticipemos la emision de nuestro humilde juicio crítico respecto de las poesías de este ingenio no comun, y procuremos trazar, siquiera sea á grandes rasgos, el retrato del personage que nos occupa. El virtuoso padre de familia, el eminente patricio, el digno magistrado no desdice, por cierto, del dulce é inspirado poeta, del fácil y castizo prosador, del valiente y sabio publicista.

El 9 de Febrero de 1801, vió Pesado la primera luz en el pueblo de San Agustin del Palmar, perteneciente á la antigua intendencia de Puebla, siendo sus padres D. Domingo Pesado y Doña Josefa Francisca Pérez, el primero, natural de Galicia en España, y la segunda nacida en Tuxtla, antigua provincia de Veracruz.

Inclinada la madre de nuestro poeta á la lectura y meditacion, natural era que despertase en su hijo, desde una edad temprana, la aficion á las letras, en las que el cantor de Elisa habia de distinguirse; y á los cuidados maternales debió Pesado gran parte de las dotes que, así en lo moral como en lo literario, más tarde le adornaron. Bajo la inmediata vigilancia de esa excelente madre, el poeta llevó á cabo sus estudios, sin concurrir nunca á

las aulas de ningun colegio; pero adquiriendo la variada y sólida instruccion de que más adelante dió muchas y muy relevantes pruebas. Un contemporáneo y amigo suyo dice: « Cuando trataba con naturalistas, médicos, jurisconsultos, teólogos y demás profesores, parecia que cada facultad era su fuerte; usando con naturalidad y sin afectacion el tecnicismo de cada ciencia y conociendo su historia á fondo; de lo que resultaba que su conversacion era amenísima, instructiva y nunca ociosa, ni superficial».

La poética ciudad de Orizava, donde la Señora Pérez se habia avecindado desde el año 1811, vió pasar bellos y felices los primeros años de la edad juvenil de nuestro poeta. Allí, entre aquella vegetacion rica y espléndida, bajo un cielo, á veces azul como el de Nápoles, á veces borrascoso como el mar cantábrico, pero siempre conmovedor y lleno de encantos; entre los aromas de floridos cármenes, y quejidos de tórtolas enamoradas, y murmurios de cristalinos rios, y besos de tibias brisas, el jóven Pesado soñó y cantó: espontáneas y sonoras brotaron de su corazon las más dulces y sentidas estrofas, y aspiró á ceñir sus sienes con el lauro que la inspiracion destina á sus escojidos. Allí se restañaron las heridas que en su alma de niño habian abierto la muerte repentina de su padre, el fin trágico de su padrastro y las escenas de sangre y desolacion que presenciara en su hacienda de la Vaquería. Allí por último, sintió despertarse por la primera vez en su corazon ese tiernísimo afecto, que el mismo poeta nos pinta en el prólogo de estas poesias, cuando dice: " Nunca se borran de la memoria los primeros amores; nacidos tal vez en la inocencia y educados entre las risas y los juegos infantiles, acompañan al hombre en la peregrinacion de su vida; lo llaman constantemente al sendero de la virtud; mitigan sus aflicciones; hacen alegres sus trabajos; enjugan sus lágrimas, y riegan de flores su sepulcro. "

Doña María de la Luz de la Llave y Segura, hija de una de las más recomendables y antiguas familias de Orizava,

y jóven dotada de hermosura, piedad y de altas prendas sociales y domésticas, fué el noble objeto que cautivó con sus virtudes y encantos el ardiente corazon de nuestro poeta. Bajo el nombre de Elisa, ella fué la que inspiró á Pesado sus más bellas composiciones eróticas, levantando el corazon de su amante hasta esas regiones de luz, sentimiento y armonia en que se arroba y pierde el alma soñadora de los poetas; y ella fué tambien la que pagó con su cariño y su mano los rendimientos enamorados de su tierno y dulce cantor. Casáronse en Orizava el 10 de febrero de 1822.

Dos años de goces no interrumpidos se siguieron á tan deseado enlace; pero¡ ay! que el destino preparaba á los enamorados esposos un golpe que debia herirlos en lo más sensible de su corazon. La Señora Pérez, resentida en su salud desde la sangrienta muerte de su segundo marido, pasó de ésta á mejor vida el 20 de setiembre de 1824, llenando de luto y lágrimas el tranquilo y feliz hogar de sus amantísimos hijos. Nube de tristeza y dolor que dejó una huella imborrable en la frente del poeta!

El cultivo de las letras, por una parte; y por otra el cuidado de sus intereses y los halagos de su Elisa, apartaron á Pesado durante largo tiempo de los negocios de la República, y sólo hasta el año de 1833 es cuando vemos á nuestro poeta ocupar un escaño en la Legislatura de Veracruz, y al año siguiente encargarse del poder ejecutivo del mismo Estado, en su calidad de vice-gobernador. Un poco más tarde, entusiasta defensor de los principios liberales que por entónces profesaba, los sostuvo en Méjico con notable habilidad y constancia en el periódico intitulado "La Oposicion," juntamente con el licenciado Don Francisco Modesto Olaguíbel y el eminente jurisconsulto y humanista Don Bernardo Couto.

Indudablemente nuestro Pesado, dice su entendido biógrafo el Señor Roa Bárcena, en sus funciones de representante del pueblo, gobernante y periodista, como sucede no pocas veces á los hombres públicos, habia ido

mucho más allá del límite que su conciencia le señalaba; y el disgusto y áun el remordimiento consiguiente le inspiraron acaso una de sus mejores poesías morales, " La Vision ", escrita por entónces, de que circuló copias manuscritas á sus amigos, y que incluyó en la coleccion de sus versos publicada en 1839. " Sea de ello lo que fuere, lo indudable es que desde el año 1835 se verificó en Pesado un cambio radical en cuanto á sus principios políticos; y ya en 1838 le vemos desempeñar el ministerio del interior, formando parte de la administracion emanada de las " Siete Leyes ", código que, centralizando el poder público y entorpeciendo el adelantamiento de las localidades, habia sustituido por entónces á la constitucion federal de 1824.

Una herida profunda recibió Pesado en abril de 1840, durante en permanencia en Zacatécas, adonde le habia llevado la negociacion minera del Tresnillo. Su adorada Elisa, víctima de una aguda enfermedad, falleció en la capital de la República, sin tener el consuelo de dar el postrer adios al amado de su alma. Pesado, al saber tan infausta nueva, se dirijió inmediatamente á Méjico, trató de consolar á sus queridos hijos, y en 1841 se trasladó á Orizava para encargarse, como administrador, de la fábrica de Cocolápam.

En las elecciones verificadas en 1843, conforme á las bases orgánicas, sancionadas y publicadas en 12 de junio del mismo año, nuestro poeta resultó nombrado senador; mas no se presentó á desempeñar tal encargo por cuanto, segun parece, su conciencia de hombre honrado le prohibia considerar como legítima su representacion, supuesto que las enunciadas bases eran obra, no de los apoderados del pueblo, sino de una junta de personas designadas por el Ejecutivo.

Por aquellos dias nuestro Don José Joaquin se enlazaba en segundas nupcias con una prima hermana de su inolvidable Elisa; y consagrado por entero á sus negocios de familia y al agradable cultivo de las letras, no le volve-

mos á ver en el teatro de la cosa pública sino hasta el año 1846, en que por muy poco tiempo se encargó de la cartera de relaciones exteriores. Un cambio político en el pais proclamaba de nuevo la constitucion federal de 1824, y el Señor Gómez Farías era llamado al ejercicio del poder supremo, como vice-presidente de la República.

Separado el poeta del ministerio que desempeñaba y dedicado con ardor á sus estudios favoritos, vió convertirse en negro luto y en profundo pesar la inocente y dulce alegría de sus hogares. Su hijo Don Joaquin, que acababa de casarse en Méjico con la señorita Segura, fué muerto á la salida del pueblo de San Agustin del Palmar; y sus asesinos, despues de consumar tal crímen y de registrar los bolsillos de su víctima, se retiraron sin haberlo despojado de cosa alguna; pero dejando bañada en lágrimas á su infortunada esposa.

En 1854, reinstalada la Universidad de Méjico por la administracion del general Santa-Anna, nuestro poeta fué incorporado á ella como doctor en filosofía. Notable bajo muchos aspectos es la oracion que Pesado pronunció en aquel acto solemne, y en su obra se revelan los principios filosóficos, religiosos y políticos del poeta, y sus ideas respecto de la enseñanza pública.

Ruda y sangrienta lucha siguióse al triunfo de la revolucion iniciada en Ayutla; y no sólo el estrépito de las armas llenó por entónces la vasta extension de la República, sino que ésta se vió inundada de multitud de publicaciones periódicas, en que los partidos que dividian la nacion, convirtieron la prensa en órgano de virulentos desahogos y en instrumento de vergonzosas y hasta feroces pasiones. Por aquellos tempestuosos dias, Pesado tomó la pluma en defensa de sus principios religiosos, y se encargó de la direccion y redaccion de " La Cruz ", notable periódico que prueba, ademas de las altas dotes del publicista, la buena fe con que el poeta se presentó en la liza, y la prudencia, el saber y la fuerza de voluntad que tanto le distinguieron.

Una nueva y terrible desgracia vino á amargar los últimos dias de Pesado. Su cuñado Don Vicente Segura Argüelles, propietario y redactor del " Diario de Avisos ", periódico en que se hizo una guerra sin cuartel al partido liberal, fué asesinado en la mañana del 28 de diciembre de 1860, por una guerrilla procedente del rumbo de Tacubaya. La esposa de nuestro poeta, hermana del infeliz Segura, creyó que el muerto habia sido Don José Joaquin Pesado, y tan profundo fué su dolor, y tan honda la herida causada en su alma por aquella desgracia, que perdió inmediatamente la razon, sin que los esfuerzos extraordinarios de la ciencia, ni los más exquisitos cuidados de la familia fueran parte á salvarla de la muerte que le sobrevino despues de tres dias de agudísimos padecimientos.

Tantas amarguras y dolores tan intensos abreviaron á nuestro poeta los pasos de su peregrinacion sobre la tierra. Tranquilo y resignado vió que se acercaban los últimos momentos de su vida; y con semblante sereno, despues de arreglar sus disposiciones testamentarias y de recibir los postreros y dulces consuelos de la religion de sus mayores, emprendió su viaje á las cinco de la mañana del 3 de Marzo de 1861. La patria perdió en ese dia uno de sus mejores hijos, y la literatura mejicana uno de sus más dignos y valiosos ornamentos.

Terminarémos estas breves noticias biográficas con el juicio que de nuestro poeta hace el ilustrado y concienzudo Doctor Don Sosé Maria Luis Mora, en su « Revista política. » « El Señor Pesado, dice, fué diputado al congreso de Veracruz bajo la administracion Farías; fué tambien electo para el gobierno del Estado, que no aceptó, y hoy (1836), vive en Méjico para honor de la República, que á mayor edad debia elevarlo á la primera magistratura, para cuyo desempeño tiene fuerza y capacidad sobrada. Ciudadanos de esta clase son raros, y la nacion que llega á tenerlos debe colocarlos en posicion proporcionada á sus talentos y virtudes. »

El Señor Pesado clasificó sus composiciones poéticas en amorosas, morales y sagradas; y en el prólogo que para ellas escribió funda perfectamente esa clasificacion al exponer sus ideas y sentimientos acerca del amor, de la moral y de la religion. Notamos, desde luégo, que las poesías eróticas, y principalmente las morales son inferiores con mucho á las religiosas ó sagradas, en que se revela el estro de nuestro poeta. En este género de composiciones Pesado descuella majestuoso, inspirado, verdaderamente sublime entre los antiguos y contemporáneos líricos de nuestra patria, y muchas de sus poesías religiosas son dignas de rivalizar con las más dulces del tierno San Juan de la Cruz y con las inimitables del maestro Fr. Luis de Leon y del divino Herrera.

Casi todas sus versiones de los salmos del profeta rey, su popular « Jerusalen » y sobre todo su bellísimo « Cantar de los Cantares », á trueque de pocos y casi insignificantes defectos, honrarán siempre al poeta é inmortalizarán su nombre entre los amantes de la literatura. ¿Quién, en efecto, no siente un inexplicable terror cuando escucha las magníficas estrofas del salmo LXVII?

Fulminando amenazas y castigos
Se levantó el Señor: sus enemigos
    Confusos, asombrados,
Como cera en ol fuego consumida,
Como arena á los vientos esparcida,
    Huyeron derrotados.

Notable es por su facilidad, dulzura y sentimiento la version del salmo LXXXIII. Veamos una de sus estrofas:

La tórtola querellosa
Halla á sus hijuelos nido,
Y el pájaro perseguido
Vuela á las selvas fugaz:
Cuando náufrago me via,
O extraviado en el desierto,
Era tu templo mi puerto,
Era mi nido tu altar.

El salmo CXXXVI es un modelo de belleza :

Del Eufrates remoto en la orilla
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura
La corriente con llanto aumenté.
De memorias funestas y amargas
Sólo vive el dolor que alimento :
En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.

Interminables serian las citas si fuésemos á copiar todos los pasajes notables que encontramos en las composiciones de Pesado; mas ni la índole de este trabajo ni el corto número de páginas que á él están dedicadas, nos permiten, como quisieramos, uno tan fácil como dulce y satisfactoria ocupacion para nosotros. Baste lo dicho en confirmacion de nuestro humilde juicio acerca de las composiciones religiosas del Sr. Pesado, y pasemos á hablar de las poesías amorosas y morales, que si bien no tienen el indisputable mérito de aquellas, no desdicen, sin embargo, del buen nombre de su autor, ni de la fama que Don José Joaquin disfruta en la república de las letras.

Notables son entre las eróticas las composiciones intituladas « Mi Amada en la misa de alba », « La Entrevista », « Rendimiento enamorado », « La salida al campo », « Elisa en la fuente » y » El Cariño anticipado », cuyos bellísimos versos andan en boca de los aficionados y son el recreo de los corazones sensibles y virtuosos.

Entre las morales, no son de desdeñarse, ni áun por los más exigentes, las poesías « A un niño », « La Vision », « Una tarde de Otoño », « El Sepulcro de mi madre. » y algunas otras otras que han merecido mencion bastante honorífica del eruditísimo académico español Don Marcelino Menéndez Pelayo, en su obra intitulada « Horacio en España ».

Algunos lunares se notan en las obras poéticas de Pesado, y nos atrevemos á marcarlos, no como un necio alarde de nuestros achaques críticos, sino como prueba

de la imparcialidad que nos ha guiado en nuestras apreciaciones.

En la estrofa tercera de la composicion « La Pérdida », aparecen como consonantes *abandono* y *como*, que no son sino asonantes. Igual defecto se encuentra en uno de los cuartetos de « El Valle de la infancia », en que el poeta rima las palabras *destinas* y *chinas*. La misma falta se comete en una de las octavas con que termina « La Jerusalen », apareciendo como rima perfecta *viva medida* y *homicida*.

Nótanse en estas poesías algunos versos mal medidos, como los siguientes de la composicion intitulada « Dios » :

" La razon tambien nos lo revela "
" Ven, pues, y con vuelo arrebatado. "

Abundan los versos indebidamente asonantados en composiciones de rima perfecta. Sirva de ejemplo lo siguiente :

Cual gigante se alzó el idumeo
Precedido del hierro y el fuego;
Tú lo viste frenético y ciego,
¡ Oh Señor ! devastar á Salen.
" ¡ Que perezca ! " clamó como un trueno,
Y los muros derrumba violento;
En un sauce ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.

El poeta descuida con frecuencia la parte prosódica en muchas de sus composiciones, é hizo mal uso de la sinéresis, formando diptongos inadmisibles. Sirvan de prueba los versos siguientes :

" Que sus dos labios dividia de rosa.
" Con que mi pecho sus deseos exhala. "
" Cual gota en el Oceano cristalino. "
" Do quier volvia su rostro vencedora. "

Ante el indisputable mérito de muchas bellísimas composiciones que se contienen en esta coleccion ¿ qué valen

los pequeños lunares que acabamos de indicar. Faltas son, en verdad, demasiado triviales, pero de su omision pudiera hacérsenos cargo por algun crítico severo, que tal vez nos acusaria, no sólo de indulgentes, sino hasta de parciales y apasionados en favor de nuestro poeta.

Con llave de oro vamos á cerrar nuestro imperfecto trabajo, insertando á continuacion el nombramiento de correspondiente extranjero con que la Real Academia Española honró á nuestro Don José Joaquin Pesado. El documento es como sigue :

La Real Academia Española, en consideracion á las relevantes circunstancias y copiosa erudicion que recomiendan al Señor Don Joaquin Pesado, residente en Méjico, y previo el exámen de sus obras poéticas ya conocidas y estimadas en la Península, porque entre otras dotes muestra en ellas el autor clásicos estudios, gusto depurado y castizo lenguage, se ha servido nombrarle, en la junta ordinaria de 13 del que rige, individuo de la misma Corporacion, en la clase de correspondiente extranjero, acordando que se le expida el presente diploma firmado por el Ecxmo Señor Secretario y autorizado con el sello mayor de la Academia. — Dado en Madrid, á 15 de Setiembre de 1860. — El director, *Francisco Martinez de la Rosa.* El Secretaro, *Manuel Breton de los Herreros.*

Pachuca, Junio 1º, 1883.

R. B. DE LA COLINA.

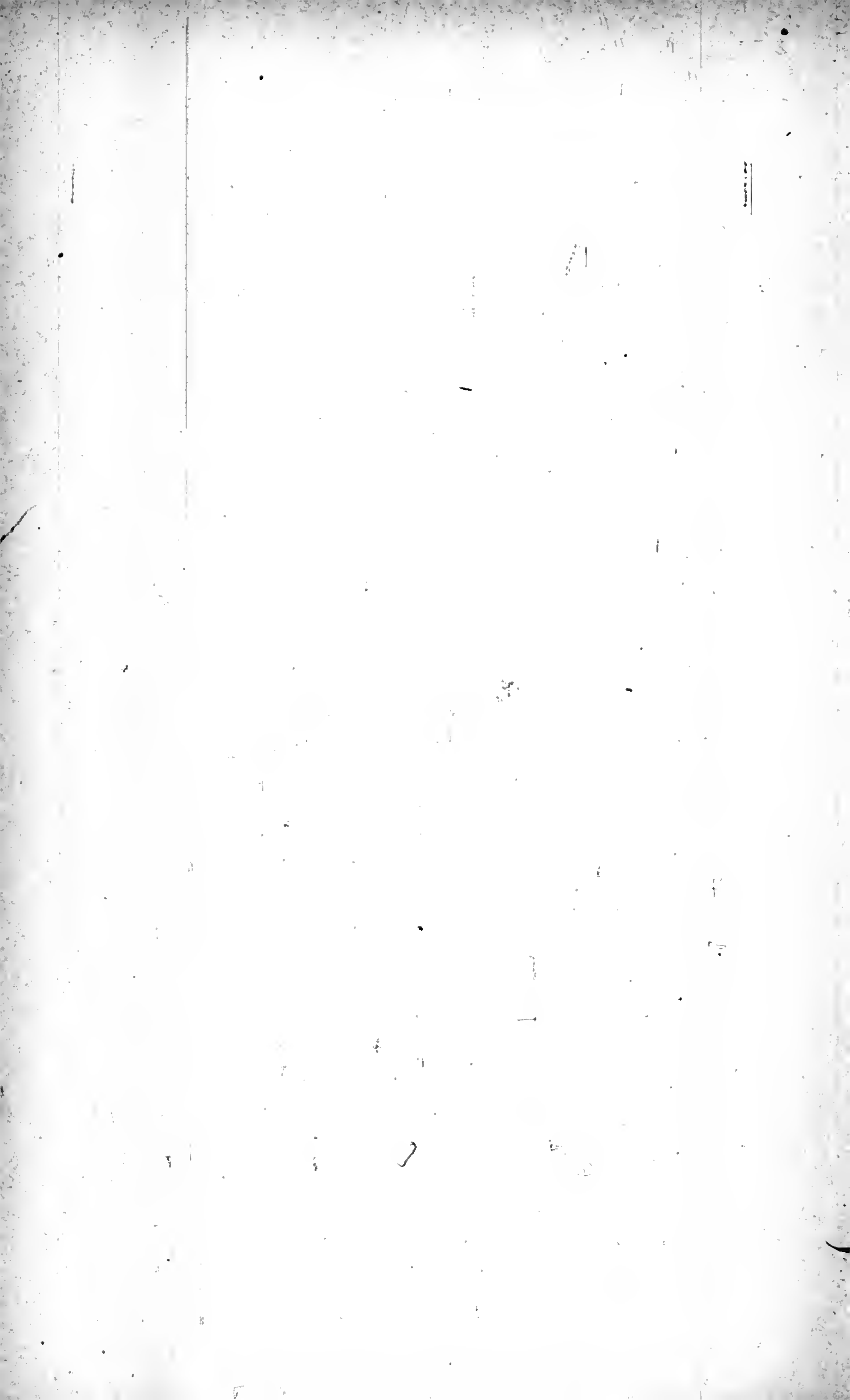


PARTE PRIMERA

RIMAS AMOROSAS

Si como tengo amor, tambien tuviera
De Petrarca el ingenio, tanto honrara
Tu nombre, que con Laura compitiera,
Y más, pues más te amé, te celebrara,
Miéntras durare la inmortal esfera.
¡ Oh dulce de mis ojos prenda cara !
Yo te prometo que tu númen sea
Luz de mi ingenio, y de mi pluma idea.

LOPE DE VEGA.



LA PRIMERA IMPRESION DEL AMOR

No sé qué me pasa
Desde que te ví,
Que el alma y los ojos
Se fuéron tras tí.
Tu imágen hermosa
Con duro buril
Grabada la tiene
Mi pecho infeliz.
Tu bello semblante
De rosa y jazmin,
Tus ojos vivaces,
Tu talle gentil,
Absorto contemplo
Mil veces y mil;
Si hablarte resuelvo,
No sé que decir,
Si callo, padezco
Tormentos sin fin.
Propósitos hago
Que no sé cumplir,
Y en vano procuro
Callar y sufrir.
Yo pienso que todos
Conocen en mí
Los duros rigores
Que me haces sentir.
Rendido á tus plantas
El alma te dí,
Y en duras prisiones
Me dejas vivir.

En llanto trocaste
Mi vida feliz,
Mi gusto en pesares,
Mi risa en gemir ;
Elisa inhumana.
Duélete de mí,
Si no quieres verme
De amores morir.

PRIMEROS AFECTOS

Pequeña, y con tu madre, y yo por guia,
Veniste al bosque de mi huerto ameno;
El aire de fragancia estaba lleno,
El cielo claro y apacible el dia.

Por las floridas sendas discurria
Dirigiendo tus huellas. En mi seno
Amor vertió dulcísimo veneno:
Como te ví, te di ¡ay! el alma mia.

Tú, en quien el cielo su beldad traslada,
En tierna edad encanto á mi memoria,
Y de mi lira inspiracion sagrada;

No esquives, por humilde, esta victoria
Sobre quien cifra en tu deidad amada
Todas sus dichas y laurel de gloria.

ELISA EN LA FUENTE

Me acuerdo de otro tiempo, que salias
Una tarde de Mayo calurosa,
Por gozar en la vega, niña hermosa,
Del fresco ambiente y de las aguas frias.

Los dorados cabellos descogias,
Los ojos inclinabas ruborosa,
Y orillas de la fuente bulliciosa
Ocultos pensamientos divertias.

En su terso raudal el agua pura
Retrataba tus formas expresivas,
Llenas ¡ay! de beldad y compostura:

Pasaron sus corrientes fugitivas,
Y en mi seno ha dejado tu figura
Memorias dulces y esperanzas vivas.

UN SUEÑO

(TRADUCCION DE VITTORELLI)

Escucha el sueño que anoche
Tuve de tí, Elisa mia :
La encantada cueva umbría
Creí de Anfriso mirar :
De Anfriso el sabio, que cuando
Levanta su negra vara,
Empaña la luna clara,
Embravece el hondo mar.

Díjele, tengo una llaga
En mis entrañas, acerba :
Aplícame alguna yerba
Que mitigue mi dolor :
Sonrióse el viejo, y me dijo :
— Huye de Elisa divina,
Para tí otra medicina
No tiene mi ciencia, no.

LA PASION OCULTA

(DURANTE UNA ENFERMEDAD)

El íntimo secreto de mi pecho
Hondo yace en silencio sepultado,
Y en amorosas lágrimas deshecho
Palpita el corazon despedazado.
Que lo sabes, Elisa, yo sospecho,
Aunque lo hayan tus labios recatado :
Tal vez tu corazon con sus latidos
Responde blandamente á mis gemidos.

¡ Oh qué lentas y amargas son las horas
Del que no mira más su dueño amado,
Y entregado á pasiones destructoras
Cuenta el tiempo lloroso y desvelado!
Ni tus palabras ¡ ay! consoladoras
Escucho, ni tu rostro sosegado
Me vuelve con su vista la alegria :
¡ Triste paso la noche, triste el dia!

De esperanza fugaz favorecido
Otro tiempo seguí tus luces bellas;
Ora gimo en ausencia desvalido
Exhalando en las sombras mis querellas.
Ya no gozo del Sol esclarecido,
Ni me alumbran de noche las estrellas :
Mi hermana es la letal melancolia :
¡ Triste paso la noche, triste el dia!

Este rudo tormento, que quebranta

Mis fuerzas, ya carece de remedio;
El cáliz de la vida en pena tanta
Causa á mi labio ya lánguido tedio :
Ya para separarnos se levanta
La eternidad inmensa de por medio :
Tú quedas á gozar placeres ciertos,
Yo bajo á la morada de los muertos.

Tù, respirando el aura de la vida,
¡Qué de bienes y dichas te propones!
De beldad y candor enriquecida,
Disfrutas de contentos é ilusiones.
Yo cercano á la fúnebre partida,
Estoy en el umbral de otras regiones
De silencio y terror, á cuya puerta
El llanto y el dolor viven alerta.

Tú, requebrada en tanto en los festines,
Oyes la voz que canta tus loores,
Coronada de rosas y jazmines,
En tu belleza, imágen de las flores.
Yo, tocando del mundo los confines,
Diciendo eterno adios á los amores,
Oigo el canto de muerte, que consuena
Y en los sepulcros lóbregos resuena.

¡Cuántas veces tu amante, que delira
Luchando con la muerte y la congoja,
Piensa, desventurado, que te mira
Y á tus brazos solícito se arroja :
En tu seno bellísimo suspira
Y con ardientes lágrimas lo moja :
Con mano cariñosa le consuelas
Y á su lado le asistes y le velas!

Cual celeste vision que en noche oscura
Baja del triste á suavizar las penas,

Así te miro yo brillante y pura,
Que de placer insólito me llenas:
Mitígase despues la calentura,
Y huyes, y de mis brazos te enajenas,
Dejándole á estos míseros despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Esta llama de vida, que me anima
Y tambien en mi daño se convierte,
El soplo, que la apaga, la reanima,
Semejante á la antorcha de la muerte.
Cuando la dura tierra me comprima
Privándome del bien ¡ay Dios! de verte,
En su profunda y pavorosa calma
El fuego vivirá de mi esperanza.

¡ Oh Elisa ! nunca olvides á tu amante
Y cuando pises mi sepulcro frio,
Aquí yace, dirás, el que constante
Esclavizó á mi imperio su albedrío.
El único dolor, que no es bastante
Á soportar mi pecho, es tu desvío:
Si olvidado de tí, mi bien, muriera,
Más que la muerte tu desden sintiera.

Escucha, pues, las quejas, que te envia
Mi voz desfallecida y dolorosa:
Un suspiro te pido, amada mia,
Que no me negarás, si eres piadosa.
Mira á tu triste amante en su agonía,
Concédele una lágrima preciosa,
Única recompensa que ha pedido
Por premio del amor más encendido.

EL DESVELO

> Al rayo de tu luz hermosa y pura
> Desvelado tu amante pierde el sueno.
> LOPE DE VEGA.

Resplandece á las puertas del Oriente
La estrella que los cielos enamora,
Y de Sirio la llama abrasadora
Se oculta tras los montes de Occidente.

Yace en silencio la afanosa gente,
Callan las selvas y la mar sonora,
Sólo el amante desvelado llora
Triste, esquivado, ó de su bien ausente,

Y yo á las puertas de mi hermoso dueño,
Entre recuerdos y temores paso
La dulce noche consagrada al sueño.

¿Moverála á piedad mi pena acaso?
¡Ah! no, que ciega á mi amoroso empeño.
Menosprecia la llama en que me abraso.

AMANTE DESDICHADO

(IMITANDO EL ESTILO DEL PETRARCA)

Gimo del mar en la abrasada orilla,
Do agitada del viento ruge la onda,
No hay blando halago que á mi voz responda,
Ni quien alivie el peso que me humilla.

Mi dolor á la gente maravilla,
De las iras de amor no hay quien me esconda.
Vive la angustia en mis entrañas honda,
Y hiel por llanto inunda mi mejilla.

Fortuna para mí su faz sañuda
Despiadada no altera, y en mi daño
El tiempo destructor no hace mudanza.

Presa indefensa soy de suerte cruda,
Y entre el temor vagando y el engaño,
Vivo al dolor y muero á la esperanza.

LAS ILUSIONES

Cuando la noche lóbrega revela
Sus misterios recónditos al alma,
En su profunda y pavorosa calma,
Mi corazon adolorido vela.

No merecer en tí, mi bien, recela
De los triunfos de amor hermosa palma,
Pero tu imágen aparece, y calma
La afanosa inquietud que me desvela.

Mi llanto enjugas, templas mis enojos,
Oigo la dulce voz con que me nombras,
Y tus caricias á mi queja opones:

Mas ¡ay! que burlas mis turbados ojos:
El nuevo sol, al disipar las sombras,
Desvanece tambien mis ilusiones.

Á UN RIO

Tù, cuyas aguas bajan sonorosas
En crecido raudal de la montaña,
Y dilatas tu curso en la campaña
Coronado de selvas espaciosas:

Deja que en tus orillas venturosas
Mi pena esplaye. El llanto que me baña
Mezclado á tus corrientes, te acompaña.
Hasta el salado mar donde reposas.

Por entre riscos y asperezas veo
Que llegas á tu término prescrito,
Despues de describir ancho rodeo;

Sólo mi padecer es infinito,
Pues vagando sin tino mi deseo
El bien no llego á ver que solicito.

AL SUEÑO

(IMITACION DEL ITALIANO)

Hijo de la callada, húmida, umbrosa
Noche, remedio dulce de los males,
Alivio en su dolor á los mortales,
Descanso de la vida trabajosa:

Mira mi alma infeliz, que no reposa,
Oprimida de penas desiguales:
Tiende ¡oh sueño! tus alas celestiales,
Vierte en mi corazon calma preciosa.

¿Dónde el silencio está que huye del dia?
¿Do el enjambre de ensueños, que en el techo
Revuelan, donde mora la alegría?

Te llama, vaste, y dejas que mi pech[o]
Sufra de amor la saña y la porfia,
¡Oh vigilia sin fin¡ ¡Oh duro lecho!

RENDIMIENTO ENAMORADO

Levantad, amada Musa,
De mi pluma el bajo vuelo,
Hasta el cielo donde vive
Mi amoroso pensamiento.
QUEVEDO.

Donde el Albano turbio y caudaloso,
Entre montañas ásperas nacido,
Baja por hondo cauce pedregoso;

Y con sonante curso retorcido
Ciñe la hermosa villa y el aldea
Y el bosque umbroso y prado florecido,

Allí reside Elisa: allí campea
Su divina belleza: allí galana
Todo lo vivifica y hermosea.

Con ella vive en opresion tirana
El mismo Amor, en hábito distinto,
Sin arco ni carcaj, en forma humana.

Todo espira placer en su recinto;
Las gracias y las risas amorosas
La siguen en confuso laberinto.

Mas ¡ay! ¡y qué de pruebas dolorosas,
Qué de afectos fervientes y deseos
Burlaron sus entrañas rigurosas!

Su esquiveza la da nuevos arreos,

Y heridos corazones de amadores
Á sus plantas la sirven de trofeos.

Brillaba el Sol con nuevos resplandores,
Y á la templada luz de primavera
Despertaban las aves y las flores;

Cuando mis ojos por la vez primera
Miraron la deidad, y el pecho mio
Sintió del crudo amor la llaga fiera;

Desde entónces esclavo el albedrío
Quedó al imperio de su rostro bello,
Y á su honesto desden, y á su desvío.

La espléndida madeja de cabello,
Que en proporcion vistosa se derrama
En ondas de oro por el albo cuello;

La frente de marfil, la dulce llama,
Que en sus serenos ojos arde y brilla,
Todo, mi triste corazon inflama.

¡Oh tú, que eres hermosa á maravilla!
Si supieras las dudas que me aquejan
¡Cómo estimaras mi pasion sencilla!

Si tus severos padres no te dejan
Ni tu mismo recato te permite
Oir amores, que de tí me alejan:

Siquiera por piedad, Elisa, admite
Que mis amantes ojos te veneren,
Y que sólo á mirarte me limite.

Yo sé que mis miradas te refieren
Los íntimos secretos que á sus solas
Las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar los dotes que acrisolas,
Se conturba mi triste pensamiento,
Como en profundo mar las turbias olas,

Cuando allá removidas de su asiento
Por la tendida playa van sonando,
Agitadas del austro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso blando,
Que puedan mitigar el fuego ardiente,
Que mi interior ¡ ay Dios! está abrasando.

¡ Qué triunfadora siempre, qué presente
Estás á mi memoria noche y dia,
Númen de mis afectos y mi mente!

¡ Portento de modestia y gallardía!
¡ Gloria de la region veracruzana!
¡ Lustre y decoro de la patria mia!

¿ Quién gozó de tu vista soberana,
Que no quedase con placer rendido
Juzgándote deidad en forma humana?

¿ Quién ante tus altares fué admitido,
Que á tus vivos reflejos deslumbrado
El alma no rindiese y el sentido?

¿ Quién no se conoció todo abrasado
De inextinguible ardor? ¿ Quién pudo verte
Sin sentirse en un punto trasformado?

¿ Y quién sin adorarte, conocerte?
¡ Criatura celestial! Mujer divina!
¡ Cuán distante estoy yo de merecerte!

Pero siguiendo al astro que me inclina

Al amor, mi esperanza se levanta
Hasta tocar la luz que me ilumina.

Si soy merecedor de dicha tanta,
Permíteme, señora, que yo imprima
Mi labio humilde en tu adorada planta.

¡ Oh, si el fuego sagrado, que sublima
El canto del mortal, y lo derrama
Del polo helado, hasta el opuesto clima,

Vivificase el estro que me inflama!
Tu nombre y tu beldad, Elisa mia,
Vivieran en los ecos de la fama.

Tu cantor solamente me diria,
Y desciñendo entónces de mi frente
El laurel de la sacra poesía,

Á tí lo consagrara reverente;
Perpetuando en tus aras la memoria
De mi abrasado amor, de gente en gente.

Al dejar esta vida transitoria,
Ocupáras de lleno en las alturas
El círculo esplendente de la gloria.

Venciendo del olvido las oscuras
Sombras, gozáras siempre los honores,
Que el mundo rinde á las esencias puras.

Sonáran donde quiera tus loores,
Y hasta los rudos pueblos más distantes
Te aclamáran deidad de los amores.

Á tí se dirigieran los amantes

Elevando sus ruegos á tu trono,
Entre inciensos y antorchas rutilantes.

Pero ya que los cielos en mi abono,
No igualaron su don á mi deseo,
No alzaron de mi voz el débil tono,

Lo que puedo te doy: aquesto creo
Que merezca de tí ser admitido,
Dándome tú el valor que no poseo.

Que á veces la deidad ha preferido,
El pobre don del rústico villano,
Con amor en sus templos ofrecido,

Al presente del rico ciudadano.
Yo te ofrezco el afecto más sincero
Que ha existido jamas en pecho humano.

Cuando recuerdo, Elisa, que te quiero,
Y que habiendo nacido para amarte
Al universo todo te prefiero:

Cuando fiija la mente en contemplarte,
Preveo yo, que en el sepulcro frio
Aún habràn mis cenizas de adorarte;

Se exalta mi valor, crece mi brío.
Sabiendo que tan alto pensamiento
Nació en mi corazon, y es todo mio.

Si admites los aplausos de mi acento,
Y recibes el don de mi alabanza,
El premio logrará mi rendimiento,
Que en la tierra mortal ninguno alcanza.

LA SIESTA

ROMANCE.

Entre nublados y lluvias
Pasó el helado Diciembre,
Y nuestros campos visitan
Las horas de Abril alegres.

Sobre el firmamento puro
El alto Sol resplandece;
Y de su fuego las sombras
Á los ganados protejen.

La primavera galana
Vida y esperanzas vierte:
Todos los seres se gozan;
Ménos yo, de Elisa ausente.

Del tormento que me causa,
Quizá descuidada duerme,
Llena de ilusiones dulces
En sus floridos vergeles

Gozando la grata sombra,
Que sobre la yerba ofrecen
Los frondosos naranjales
Y los erguidos cipreses.

Donde yedras y jazmines
Formando frescos doseles,
Entre perfumes y flores
Del Sol la guardan corteses.

Donde corriendo sonora
Por entre lirios la fuente,
Copia su beldad dormida,
Que muda deidad parece.

¡ Amor, que bella á mis ojos
Haces que su faz se muestre!
¡ Cómo al mirar su hermosura
Mi seno en fuego se enciende !

¿ Do vas, atrevido amante?
Suspende el paso, detente,
No profanes atrevido
Ese misterioso albergue,

Si en él el amor se anida
Es el amor inocente;
El recato lo custodia,
Y la virtud lo defiende.

Mira dormidos sus ejos;
Mira, por su linda frente
Vagar el dorado rizo,
Que el soplo del aura mueve.

Una posesion tan alta,
¿ Quién es el que la merece?
Basta que tu amor conozca
Para que premiado quedes.

Basta que Elisa no ignore
Tus afectos reverentes,
Y que en su memoria ilustre
Alguna vez le recuerde.

¡ Oh, si sus ejos divinos
Hácia los tuyos volviese!

¡ Ojos que el alma arrebatan
Con mansedumbre celeste!

¡ Ojos. que subyugan dulces
Los corazonos rebeldes!
¡ Ojos que en llamas de amores
Todo cuanto ven convierten!

Tal vez entónces piadosa
(¡ Oh delirio de la mente!).
En su adorador mirara
Lo que su hermosura puede.

Mirara, como arrobado
No hay momento en que no piense
En sus nobles perfecciones,
Y en sus dotes eminentes:

Como las aguas fugaces
Con tristes lágrimas crece,
Y el aire que lo circunda
Con sus suspiros enciende.

Tal vez se sucederia
El cariño á los desdenes,
Y en ella el amor triunfára
De sus entrañas cruëles.

¡ Vano imaginar de amante!
¡ Corazon, qué infeliz eres!
Mentidas glorias te formas
Y en imposibles te pierdes.

Elisa jamas ha amado,
Ni de sus labios esperes
Palabras que en tus oidos
Llenas de esperanza suenen.

Si es tu destino el amarla,
Á lo ménos te consuele
Que si por ella suspiras,
Dichosamente padeces.

El Sol en su carro de oro
Hácia el ocaso se vuelve,
Vertiendo púrpura y llamas
En los mares de Occidente.

El antiguo, sacro Rio,
Ornado de juncos verdes
Vuelca sus urnas de plata,
Y sus raudales extiende.

Corre de luz inundado
Y al pié del monte eminente,
Por ver la deidad que adoro
Rápido su curso tuerce.

Los álamos de su orilla
El viento sonoro mueve,
Y entre sus ecos de triunfo
Mis tristes ayes se pierden.

LA ENTREVISTA

Mihi se, non ante oculis tam clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma..... Dea.

VIRG. *Æneid*, lib. II.

Era de noche, y la argentada luna
De rayos apacibles coronada,
Limpia y sin mancha en el azul del cielo,
Reina de las esferas se mostraba.

En silencio la tierra se envolvia ;
Callan los vientos y las selvas callan :
Sólo se oye á lo léjos el murmullo
Con que descienden rápidas las aguas.

Cuando salgo dudoso y me encamino
Por medio de una calle solitaria,
Do las casas simétricas se elevan
Oscuras de una parte, de otra claras.

Tomo la márgen del undoso rio,
Que la villa feliz divide y baña,
Mirando sus corrientes cristalinas
De plátanos y fresnos adornados.

En sus remansos trémulos el cielo
Con vivos resplandores se retrata,
Y los ramos se agitan blandamente
Al amoroso soplo de las auras.

En memorias gratísimas de Elisa
Llena de admiracion discurre el alma,

Su hermosura contempla, y se embebece
Siguiendo los destinos que la llaman.

Ora me la figuro entre las sombras
De aquella extensa y fértil enramada,
Ora en la orilla opuesta, ora más lejos
Parece que me mira y que se pára.

Ora como ángel puro tiende el vuelo
Del éter claro á las regiones altas :
Suspenso y triste con la vista sigo
El rastro luminoso que señala.

Vuelvo luégo los ojos á la tierra,
Arrasados de lágrimas amargas,
Y la miro á mi lado compasiva
Templando con su vista mis desgracias.

Entre sueños su imágen se me ofrece
En un punto salvando las distancias,
Y con su acento y celestial sonrisa
Mis inquietudes y temores calma.

Así suele en tormenta tenebrosa
La estrella aparecer de la mañana :
Cesa el viento, disípanse las nubes,
Y se aduermen las ondas alteradas.

No hay trance de mi vida, no hay momento,
Que no mire su imágen adorada,
Que no beba sus luces y no siga
Las invisibles huellas de su planta.

Pero ella, aunque risueña, siempre huyendo
Vaga en torno de mí, cual forma vana
Que gira luminosa en los sepulcros
Á la voz del conjuro que la llama.

¿ Quién me impide gozar, querida mia,
En dulce posesion tu beldal rara?
¿ Qué fuerza, qué poder irresistible
De tus brazos bellísimos me arranca?

Sin embargo, esta tarde cuando via
Lleno de turbacion su hermosa cara,
Me pareció que en sus divinos ojos
La compasion benéfica brillaba.

Y aunque de responder á mis querellas
El bello labio tímida recata,
Supe que con aprecio mis papeles
En el nevado seno cubre y guarda.

Al recordar aquesto ya respiro
El hálito vital de la esperanza,
Palpitan las entrañas conmovidas
Y el pecho fervoroso se dilata.

En tales pensamientos sumergido
Silencioso y absorto caminaba,
Cuando me advierte ser la media noche
El pausado tañir de una campana.

Dilátase el sonido y le repiten
Los bronces de otras torres más lejanas :
Vuelve todo al silencio, y yo me encuentro
En los bellos jardines de mi amada.

Hora del cielo recibes
Dulcísimas impresiones :
Inocentes ilusiones
Acaso gozas feliz.
El sueño sus blandas alas
Sobre tus párpados tiende,
Y á tu lado te defiende
Invisible un serafin.

Paz apetecible gozas
Concedida á la inocencia,
Que el clamor de la conciencia
No te llena de temor.
No conoces las congojas
Que persiguen al malvado,
Ni con golpe desusado
Tu seno late veloz.

Tal vez en bosques sombríos
Hora te parece que entras,
Donde de súbito encuentras
Un encantado jardin;
Y aguas allí cristalinas,
Dulces aves, frescas rosas,
Y mil doncellas hermosas
Coronadas de alhelí :

O que miras en el cielo
De los ángeles el coro,
Y escuchas sus harpas de oro
Sobre la bóveda azul :
Y que caminas errante
Sobre la luna y estrellas,
En donde estampas tus huellas
Toda vestida de luz.

Ah! ¿ nunca de mì te acuerdas?
¿ No vuelves á mì los ojos?
¿ No recibes por despojos
El alma y el corazon?
¡ Oh si piadosa entre sueños
Tu humilde amante mirases,
Y en mi seno contemplases
Los estragos de tu amor!

¡ Oh si dejases el lecho
Donde descanso recobras,

Y calmases las zozobras
Del que sólo vive en tí!
Á tus umbrales clavado
El corazon se me hiela:
¿Será que á solas recela
Un dudoso porvenir?

Corre la vecina fuente
Entre las guijas con prisa,
Sopla la delgada brisa,
Esta es la hora del amor:
Levántate, amada mia,
El blando reposo deja,
Oye la encendida queja
De tu constante amador.

La pasion á mis labios inspiraba
Esta cancion de amor ruda y sencilla.
Y mi sentido canto resonaba
Bajo la selva de la verde orilla:
La recóndita luz que me alumbraba
Ya manifiesta ante mis pasos brilla:
¿Quién es el que por señas no adivina
El premio que su amada le destina?

Sí, que el oculto amor ingenuo y puro
Al paso que se envuelve en el misterio,
Tambien erige plácido y seguro
En el silencio y soledad su imperio:
Penetra con valor en lo futuro,
Hace amable su eterno cautiverio,
Y vertiendo de fuego inspiraciones
Convierte en realidad nuestras ficciones.

¡Ojos que habeis enviado al alma mia
Tantos rayos de vida y de esperanza,
Y disipado la tiniebla fria
Del olvido y letal desconfianza,

Salid á derramar el alegría,
Si el poder de mi ruego á tanto alcanza
¡ Encuentren fin mis ansias y mi pena
En vuestra vista cándida y serena !

¡ Ah ! no ha salido mi esperanza vana,
(Un sentimiento fiel me lo decia)
Abrese de repente una ventana,
Y al trémulo fulgor de una bujía,
En una estancia donde de oro y grana
Varia labor en torno relucia,
Vagar incierta tras las rejas miro
La amorosa beldad por quien suspiro.

Al jardin descendió despues Elisa,
Deidad de aquella noche silenciosa:
Animaba su faz honesta risa,
Que sus dos labios dividia de rosa ;
Por el erguido cuello y frente lisa
La rizada madeja de oro ondosa
Bajaba, realzando la nobleza
Del alzado perfil de su cabeza.

Y llevando la vista hácia la altura
Por ver del cielo el luminoso manto,
Manifestó de modo su hermosura,
Que fué del orbe admiracion y encanto:
Si copiarse quisiese su figura,
¿ Qué divino pincel bastara á tanto?
¿ Qué dibujo, qué luces, qué colores,
Á su beldad no fueran inferiores?

Jamas ojos tan lindos contemplaron
Del ancho espacio las moradas bellas.
Y ante mi vista atónita brillaron
Cual brillan en el cielo las estrellas.
Á lo íntimo del seno penetraron
Traspasándolo allí con sus centellas ;

Do quier volvia su rostro vencedora,
Con nuevas gracias triunfa y enamora.

De un impulso secreto conducido
Y á tantas luces deslumbrado y ciego,
La mente enajenada, y sin sentido,
Muevo la planta, y á las suyas llego;
En llama inextinguible consumido
Á los delirios del amor me entrego;
Y entre la duda y el temor, incierto,
Mi corazon á su presencia vierto.

El rubor candoroso y la sorpresa
Que en su semblante virginal se via,
Cuando mi boca vió en su mano impresa,
Que yo de ardientes ósculos cubria,
Y á mi declaracion de amor expresa
Con sonrisa dudosa respondia:
Bien pudo todo el ánimo sentirlo,
Mas no es dado á la pluma describirlo.

Tú, que perplejo la respuesta oiste,
Que el amor la dictaba y su inocencia,
Y testimonios ciertos recibiste
De una nueva y feliz correspondencia:
¡Sensible corazon! ¿cómo pudiste
Manifestar entónces resistencia?
¿Cómo con tantas dichas oprimido
No quedaste á sus piés desfallecido?

Allá en aquel lugar de las delicias,
Que por la mano fué de Dios plantado,
Do brindaba la tierra por primicias
Cuanto tiene de dulce y regalado,
Objeto de transportes y caricias,
De belleza ideal vivo traslado,
No se mostró á los ojos más hermosa
Del primer hombre la inocente esposa,

Que en aquesta ocasión, Elisa amada,
Se presentó á los mios tu figura,
Do toda perfeccion está cifrada,
Alma real, tesoro de ventura.
¡ Diosa de mi cariño idolatrada
Siempre serás, mi labio te lo jura:
Una gloria mayor que tú, no creo
Que pueda imaginársela el deseo.

¿ Do habrá dicha mayor, mi bien, que verte,
De tus bellas acciones ser testigo,
El alma consagrarte y merecerte,
Estrechándose á tí con lazo amigo,
De tu acento pender, y hasta la muerte
Bajo un techo vivir siempre contigo?
¡ Tu dulce posesion para mí encierra
Cuanto bien es posible acá en la tierra !

Si lanzado del orbe á los confines
Viviera entre tinieblas y entre horrores,
La memoria de tí, de estos jardines,
Allí disiparia mis terrores.
Este sitio, esta fuente, estos jazmines
Forman el bello Eden de mis amores,
Y tú eres la deidad que en él derrama
Placer y vida, y en amor lo inflama.

Si en el mundo no hubiesen existido
Genios claros y tiernos corazones,
Que hubieran á sus versos transferido
Del alma las profundas impresiones,
Tú habrias en los hombres producido
El arte de pintar sus sensaciones,
Entre aplausos contigo naceria
Circundada de gloria la poesía.

Perdona tú, si desvalido, oscuro,
Me atrevo á celebrarte en tosco verso,

Y cuando tu beldad cantar procuro,
Descubro mi pasion al universo :
Es mi felicidad tu afecto puro :
Es mi eterno blason tu nombre terso :
Eres tú la graciosa inteligencia
Que embellece y anima mi existencia.

Ya del Oriente en la region vacía
Sobre los altos montes se levanta
La mensajera del luciente dia
Coronada de perlas la garganta.
Respira entre las hojas la aura fria,
El arroyo en las peñas se quebranta,
Sus tonos melodiosos y suaves
Al viento esparcen las canoras aves.

Adios, Elisa, adios, y nunca olvides
Á este amante feliz pues que te adora :
Y ya que de sus brazos te divides,
En su ardiente pasion piensa, señora.
En la bella morada en que resides
Queda mi corazon, Adios. — La aurora
Disipando del mundo el dulce sueño,
Me aleja de la vista de mi dueño.

ENCUENTRO FELIZ

> Aprendió gentileza y cortesía,
> No soberbio desden, no pompa vana.
> LOPE DE VEGA.

En aqueste lugar, Elisa mia,
En una hora feliz te vi delante,
Mi vista te gozó por un instante
Más llena de beldad que el sol que ardia.

Con modesto despejo y cortesía
Risueña saludabas á tu amante:
¡Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¡Tu clara voz, cuán llena de armonía!

Á tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.

Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oidos.

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA

Et vera incessu patuit Dea.
VIRGILIO.

I

Puras estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo :

¡ Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado,
Que al mudo silencio fio !

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplandor,
Y levanta mi esperanza
Á otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiene
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla

El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
Muestras la noche sus galas:
¡Oh cielos, y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á esa esfera!

Yo sé que sobre esta altura
Es el amor más perfecto,
Es sin ficcion la ternura,
Más inocente el afecto.
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mia
Visitara esas regiones
Donde siempre mora el dia,
Bañados los corazones
De purísima alegria.

¡Oh estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto:

Haced que el benigno sino,
Que me tocó el nacimiento,
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II

¡Oh tù! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,

Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura :

Astro glorioso, que á mi mente envia
La inspiracion de un puro sentimiento :
Imágen cara á la memoria mia,
Alma del pensamiento :

Modesta vírgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora :

Bajo el abrigo de la noche umbría
Presente estoy (disculpa mis arrojos)
Para gozar del alba ántes del dia
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero más tus dulcísimas miradas
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que sólo quiere ;
Permite, ídolo mio, que te mire,
Y humilde te venere.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella :
Á darte la alboroda se adelanta
Mi tímida querella.

III

El lucero matutino
Coronaba el horizonte,

Y de la aurora vecina
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
En las elevadas torres,
Anuncian que viene el dia
Con repetidos clamores.

Á misa salió mi amada
De sus umbrales entónces,
Como la mañana bella,
Y fresca como las flores.

III

El recato y la modestia
La van siguiendo conformes,
Dos íris lleva en sus cejas,
Y en sus mejillas dos soles.

Do quier que vuelve la vista
Hace que encendidos broten
De sus miradas deseos,
Y de sus labios, olores.

Un vientecillo ligero
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en órden.

Con la mano los sujeta,
Dando á sus miradas nobles
Tal expresion de dulzura,
Que conmoviera los bronces.

Toma el camino del templo,
Diversas calles traspone,

Pisa las gradas ligera,
Y bajo el pórtico entróse.

Como exhalacion ardiente,
Que las densas nieblas rompe,
Y alumbra por un momento
El aire, el mar y los montes,

Así se mostró en su curso
Esta aparicion veloce:
Á sus luces repentinas
Desapareció la noche.

Tras sus pisadas camino
Y llego á la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
Luégo en el suelo los pone,
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los blandones.

IV

Cuando en el templo postrada
Estás ante el Sér inmenso,
Entre una nube de incienso
Símbolo de la oracion:
Me parece que eres ángel
Que al trono de Dios asiste,
Y que por el hombre triste,
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
Ciñes tú de la inocencia,
Y brilla la inteligencia
En tu frente virginal.

En tu corazon se ocultan
De amor los puros afectos,
Y en tu mente los conceptos
De la ciencia celestial.

¡Oh cuánto respeto imprimes:
Eres bella, ingenua, pura,
Y reinas en una altura
Harto superior á mí!
Moradora del empíreo,
(No sé yo como te nombre)
¿Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar á tí?

Con esas formas divinas,
Que acá en la tierra demuestras,
Das al que te mira muestras
De la hermosura eternal:
Ya sé lo que vale el alma
Que mis sentidos anima,
Pues que conoce y estima
El precio de tu beldad.

Si gentil hubiera sido,
Altares te levantara,
La rodilla te doblara,
Y fueras mi diosa tú:
Incienso y flores rendido
Tributara á tu belleza,
Emblemas de tu pureza,
Y tu fragante virtud.

Hoy eres á estos mis ojos
Imágen por excelencia
De la suma inteligencia,
Pues que cristiano nací:
Espíritu que me guia
En los caminos del mundo,

Y en el piélago profundo
Norte fijo para mí.

¿ Qué fuera del globo triste,
De espanto y de sombras lleno
Si no brillara en su seno
Tu rayo consolador?
Tú disipas los temores,
Todo el universo alegras,
Y haces sus moradas negras
Pensil donde reina amor.

V

¡ Cuándo verán mis ojos aquel dia
En que dueño feliz de tu hermosura,
Ni el rigor tema de la suerte impía,
Ni que vuele cual sombra mi ventura !

De inmarcesibles rosas coronado,
Bajo las alas del amor propicio,
Disfrutaré en tu seno reclinado
De todos los tesoros que codicio.

LA INSCRIPCION

Árboles, que adornais de este mi rio
Con vuestra verde pompa la ribera,
Y cuando el Sol ardiente reverbera,
Dulce sombra ofreceis al dueño mio :

Vierta el cielo en vosotros su rocío,
Despiadada segur jamas os hiera,
No se aleje de vos la primavera,
Ni os toque el aquilon nevoso y frio.

Miéntras en vuestras ramas extendidas,
Del zéfiro á los soplos delicados
Brillan las verdes hojas sacudidas,

Permitid que estos rasgos abreviados
(Señales de mi bien ya conocidas)
Deje en vuestras cortezas entallados.

LA SALIDA AL CAMPO

¿Cómo ocultarte pudieras
De mi vista enamorada,
Si lo que cubren tus ropas
Tu belleza lo declara?

¿Pudiera no conocerte?
¿Cuándo un amante se engaña?
En mí con rasgos de fuego
Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda
Ornado de punto y gasas,
Y tomaste otro vestido
Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos
Tambien el Amor se agrada,
Y bajo paños humildes
Sus tiernas formas disfraza.

¡Qué gallarda te presentas,
Hermosísima aldeana!
¡Qué bien cogido el cabello
Trenzado en torno con gracia!

Las florecillas silvestres,
Que en él entretejes y atas,
Se muestran envanecidas
De verse allí colocadas.

Y el rebozo que á tus hombros
Luce con labores varias,
Contrasta con el vestido
Simple y desnudo de galas.

Vencen en estima y brillo
Á las margaritas raras,
Los abalorios que llevas
Á la cándida garganta.

Y la cadena que el pecho
Con dobles vueltas te enlaza,
Es muestra de la que liga
Á tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras
Miraron las selvas altas
Prodigio que así pudiese
Ser de adoraciones causa.

Ni áun al paganismo ciego,
La cazadora Diana,
Se representó tan bella
Por los bosques y montañas.

La pobre choza que habitas
Es ya gloriosa morada,
Donde la hermosura reina
Con nuevos triunfos y palmas.

Mudos y en silencio miran
Tu belleza soberana
Los labradores con gozo,
Con turbacion las serranas.

Tú de la ciudad trajiste
El Amor á las cabañas.

¡Cuántos afectos se ocultan
Bajo sus techos de paja!

¡Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuántas amorosas ansias
Perturban en estos sitios
La antigua paz que gozaban!

Las quejas de los amores
Y la voz de la alabanza
Entre los bosques resuenan,
Y en las cimas escarpadas.

Vamos á la fuente, Elisa,
Oye en las floridas ramas
Las aves, que en sus gorgeos
Deidad del campo te llaman.

Oye como tierna arrulla
La tórtola solitaria,
Que del ausente consorte
Lamenta ya la tardanza.

Aman las frondosas vides
Y á los árboles se abrazan,
Aman las parleras fuentes,
Y hasta los peñascos aman.

¡Qué mucho si cuanto miras
En vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres
Con que brinda la campaña,
Y miéntras dure la siesta
Goza las templadas auras.

El césped te ofrece asiento,
Sombra la verde enramada,
Fragante aroma las flores,
Y su frescura las aguas.

RETIRO CAMPESTRE

Cuando tú, compañera de la flores,
Vienes á embellecer mi pobre quinta,
Ella te ofrece en su extension sucinta
Sitio de gustos, y lugar de amores.

Árboles, fuentes, bálsamos, olores,
Prodiga Mayo, que risueño pinta
Para tí el huerto, con labor distinta
De variados matices y colores.

Aquí del césped en la verde alfombra,
Donde corre el arroyo con sosiego,
Y tiende el bosque su apacible sombra,

Víctima de un amor inmenso y ciego,
Sobre aquesta ara, do mi voz te nombra.
Arde mi corazon en vivo fuego.

A ELISA EN LA PRIMAVERA

E gli amanti pungea quella stazione.
Che per usanza a lagrimar gli appella.
PETRARCA.

IDILIO.

Cesó el invierno duro y aterido
De ejercer en los montes su violencia,
Y el sol de nueva claridad vestido
Llena el orbe de luz con su presencia :
Aparece la hermosa primavera,
Y el campo cobra su beldad primera.

Aquesta es la estacion de los amores :
Alégranse las plantas y las fuentes :
Reverdecen los árboles mayores
Alzando al cielo sus antiguas frentes,
Y en las orillas del sonoro río
Presentan un lugar siempre sombrío.

Todo respira amor, todo consuelo
En esta soledad encantadora :
La selva florecida, el claro cielo,
La turba de los pájaros canora,
Abren las dulces fuentes del contento,
Y mitigan tambien el sentimiento.

Templando aquí la cítara dorada
Cantar quisiera, á solas, sin testigo,
Las gracias y belleza de mi amada,
Y el fuego ardiente que en mi pecho abrigo.

Cantando, mi pasion aliviaria
Desde la aurora hasta acabar el dia.

Sí, que los blandos versos son alivio
Del triste amante que apenado llora,
Y encienden en amor el pecho tibio
De la suma beldad á quien adora.
¡Oh,si oyese siquiera el canto mio
La que causa mi ilustre desvarío!

Desde que te ausentaste y mi alegría
Llevaste, y mi sosiego por despojos,
No ceso de llamarte, Elisa mia,
Convertidos en lágrimas mis ojos:
Lágrimas ¡ay! de amor y de ternura,
Que pago por tributo á tu hermosura.

¡Oh si lograse yo que tú vinieses
Á pisar con tus plantas estos prados,
Y gozaras mi bien como otras veces,
De estas fuentes y bosques encantados,
En donde pretendió naturaleza
Formar un digno trono á tu belleza!

Vieras en estos sitios misteriosos,
Nunca por los delitos profanados,
Elevarse los árboles frondosos
De yedras y de pámpanos ornados,
Tejiendo una enramada verde, oscura,
Asilo del amor y la fe pura.

Volando en torno el aura fugitiva
Moviera blandamente tus cabellos,
La fuente que del monte se deriva
Copiara en su cristal tus rasgos bellos,
Y el sol templado con su luz tocara
Las facciones divinas de tu cara.

Y yo, que soy tu esclavo y tu cautivo,
Y puse mis destinos en tus manos,
Yo, que sólo camino y sólo vivo
Á la luz de tus ojos soberanos :
¡ Con qué placer tu triunfo seguiria
Jurándote deidad del alma mia !

Mas ¡ ay ! en vano busco enajenado,
Y de ilusion en ilusion perdido,
El objeto sublime, idolatrado,
Á cuyas aras me postré rendido :
Tiéneme en llanto y en mortal dolencia,
Elisa, el duro plazo de tu ausencia.

Otra fuente, otra vega, otras florestas,
Bañas, señora, con tus luces claras,
Olvidándote acaso que son éstas
Las que ya para tí fuéron tan caras.
Aquí naciste, cual entre oro y grana
Nace en las puras ondas la mañana.

Aquí tus tiernos infantiles años
Miraba con encanto aquesta orilla,
Cuando vagando tú, libre de engaños,
Eras de estas comarcas maravilla.
¡ Cuántas veces causó tu faz hermosa
Envidia á la azucena y á la rosa !

¡ Qué mucho si en belleza la primera
Eres, y en gracia no te iguala alguna !
Muchas veces sentado en la ribera
Ví entre las aguas reflejar la luna,
Y nunca ví sus ráfagas lucientes
Brillar como tus ojos refulgentes.

Muchas veces miré la blanca cumbre
Del elevado monte de Orizava,

Cuando del nuevo sol la viva lumbre
En sus eternas nieves reflejaba ;
Y no me pareció su albor tan bello
Como tu seno cándido y tu cuello.

¿Qué floridos planteles, qué jardines
Pudieran competir con tus colores ?
¿ Qué fragantes violetas, qué jazmines
Igualar de tu boca los colores ?
¿ Qué palma, cuando el aire la regala,
Imitará gentil tu talle y gala ?

Con tu rara beldad, divina Elisa,
Los corazones prendes y encadenas,
Sus tempestades calmas con tu risa,
Y las almas sorprendes y enajenas.
¡ Qué sonoro es tu acento, qué hechicero,
Cuando á tu amante dices : — *Yo te quiero !*

Á estos amenos campos ven, señora ;
Tu sereno semblante aquí convierte,
Que mal vivirá la alma que te adora
Con la pension terrible de no verte.
Bajan las sombras y declina el dia,
¡ Y no miro tu rostro, amada mia !

Pues que prestaste aquí benigno oido
Á la encendida voz de mis amores,
Y te es aqueste sitio conocido,
Ven á gozar en él las nuevas flores ;
Mas si sorda á mi ruego no vinieres,
Te seguirá mi amor á donde fueres.

¡ ADIOS !

Pues mi desgracia y tus quejas
Nos separan á los dos,
Pues de mis brazos te alejas,
Si para siempre me dejas,
Adios para siempre, adios.

No me negarás que un dia
Ligada con firmes lazos
Quisiste llamarte mia,
Estrechándome en tus brazos
Con amorosa porfia.

¿ Podrás echar al olvido
Afectos de tiernos años.
Caricias que te he debido,
Y los favores extraños
De un amor correspondido?

¿ Te acuerdas cuando afanoso,
Oprimido de tristeza,
Sobre tu pecho amoroso
Reclinada mi cabeza,
Solaz buscaba y reposo ?

Tu corazon palpitaba
En tu seno con presura,
Tu vista me contemplaba,
Y con pasion y ternura
Tu mano me acariciaba.

¡Con qué inocente candor
Ingenua, amable, sencilla,
Dabas muestra de tu amor,
Al rodar por tu mejilla
La lágrima del dolor!

Si alguna vez desdeñosa
Me heriste con tus desvios,
¡Qué sensible, qué piadosa
Con esos labios de rosa
Sellaste despues los mios!

Palabras consoladoras
Murmurabas á mi oído,
Palabras que á todas horas
Calmaban con su sonido
Mis penas destrozadoras.

Entre sueños te llamaba,
En la soledad te via,
Contigo á solas hablaba,
De tus memorias vivia,
Sólo de tí me ocupaba.

Eras mi único tesoro,
Eras mi amor, mi consuelo,
Mas acendrada que el oro,
Dádiva rica del cielo,
Deidad que en la tierra adoro.

¿Qué bien contigo no fuera
En doble precio estimado?
La desgracia horrenda y fiera
Al verme de tí amparado
Sus rigores depusiera.

Las promesas que me hiciste
Se alejan cual eco vano :

Sólo queda al alma triste
El torcedor inhumano
De una gloria que no existe.

Huyeron ya mis contentos
Todas mis dichas pasaron,
Y se llevaron los vientos
Los amantes juramentos
Que tus labios pronunciaron.

Hoy de rigor prevenida
El pecho que tanto te ama
Rompes con mano homicida,
Y de su profunda herida
Sangre el corazon derrama.

Ay! mis dolorosas quejas,
De tí caminan en pos:
¡En vano, pues que te alejas!
Si para siempre me dejas,
¡Adios para siempre, adios!

LA PERDIDA

¿Asi, mi Elisa bella,
Y bella cuanto esquiva,
Tu dulce patria y tu familia dejas?
¡Ah! ¿qué fatal estrella
Á partir te motiva,
Desdeñando mis lágrimas y quejas?
¡Mis lágrimas que un dia
Movieron tu piedad, querida mia!

¡Ingrata! ¿has olvidado
De nuestros tiernos años
Los inocentes juegos, las delicias?
Entónces ¡ay! cuitado
No miré tus engaños
Revestidos de pérfidas caricias,
Ántes te dí sincera
Toda mi vida y libertad entera.

Ni mi ardoroso ruego
Basta para moverte,
Ni de tu dulce patria el abandono,
Ni el perdido sosiego
Son parte á detenerte,
Ántes bien huyes, simplecilla, como
En la desierta arena
Huye el viajero de la hambrienta hiena.

Huyes ¡ah! y en los brazos
Te entregas de ese amante:
¡Ay, vírgen digna de mejor fortuna!

Con débiles abrazos,
Con planta vacilante,
Al ara te diriges importuna;
Suspende, no, no digas
Ese funesto *sí* con que te ligas.....

Te ligas..... ¡Cuán vano
Prorumpo yo en clamores,
Si ya tu acento resonó en mi oido!
Adios empeño insano,
Infelices amores,
Tan mal recompensados con olvido:
Dejais hoy en mi seno
Profunda herida y matador veneno.

¡Mas, ay! que se me aleja!
¡Por siempre la he perdido:
¡Adios, Elisa, adios! Una mirada
Por compasion me deja:
¡Ineficaz gemido!
Llevando en su prision á mi adorada,
La nave se desliza
Sobre las ondas que serena riza.

¡Ay, Elisa! ¿qué has hecho?
¿Y por quién has trocado
El blando afecto de mi amor primero?
Hoy el paterno techo
Y tu suelo has dejado,
Por otro suelo ingrato y extranjero,
Entregando perjura
Á los vientos mi gloria y mi ventura.

Yo miserable en tanto,
Hasta el sepulcro frio
Este funesto dia en mi memoria
Tendré con largo llanto.

Tu rigor, tu desvío,
Y mi anhelo infeliz harán la historia
De Elisa y de su amante,
De su despego y de mi amor constante.

LA NIÑA MAL CASADA

No así, recien casada, el rostro esquivo
Presentes desdeñosa:
No así marchita la color de rosa,
Turbado el fuego de tus ojos vivo,
Muestres aniquilados en un dia
Tres lustros de esperanzas y alegría.

En estas horas que el esposo amado
Al mirarte se agita,
Tus caricias amante solicita,
Sin separarse tierno de tu lado;
¿ Olvidando sus nuevos alborozos,
Respondes con lamentos y sollozos ? —

" ¡ Ay, desgraciada ! escucho que me dices,
No fuéron los amóres
Los que echaron violentos, y traidores
Á mi cuello cadenas infelices:
Fué la codicia que con nuevo empleo
La hacha encendió del lúgubre Himeneo.

"Bañando con mis lágrimas mi lecho
Me encontrará la aurora;
Y cuando el Sol el Occidente dora,
Herido de dolor verá mi pecho:
Veráme llena de dolor profundo,
La negra noche cuando cubra al mundo.

"En dulce juventud me veo perdida,
Mi desamor llorando:

Nunca á mi pecho estrecharé, gozando,
La imágen de mi sér reproducida:
Pues mi dolor y muertas alegrías
Abrieron el sepulcro de mis dias." —

¡Perezca, entónces dije, el que atrevido
    Á la ambicion del oro
Sacrificó insensible y sin decoro
El pudor y el recato desvalido!
¡Ofrezca en él terrífico escarmiento
El crudo y vengador remordimiento!

EL CARIÑO ANTICIPADO

(IMITACION DEL ZAPPI)

Cuando era niño y en la huerta mia
Á las frágiles ramas no llegaba,
Por la divina Fílis suspiraba,
Que no mujer, mas diosa parecia.

Te amo, la dije temeroso un dia,
Díjolo el corazon que se abrasaba :
Vióme con risa, y luégo me besaba,
Diciéndome : *eres niño todavía.*

Pasó aquel tiempo venturoso, y ora
Viéndome ¡triste! en sus cadenas preso,
De mí se olvida, y de otro se enamora.

Mi pecho guarda su retrato impreso,
Ella se olvida de quien más la adora,
Y yo me acuerdo de su dulce beso.

EL AMOR MALOGRADO

¿Cómo podré dejar, Fílis, de amarte?
¿Cómo, mi bien, no verte?
Si tus desdenes me hacen olvidarte,
Tus hechizos me obligan á quererte.

En medio de esperanzas y de agravios,
De halagos y de enojos,
Ora temo lo esquivo de tus labios,
Ora cedo al imperio de tus ojos.

Caricias que otro tiempo te he debido
Me encienden en amores,
Y tú, ingrata, me entregas al olvido,
En despegos trocando tus favores.

¿Por qué, Fílis divina, si en tu seno
Tal rigor abrigabas,
Vertiste en mis entrañas el veneno,
Que en tus hermosos labios ocultabas?

¿Y por qué con semblante alborozado
Grata me recibias,
Si al rasgarte mi pecho enamorado
Con tanto menosprecio me desvías?

Así el infante tierno en la floresta
Corta la fresca rosa,
Y mira de repente que le asesta
La pintada serpiente venenosa.

En tu pecho, de niño, descansaba,
Tu corazon làtia,
Y un destino feliz me presagiaba,
Que tu afecto inocente gozària.

Bajaba ricamente por tu cuello
Del céfiro movido,
En rizos desatado tu cabello,
Y yo te contemplaba embebecido.

Me arrobaban tu célico semblante,
Tu frente tersa y lisa,
El brillo de tus ojos rutilante,
Tu dulce voz y tu amorosa risa.

¡ Cuántas veces, oh Fílis peregrina,
Dejé con ansia impreso,
Sobre tu bella mano alabastrina
Con labio incauto el regalado beso !

No más voluble en la estacion florida,
Por la ribera amena
Vaga la abeja, y liba entretenida
El rojo lirio y cándida azucena.

Más valiera, mi bien, no haberte visto,
Que no sentir ahora
Este fuego voraz que no resisto,
Y el alma y las entrañas me devora.

Pues que los brazos y la voz esquivas
Del que quisiste tanto,
Pues que áun del ruego sin piedad le privas,
Cesen los versos y comience el llanto.

A SILVIA

¿Que cantaré de tí, gentil doncella
De moreno color, serena frente,
Candorosa, inocente
Y humilde á par de bella?

No á tí te concedió naturaleza
El color de la rosa y la azucena,
Ni de soberbia llena
Desdenes y esquiveza.

Mas dióte gallardísima apostura,
Y negros ojos y mullido seno,
Y aquel mirar sereno
Que engendra la ternura.

Semejante en el prado á la violeta
Que agrada más con pálidos colores,
Que entre vistosas flores
La rosa y la mosqueta :

Así me places tú, Silvia querida,
Á quien mi triste corazon adora,
Más que otra engañadora
Belleza fementida.

¿Sientes allá á tus solas, por ventura,
Ese deseo de amar sin resolverse?
¿Querer, y no atreverse
Á mostrar más dulzura?

Pues sabe que yo soy el que ha inspirado
Á tu pecho ese noble sentimiento,
Ese dulce tormento,
Ese feliz cuidado.

Ven ¡adorada! arrójate á mis brazos,
Estrecha al mio tu corazon amante,
Y cíñeme constante
Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente:
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece:

Á la luz de la luna, que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto á mí te reclina
¡O Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso,
Volar dejemos la fugace vida:
Tú por siempre querida,
Yo por tí venturoso.

EL DESPECHO

Deja, Silvia, esa sonrisa
Con que me ves maliciosa,
Cuando mis ojos ya ciegos
Ardientes lágrimas lloran.

Quiera el cielo, linda niña,
Que tus mejillas hermosas
El llanto no las marchite,
Ni las manche la deshonra.

¿Presumes saber la causa
Oculta, cuya ponzoña
Atosiga mis venturas,
Siempre fugaces y cortas?

En vano te lo imaginas
Ya turbada, ya curiosa,
Mis infelices secretos
Amor los oculta y llora.

No el temor, no el odio fiero,
No la ambicion peligrosa,
Son causa de que infelice
Muera lleno de congojas.

Hay un pesar que me oprime,
Vive un dolor que me agobia,
Sin que logre mitigarlos
Tu belleza seductora.

El remordimiento amargo,
Que al triste culpado acosa,
Cuando sin patria y errante
Vive en perpetuas zozobras,

Apénas es comparable
Con el que mi alma destroza:
Do quier que vuelvo la vista
La imágen del mal me asombra.

En mi frente se divisan
Inquietudes veladoras,
Y vengadores cuidados
Dentro de mi pecho moran.

La risa de la inocencia
Nunca á mis labios se asoma,
Y entre reprimidas quejas
Suspiros el labio brota.

En los momentos tranquilos
De la noche silenciosa,
Cuando el desgraciado duerme,
Y el tierno amante se goza:

Á mis ojos se presentan
Entre formas vagarosas,
Recuerdos que no sosiegan,
Memorias que no reposan.

Desterrado como vivo
En las regiones remotas,
La desgracia me persigue
Como á su cuerpo la sombra.

¿Qué importa pasar los montes,
Visitar tierras ignotas,

Si á la grupa los cuidados
Con el ginete galopan?

Dudoso arrastré mi vida
Por una senda escabrosa,
Y á la orilla del sepulcro
La esperanza me abandona.

No pretendas, bella niña,
Saber mi pena afanosa,
Ni ver las llamas ardientes
Que mis entrañas devoran.

No el velo de mi secreto
Con mano atrevida corras;
Déjame con mis desdichas,
Y vete tú con tus glorias.

A UNA HERMOSA PÉRFIDA

¿Piensas acaso, Licia desdeñosa,
Que tu amante burlado y ofendido
Seguirá dócil tu ademan fingido,
Ó escuchará tu voz artificiosa?

¿Piensas acaso que con falsa risa
Volverás á mi seno tus amores,
Excitando de nuevo los ardores,
Á que ántes te mostrabas indecisa?

Harto tiempo, perjura, profanaste
El puro afecto de mi amor sincero;
Cuando con burla y con desprecio fiero
Mis amantes palabras olvidaste.

Harto tiempo, tiránicos enojos
Temblando obedecí, tú eres testigo;
Me trataste cruel como enemigo,
Menospreciando el llanto de mis ojos.

Si por lo ménos fueras tú constante
Y al rigor no mezclaras la falsía,
Tu duro tratamiento olvidaria,
Volviendo á la prision, mísero amante.

Mas hora en vano con astucias fragua
Engaños tu pasion, llena de envidia,
Si escribiste en diamante tu perfidia,
Y tus falsas promesas en el agua.

¡Ah! sirvan mis azares de escarmiento
Al amador incauto y arrojado,
Miéntras yo, de las ondas rescatado,
Del mar me alejo y del airado viento.

Dejen mis ojos el continuo lloro,
Mis ardorosos labios los suspiros,
Mi corazon tus ponzoñosos tiros,
Y los viles desprecios el decoro;

Y sordo siempre á tu falaz querella,
Y ciego á tus miradas seductoras,
Ni temeré las Sirtes bramadoras,
Ni en rumbo incierto seguiré tu estrella

De solo el densagaño acompañado,
Gozoso alentaré con nuevos brios,
Ora escuche bramar los Euros frios,
Ora se muestre el cielo sosegado.

Y miéntras viva, vivirá conmigo
El recuerdo infeliz de tus traiciones:
Rotos ya tus pesados eslabones.
En blanda paz mi libertad bendigo.

Á LICÓRIS

¿Que nuevo amor, Licóris, te desvia
Por nieves y por montes pedregosos,
Olvidando los valles deliciosos,
Y la cabaña, y la floresta umbría?

Quieran los cielos, pastorcilla mia,
Tus inconstancias perdonar piadosos,
Cuando vuelvas los ojos lagrimosos
Á estos lugares do moraste un dia.

Á tu amante abandonas fementida:
Despues acaso bajará á pedazos
El velo que te tiene seducida.

En vano entónces buscarás sus brazos,
Ni apreciará tu amor, arrepentida,
Ni anudará jamas tus rotos lazos.

LA SEPARACION

Absorto, inmóvil y en silencio mudo
Voy á merced de la sonante prora:
Cúbrese el mar de espuma rugidora,
Y silba en la tiniebla el viento crudo.

¡ Oh tempestuoso mar ! yo te saludo
Aislado y solo en tu extension sonora:
Mi corazon en libertad ahora
Late, de afecto y de piedad desnudo.

Tal vez en tu ribera ensordecida,
Derramando una lágrima preciosa,
Se queja de abandono un tierno pecho,

Y al paso que lamenta mi partida,
Á mis labios asoma desdeñosa
La sonrisa mortal de mi despecho.

EL VALLE DE MI INFANCIA

> Aquella que dió merecimiento
> Para que con amarme la adorase,
> Testigos sois, mudó de pensamientos.
>
> LOPE DE VEGA.

Burlado el corazon de la esperanza,
No importuna con votos á la suerte;
Un oculto lugar para la muerte
Es cuanto pide al cielo, y cuanto alcanza.

Debajo de esta selva verde, oscura,
De mi niñez brillaron los albores,
Y la primera voz de los amores
Despertó mis afectos de ternura.

Este es el sitio ameno, esta la fuente,
Do me juró su fe mi prenda amada:
Aquí estuvo en mis brazos reclinada,
Allí de rosas coroné su frente.

Dejadme ya, memorias dolorosas,
Tristes recuerdos de mi edad primera;
Huyeron como sombra pasajera
Esas felices horas presurosas:

En su lugar vinieron negros dias,
Ajenos de placer y de inocencia,
Y el grito aterrador de la conciencia
Desterró las más puras alegrías.

¡ Oh Elisa desgraciada ! ¿ quién nos diera
Aquel primer amor de nuestra infancia ?

¿Quién me volviera ! ay Dios ! con mi ignorancia
Tus gracias y tu risa placentera ?

Rompiéronse por siempre nuestros lazos :
Bárbaro te olvidé, te dejé fiero ;
Si ausente me lloraste, tú primero,
¿ Te entregarás al fin en otros brazos ?

Las dulces glorias que gocé algun dia
En objetos de horror se convirtieron,
Y sombras vengadoras me siguieron
Do quiera que la planta dirigia.

¿Sabes lo que has perdido, amante necio ?
Una voz incesante me gritaba,
¡Murió tu amor y tu existencia acaba
Víctima merecida del desprecio !

De la ciudad confusa en el bullicio
¡Ay ! alivio buscaba á mis dolores,
Y vagando de errores en errores,
Á la orilla corrí del precipicio.

Pero tu imágen celestial y bella
Á la virtud me llama y me ilumina,
Como suele alumbrar con luz divina
En negra tempestad fúlgida estrella.

Despues de tantas lágrimas vertidas,
Vengo á buscar en tí dulce reposo ;
Mas ¡ay ! un sentimiento doloroso
Dice á mi corazon que son perdidas.

Otra vez arrebata mi esperanza
Ese esposo á quien ora te destinas ;
Á otros lugares vaste y otros climas,
Con mudanza pagando mi mudanza.

¡Valle de mi niñez! ¡Seguro puerto!
¡Morada de placer! ¡Gozo tranquilo!
¡Cómo si busco en tí benigno asilo,
Te muestras ¡ay! tan lúgubre y desierto

La hermosura del campo se oscurece,
Turbia la fuente está, confuso el cielo;
Cubierta de la muerte con el velo
Naturaleza toda me parece.

Tibia resbala por mi yerta frente
Del ofuscado sol la luz sombría,
Que de esta escena triste se desvía,
Sepultando su disco en Occidente.

Si por dicha, mi bien, un dia regresas,
Y pisare tu planta este retiro,
Tribútame á lo ménos un suspiro,
Dejando aquí tus lágrimas impresas.

Y pues nada fortuna me ha dejado,
Cumple con esto poco que te pido,
Ya que no por afecto á tu querido,
Siquiera por piedad á un desgraciado.

ÚLTIMO RUEGO

Sombra dad á mis miembros fatigados,
Que bien me la debeis, árboles tiernos,
Defendidos por mí de los inviernos
Y con llanto de amor siempre regados.

En la corteza conservais grabados
De mi dura pasion signos externos,
Miéntras que viven en mi seno internos
Despechos vengadores y cuidados.

De mi vida infantil en la carrera,
De una mirada aquí nació en un dia
La serie de mis males lastimera....

Cuando vagando por el aura fria
Llore en vano mi amor, luégo que muera,
Acoged por piedad la sombra mia.

RECUERDOS INÚTILES

Estos sitios un tiempo repetian
Las palabras de amores que escuchaban,
Y la imágen de Elisa presentaban
Á mis ojos, do quier que se volvian.

De noche en dulces sueños que mentian,
De dia en pensamientos que volaban,
Presente, con favores que amparaban,
Ausente, con recuerdos que ofrecian.

Hora objetos de llanto y de dolores,
Imágenes del bien que poco dura,
Ofrecen á mis ojos veladores :

Quiérenlo así mi suerte y desventura,
Que donde comenzaron mis amores
Tengan tambien humilde sepultura.

ELISA LLOROSA

(IMITACION DEL INGLÉS)

Esos llorosos ojos y el cabello
Que baja en blondos rizos esparcido,
Aumentan el aspecto dolorido
Del pálido semblante amable y bello.

Culpables inquietudes ver en ello
Tal vez creyera, amante inadvertido,
Si el pudor virginal en tí escondido
No lanzara su fúlgido destello.

Así naciera del pincel divino
Del Guido, la famosa Magdalena,
De lánguido mirar y faz doliente ;

Y así Elisa oprimida del destino,
Se muestra de dolor y afecto llena,
Más hermosa cuanto es más inocente.

Á LA MISMA

Es la melancolía, no la tristeza,
Quien tu tierno semblante descolora,
Y con su dulce palidez mejóra
La beldad que te dió naturaleza.

¡ Cómo con ella vences la dureza
Del bárbaro mortal que no te adora !
Mi amante corazon al verte llora
Lágrimas de piedad y de terneza.

Un serafin del cielo descendido,
Mirando la agonía de los mortales
En los restos del orbe destruido :

No igualara lo intenso de tus males
Ni tu doliente afan, ni tu gemido,
Ni el llanto de tus luces celestiales.

LA POSESION TRANQUILA

Hora que vuelve la primavera
Y el campo todo florece y vive,
Al campo vamos y selva umbrosa.
Por tí, mi Elisa, sus verdes pámpanos
La tierna yedra lozana extiende,
Y el cedro erguido con pompa ofrece
Sombra apacible donde descanses.

Por tí la fuente templada y límpida
Desciende al sesgo del verde monte,
Y reflejando del sol las luces,
Por entre guijas y césped, diáfana,
Une sus ondas al sacro rio,
Que coronado de hojosos álamos,
Movibles plátanos, y esbeltas palmas,
Cubierto en torno de espuma cándida
Su curso rápido tuerce sonando.

En la espesura, dulces flauteos
Las tiernas aves esparcen, tímidas,
Y entre las ramas tálamos forman.
¡Felices sitios do el alma goza
Soledad grata, quietud, contento!
Aquí, doquiera, memorias viven
De amores férvidos y blandas quejas;
Aquí delicias, nueva esperanza,
Paz y cariños fieles renacen.

¡Ah pues la suerte me da propicia
Gozar tus brazos y amarte siempre,

Jamas, Elisa, de ellos me apartes.
Los años vuelven y yo á tu lado
Premio merezca, que no concede
Benigno el cielo, si no es, felice
Al tierno amante que, cual yo, amare.

LA SOLEDAD

Amable Soledad, rico tesoro,
Más preciado que el oro y que la plata:
En tus senos el alma se dilata,
Y á sí misma se entrega sin desdoro.

Tú haces que la beldad á quien adoro,
Mitigando el rigor con que me trata,
Á mi ardiente pasion responda grata,
Enjugando las lágrimas que lloro.

De tí mi enamorado pensamiento
¡Oh dulce libertad! fuerzas recibe,
Fuente de inspiracion y sentimiento:

Ya tu influjo feliz mi amor percibe,
Pues si tuvo sin tí su nacimiento,
Al abrigo de tí florece y vive.

¡ OTRO TIEMPO !

Hubo otros siglos felices,
En que el valiente guerrero
Arrostraba los peligros
Por gozar de amor los fueros.

En que osado y animoso,
Vestido todo de hierro,
Se arrojaba á los combates
De polvo y sangre cubierto:

Ufano con que su dama,
Mostrando el rostro risueño
De verde laurel y rosas
Engalanase su yelmo;

Y que tras duras batallas,
Y sanguinosos encuentros,
Hallase prez y ventura
En los brazos de su dueño.

Era el tiempo de la gloria
Y de los heróicos hechos:
Los clarines de la fama
Do quier esparcian sus ecos.

¡Qué era ver entre brocados
Brillar tambien los aceros,
Y lucir sedas y lanzas
En las justas y torneos!

¡Qué era escuchar los heraldos,
Cuando con robusto aliento
Exclamaban: *A las armas:*
Al combate, caballeros!

Entre canciones y aplausos
Era del inmenso pueblo
El paladin victorioso
Señalado con el dedo.

En las fiestas, cortesano,
En los combates, sereno,
Entre su dama y patria
Dividia el pensamiento.

Si entónces, gallarda jóven,
Vivieras tú, ten por cierto
Que de tí dependeria
La suerte de los imperios.

Arbitra de la fortuna,
Produjeras con tu acento
En los nobles corazones
Inspiraciones de fuego.

La juventud ardorosa,
De honor en el campo inmenso
Elevaria á tu nombre
Mil inmortales trofeos.

En las celebradas justas,
Bajo los doseles regios,
Reina, tú, de la hermosura
Distribuyeras los premios.

Hubieran, llenos de gozo,
Ante tus plantas depuesto

Los lidiadores sus armas
Y los monarcas sus cetros.

El trovador encontrara
En tí divino sujeto
De honor, valor y hermosura,
Que celebrar en sus metros.

Fueras gala de las córtes,
Fueras de tu patria arreo,
Y en las discordias civiles
Tregua de Dios para el suelo.

Los adalides cristianos,
Unidos en lazo estrecho,
Con sus vencedoras armas
Pusieran al Asia miedo.

La fama de tu hermosura
Traspasara el mar extenso,
Y volando en los combates
Resonara en el desierto.

La Palestina, que gime
En profundo cautiverio,
No sufriera el yugo indigno
Del hijo de Agar soberbio :

Que animado de tus luces
Hubiera roto y deshecho
El valeroso cruzado
Los escuadrones protervos.

En los muros de Solima,
Cercados de luto y duelo,
De la cruz los estandartes
Hoy tremolaran al viento

El humilde peregrino
Hallara franco sendero,
Para cumplir con sus votos
Allá en el sagrado templo.

El sacerdote ante el ara,
Quemando fragante incienso,
Á lo alto dirigiria
Por tí fervoroso ruego.

Regocijado el anciano
Bajo su rústico techo,
Enseñaria tu nombre
Al festivo nietezuelo.

Fuera tu gloria sublime
De tu siglo ornato bello,
Clara como el éter puro,
Grande como el firmamento.

Dichoso aquel que lograse,
Siendo tú su único objeto,
Consagrarte sus hazañas,
Y eternizarte en sus versos,

Y más feliz quien hallase
En pago de sus afectos,
Blanda cadena en tus brazos,
Y oculta llama en tu seno.

EL PASEO DE MAR

(IMITACION DEL ITALIANO)

Hora que cayó la tarde
Y respira el aura fria,
Gocemos, querida mia,
De la frescura del mar:
  La barquilla se desliza,
La noche tiende su velo,
Y las estrellas del cielo
Nos salen á contemplar.

Das serenidad al éter
Con tu presencia divina
Tu sonrisa peregrina
Excita plácido ardor;
  Y de tus hermosos ojos
La luz apacible y bella,
Dirige como una estrella
Al navegante de amor.

¡Ves las flámulas vistosas
Volar con volubles giros!
Entre ellos van los suspiros
Que parten del corazon.
  ¿No escuchas ese murmullo
De las olas con la arena?
¿Los suspiros de mi pena?
¿Las quejas de mi temor?

Corre en tanto la barquilla
Sobre las ondas ligera:

Y la brisa placentera
Favorece mi pasion.
¡Qué dulce es, amada mia,
Sobre las aguas amar!
¡No en balde nació del mar
La misma diosa de amor

EL CICLOPE

IDILIO DE TEÓCRITO

POETA.

El amor no conoce medicina
De yerbas y de bálsamos preciosos,
Sino es el de los versos armoniosos,
Arte que de los hombres se origina.

Pero este es muy difícil, tú lo sabes,
Aunque las Musas te aman tiernamente:
Acuérdate de aquel que antiguamente
Aquí lloraba sus cuidados graves.

Polifemo el Ciclope aquí gemia,
Porque á la ninfa Galatea adoraba,
Cuando la cana edad se le acercaba
Y el cabello de blanco le teñia.

Amaba, no los apios ni las rosas,
Ni las manzanas de su huerto ameno:
Su triste corazon de angustia lleno
Presa fué de las furias horrorosas.

De los floridos pastos las ovejas
Tornaban sin sus silbos al cercado,
Miéntras él en la playa abandonado
Enviaba á la muchacha tiernas quejas.

Desde la negra noche hasta la aurora
Quedaba en llanto y en dolor deshecho,

Que Vénus desdeñosa el duro pecho.
Le traspasó con flecha voladora.

Mirando hácia la mar, lleno de tedio,
Oprimido de amor que le aquejaba,
Sentado en una peña, discantaba
Versos en que buscaba su remedio.

POLIFEMO.

De tu amador te olvidas, Galatea,
Más blanca que la leche y más galana
Que novilla que el soto enseñorea:

Más blanda que cordera, más liviana
Que la garza veloz, y muy más cruda
Que el verde agraz entre la vid lozana.

Cuando el sueño mis párpados saluda
Vienes á donde estoy, y vaste huyendo
Luégo que mis sentidos desañuda.

Como del cano lobo huye temiendo
La tímida cordera, así me esquivas,
Y en tus amores dejasme muriendo.

Desque á coger las flores primitivas
Viniste con tu madre á estas montañas,
Guiando yo tus huellas fugitivas:

El fuego del amor ¡ay! las entrañas
Me consume por verte, y tú, doncella,
Sin curarte de mí, siempre me engañas.

Bien sé que te disgusta, ninfa bella,
Mi rostro y esta ceja prolongada
Que el ojo de mi frente encubre en ella

Mas sabe que de leche y de cuajada,
En verano y otoño abastecida,
Y en el invierno tengo mi majada.

Que con ovejas mil enriquecida
Tengo aquesta montaña, y que ninguno
En el canto igualó mi voz subida.

Mis amores te canto uno por uno
Al alba y á la noche, ídolo mio,
Á tiempo que es tal vez inoportuno.

Atiende á los presentes que te envio :
Son once cervatillos, todos pares,
Y cuatro lobatillos que hora crio.

Tú los recibirás con sus collares,
Pero deja la playa, combatida
De las verdosas ondas de los mares.

Ven y verás mi cueva guarnecida
De una frondosa yedra, do escondidos
Pasarémos la noche entretenida.

Los pinos y los álamos erguidos
Alzan allí sus copas, los parrales
Ostentan sus racimos suspendidos;

Y las heladas aguas manantiales
Con que el Etna me brinda por bebida
Resuenan en los limpios peñascales.

¿Preferirás la mar embravecida?
Si acaso te disgusto por velloso,
La lumbre de mi hogar está encendida:

Atízala, y mi cuerpo vigoroso
Abrasa, y hasta el ojo de mi frente,
Más dulce que mi vida y más hermoso.

¡Oh! si yo fuera pez, á la corriente
Lanzárame, y besara allí tu mano,
Ya que tu linda boca no consiente.

Llevárate azucenas de verano,
Y variando los tiempos te daria
Adormideras del invierno cano.

Si un navegante aquí llegare un dia,
Me enseñará á nadar, y entre las ondas
Gozaré tu beldad, querida mia.

Sal fuera, Galatea, no te escondas,
Y siguiendo mi ejemplo determina
Olvidar de la mar las grutas hondas.

Las cabras y cabritos encamina
Conmigo á la majada, allí la ordeña
Verás, y cómo el queso se refina.

Mi madre, que en mi bien tanto se empeña,
Me quiso consolar, y mal me dijo
De la ninfa que ingrata me desdeña.

Viéndome flaco y con afan prolijo
(Por más que yo fingiera en la cabeza
Para disimular, un dolor fijo),

Me habló, aunque con amor, con aspereza:
"¡Polifemo infelice! ¿qué delirio
Te ocupa de contino, qué tristeza?

"Si cuidaras la rosa, el blanco lirio,
Tejieras canastillos, ó el ganado
Llevaras, no tendrias ese matirio.

"Ordeña tus ovejas: ¿qué cuidado
Te causa Galatea, cuando otras bellas
Se entregarán á tí llenas de agrado?"—

Y cierto, que de noche las doncellas
Se mueren por jugar todas conmigo;
Y como soy tenido en precio de ellas,
Rien con las palabras que las digo.

POETA.

Polifemo su mal endurecido
Con esta medicina mitigaba,
Y el remedio en los versos alcanzaba,
Más que con precio de oro muy subido.

ODA I

DEL LIBRO I DE HORACIO

¡ Mecénas, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mio !
Unos, cubiertos del polvo Olímpico,
La linde intacta con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles
Se alzan, cual dioses del mundo dueños :
Otros merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable :
Quien en sus trojes encierra próvido
Cuanto en sus eras la Libia acopia :
Los patrios campos contento labra,
Sin que áun el oro de Atalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave :
Quien contrastado del viento de África,
Cuando relucha con el mar de Icaro,
Del campo y corte la holgura ensalza ;
Despues empero su nave alista,
Que la pobreza no sufre, indócil :
Este, entre copas de añejo vino
Pasa del tiempo la mejor parte,
Bien recostado bajo el bello árbol,
Bien á la orilla del claro arroyo :
Aquel, las armas y el clarin áspero
Busca y la trompa, y la guerra triste,
Que odian las madres : los cazadores
Al cielo abierto, la esposa olvidan,

Ora sus perros den tras el ciervo,
Ora la fiera sus redes rompa.
Mas yo, de yedra, premio del sabio,
Ciña mi frente cual númen, léjos
Del vulgo, en bosques donde los sátiros
Y ninfas moran; con tal que Euterpe
Me dé sus flautas, y de Polimnia
Logre la lira dulce de Lésbos.

Si tú, Mecénas, me aclamas lírico,
Alzaré al cielo mi frente excelsa.

ODA IV

DEL LIBRO IV DEL MISMO

Á SESTIO

Cesa al impulso de Favonio tierno
Rígido el invierno,
Ni el campo cubre cándida la nieve:
No ya el ganado en el redil se goza:
El pastor su choza
Deja, y la nave al piélago se atreve.

La hermosa Vénus, viendo que oportuna
Alzase la luna,
Une sus Ninfas á las Gracias que ama:
Guias sus coros al compas del canto;
Y Vulcano en tanto
De sus ciclopes la oficina inflama.

Ora conviene coronar la frente
De laurel reciente,
Ó nuevas flores, con festivo rito:
Ora inmolar á Fauno bondadoso,
En el bosque umbroso,
Balante oveja ó retozon cabrito.

La régia torre del alcázar fuerte
Pálida la muerte
Con igual planta que la choza pisa.
¡Oh Sestio amigo! nuestra vida escasa
La esperanza tasa,
La eterna noche se nos viene aprisa;

Y nos aguarda la infeliz morada
De la tumba helada:
La que una vez que tu vivir limite,
No gozarás de los halagos, ciego,
De amoroso fuego,
Ni rey serás en juvenil convite.

ODA V DEL LIBRO I

Á PYRRA

Sobre tu cama de flores,
¿Qué delicado mancebo,
Vertiendo aromas,
Te estrecha al seno?

¿Para él, hermosas te guardas
En retirado aposento,
Con simple adorno,
Preso el cabello?

¡Ah, cuántas veces turbado
Verá de repente el cielo,
Los vientos ásperos,
Airado el piélago!

Hora pura como el oro,
Y de bastardos afectos
Excenta y libre,
Te juzga crédulo.

Intacta á sus ojos brillas,
¡Triste! que ignora indiscreto,
Que eres voluble
Más que los vientos.

De mí la tabla votiva
Que en el santuario presento,
Y al Dios marino
Rendido ofrezco:

Atestigua como salvo
Ya del naufragio postrero,
Mis ropas húmedas
Del templo cuelgo.

ODA XIV DEL LIBRO II

Á PÓSTHUMO

¡Ay! ¡cuán fugaces, Pósthumo, mi Pósthumo,
Los años huyen! Ni detiene el ruego
Á la urgente vejez, y las arrugas,
Y á la indomable muerte.

No, aunque consagras cada dia devoto
Tres hecatombes en su altar á Pluto,
Sordo á los lloros, que á Gerion triforme
Ciñe, y circunda á Ticio

Con tristes ondas; en las cuales todos
Cuantos vivimos de la madre tierra,
Seamos reyes, ó colonos míseros,
De navegar habemos.

En vano huirémos de la guerra cruda,
Del ronco mar las quebrantadas ondas;
En vano nuestros cuerpos en otoño
Hurtarémos al Austro.

Hemos de ver del lánguido Cocito
Las tardas ondas, y la estirpe infame
De Danao, y á Sisifo que sufre
Fatiga que no acaba.

La tierra y casa y la agradable esposa
Dejarás. De los árboles que siembras
El cipres solo seguirá sombrío
¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, más digno, de su copa
Verterá sobre el suelo el vino raro,
Que guardas con candados, y que envidian
Las pontificias cenas.

PARTE SEGUNDA

POESIAS MORALES



EL HOMBRE

El hombre triste en su delirio ciego
Blasona de su sér, ó bien maldice
De su existencia mísera y penosa.
Conjunto misterioso en quien se miran
Reinar en vária y en opuesta forma
El bien y el mal, y la virtud el vicio.
¿Qué es el hombre infeliz, que acaso lucha
Con su misma pasion, ó imbécil cede
Á sus impulsos férvidos? Lanzado
En medio de este globo, apénas vive,
Partiendo sus momentos fugitivos
En gozar y sufrir, cuando el sepulcro
Lo arranca de la escena de la vida,
Y lo reduce á desconcierto y polvo.

¿A qué vine yo al mundo? ¿Qué destino
Debo ocupar en él? ¿Soy por ventura
Producto del acaso, hijo del tiempo,
Juego de la fortuna, y presa débil
De la nada voraz? ¿Ó fuí formado
Por un poder eterno, inteligente,
Para objetos más altos y sublimes?
¿En qué lugar me colocó el destino
De esta cadena inmensa de los seres?
Pregunto á la razon, y ella vacila.
Ésta guia falaz, ora se encumbra
Al remoto principio de los tiempos,
Y tocando al orígen de las cosas
Pretende descubrir hondos arcanos

Ajenos de su sér: los resplandores
Del fuego de los cielos la deslumbran;
Y semejante al Ángel derribado,
Baja del solio que escalar intenta
Do triunfa la verdad. Ora desciende
Á un abismo sin fin; y despechada,
En medio de tinieblas, roba el brillo
Á la dulce esperanza. Audaz empuña
El duro cetro en su potente mano,
Oprime mi alma con amargas sombras,
Y arrancando al espíritu sus alas,
Cargado de cadenas, le condena
Á ser presa infeliz de los dolores.

¡Oh dolor! nombre infausto, ¿qué elemento
Eres tú de la frágil existencia
Del mísero mortal? Tú le acompañas
Como sombra funesta aterradora,
Desde el primer vagido de la cuna,
Hasta el postrer sollozo del sepulcro.
¿Es necesario ¡ay triste! que yo gima
Para que el mundo goce? Mis tormentos
¿Endulzan los pesares, dan holgura
A los otros vivientes? Mis placeres
¿Son más vivos acaso, son más gratos,
Cuando mi hermano bebe con sus lágrimas
Las heces del dolor?
El tierno niño,
Fruto de amores castos (dulce alivio
De un pobre corazon) lleno de vida,
Rebosando salud, gracia, inocencia,
Siente en su seno la letal ponzoña
De la dolencia súbita, y herido
Baja á la tumba. Su congoja lenta,
Sus ayes moribundos, los lamentos
De su madre, ¿mitigan por ventura
El dolor que otros pechos atosiga?

¿A qué vino este infante entre los hombres?
¿Qué objeto tuvo en él naturaleza?

Mirad aquel mancebo, en cuyo aspecto
Se dejan ver designios inmortales :
Brilla en sus ojos un celeste fuego,
Y le cercan los rayos de la gloria.
¡Ay! las pasiones en su noble pecho
Se cèban inhumanas, destruyendo
Su heróico esfuerzo y su bondad natia.
Marcado con el sello del oprobio
Postrado yace. Enherbolada flecha
Le despedaza agudá las entrañas.
Gime del hondo pecho, y dolorido
Clama al cielo con grito penetrante;
Pero el cielo inclemente le condena
Á los remordimientos : la agonía
Sofoca ya su espíritu agitado.
¿Es éste el que viviendo de esperanzas,
De la honra cortejado y la fortuna,
Ceñido de los plácidos laureles,
De los triunfos y ciencias, caminaba
De la inmortalidad al altó asiento?
¡Desgracia inevitable! Tú del mundo
Eres dueño absoluto y de los hombres.

Y tú, doncella hermosa, que naciste
Para inundar el orbe de contento
Y disipar su horror. Tú en cuya boca
Vaga la blanda risa, ¿quién tu seno,
Morada del placer, sereno y puro,
En guarida trocó de la tristeza?
Una oculta pasion no declarada,
Un afecto infeliz mal reprimido
Consumen tu belleza. Desfalleces,
Y tus copiosas lágrimas anuncian
De tu disolucion el fin cercano,

Como las gotas últimas del iris.
¡Cuántos años de amor y de ventura
Robas contigo al mundo que te pierde!

¡Ay! todos á la muerte caminamos,
Y una mano invisible nos conduce
Al lindero espantoso. En él terminan
La vida y la creacion. De allí comienza
Á ensancharse el espacio pavoroso,
En cuya inmensidad errante vaga
La mente, cual relámpago ligera:
Inmensidad que en vano el pensamiento
Pretende concebir: en cuyo abismo
Cerrado á la ilusion, á la esperanza,
Al ruego, á los placeres y deseos,
Se sepultan por siempre las pasiones,
Los reinos, las repúblicas, imperios,
Y los vanos objetos que los hombres
Tienen en sumo precio y alta estima.

Sólo la Eternidad su asiento tiene
Sobre inmutables bases de diamante.
El tiempo destructor encadenado
Yace á sus plantas, la segur depuesta.
En torno reina soledad sombría,
Profunda soledad, terrible, augusta,
Donde no llega el alterado estruendo
De las olas del mundo; y se oye claro
De la ingénua verdad el sacro acento.
Allí la voluntad fija y absorta
Halla su fin, y el ánima se goza,
Ó tambien desdichada llora y pena.

¡Oh misterio terrible, á cuya vista
La razon espantada retrocede!
De mi naturaleza los arcanos
Sólo tú sabes explicar; mis dudas

Disipas victorioso, y entre sombras
Un secreto con otro me declaras.

Es cierto: yo conozco que he nacido
Para la eternidad. Altos deseos
Mi pecho encienden. Fervorosa llama
Arde en mi seno, y el amor de gloria
De todas mis potencias se apodera:
Pero de gloria inmensa, inmarcesible,
Que levantando al cielo su alta frente
De sumos resplandores adornada,
Sobrepuja triunfante las edades,
Detiene de los siglos la carrera,
Mostrando al mundo atónito los nombres
Que á la virtud y ciencia son más caros.

¡Oh si mi corazon asilo fuese
De la virtud sublime y generosa!
¡Oh si á mis sienes el laurel egregio
Ciñera de la docta poesía!
Entónces en las alas de la fama
Llevara el nombre de mi patria ilustre,
Y el dulce nombre de mi amada hermosa,
De donde nace el sol á donde muere:
Triunfara del sepulcro, y para siempre
Tambien mi nombre, libre del olvido,
Del mundo por los ámbitos sonara.

Esa dádiva insigne prefiriera
Á cuantas brinda la fortuna. Vanos
Sus dones son: cual humo se disipa
El falaz brillo de su leve gloria.
El rico cetro que el monarca empuña
Es débil caña, que se quiebra y hiere
La mano incauta que sobre él se apoya.
La pompa del magnate poderoso
Es el festin apénas de una noche:

Un invisible dedo ante los muros
Con misteriosos caractéres traza
El duro anuncio de su fin amargo :
Comienza entre las sombras con estruendo
Y á la aurora termina con gemidos.

Digno de compasion el hombre fuera
Si á la imperiosa voz de su deseo
Cediese por flaqueza, y no insensato
Obrase por designio. Los delirios
De su mentida gloria son señales
De profunda maldad. ¿Veis al tirano
Que asentado en un trono mal seguro
Ciñe rica diadema, y entre inciensos
Cantos lo arrullan de servil lisonja ?
Pues notad que su manto está teñido
Con sangre de guerreros. Las lucientes
Joyas que lo recaman, semejantes
Del pavon á la cauda, son los ojos
Que arrancó de los pueblos que domina.
La turba desdichada se le postra,
Y vertiendo por llanto hilos de sangre,
Sin luz, sin esperanzas ni consuelos,
Adora ciega el ídolo feroce
Que ella misma forjó. Siente en su cuello
La cadena cruel, sin ver la mano
Que sobre él la coloca. Culpa al cielo,
Y ella sola es la causa de sus daños.

¡ Oh mortal degradado! Alza tu frente
Del polvo vil, y con orgullo noble
Abandona el error. ¿Tu noble orígen
Has olvidado ya ? ¿No eres la imágen
Del soberano autor? ¿Por qué insensato
De tu estirpe depones la hidalguia?
Tu inercia te anonada. Peregrino
Transitas por el mundo, caminando

Á la morada de eternal reposo.
La mano que te crió no te destina
Á torpe humillacion. Vuelve la vista
Al solio que te tiene preparado :
Perfecciona tu sér, y espera firme
La hora que el cielo te señale. En tanto
Trata á los hombres como hermanos todos,
Y dobla á Dios tan sólo la rodilla.

LA VISION

Yo ví una luz opaca y pavorosa
En medio de la noche sosegada,
Y en sueños á mi diestra vide alzada
Una figura pálida y llorosa.

Cubierto su semblante de amargura
Se mostraba al traves de un ancho velo :
Profuso era su manto, y hasta el suelo
Arrastraba su luenga vestidura.

Como suena el tristísimo gemido
Que interrumpe el silencio de la tumba,
Y sumiso en las bóvedas retumba,
Así su acento resonó en mi oído. —

" ¿Cómo de la virtud te divorciaste,
Que fué tu hechizo miéntras yo vivia ?
De tus brazos bajé á la tumba fria,
¿Y al punto mis ejemplos olvidaste?

" Mi mano dirigió la tierna planta
De tu edad infantil por buena senda :
Á tus fuertes pasiones puse rienda ;
Y te enseñé del cielo la ley santa.

" Todo tu corazon sencillo y tierno
Diste á Dios cuando apénas balbutias :
¿Quién habria de pensar que faltarias
Á los votos que hiciste ante el Eterno?

" Así los dias de tu niñez corrieron,
Y tus floridos años se pasaron :
Tantos buenos deseos ¿ en qué quedaron ?
Tantas bellas promesas ¿ qué se hicieron ?

" Vuelve infeliz de tí, mira tu pecho,
Morada en otro tiempo del reposo,
Convertido en abismo tenebroso
Donde lidian la culpa y el despecho.

" Una mentida ciencia te deslumbra
Á todos tus afanes siempre ingrata,
El genio que en sus alas te arrebata
Te precipita cuanto más te encumbra.

" Hoy el cielo propicio te concede
Lugar para que mudes de camino ;
Venera los decretos del destino
Y á tiempos más felices retrocede.

" Alza la vista á la suprema altura,
Donde la luz eterna reverbera :
Allí está tu descanso, allí te espera,
Quien mereció otro tiempo tu ternura.

" Conviértate mi amor ; mi labio frio
Te recuerda mis últimas lecciones :
¡ Dichoso tú si en práctica las pones !
¡ Ay si las olvidares, hijo mio ! " —

Mal despierto y turbado en aquel punto,
Salto lleno de espanto de mi lecho :
El aliento vital con fatiga echo,
Perdida la color como difunto.

Á la querida sombra clamo insano,
Inundadas en llanto mis mejillas,

Tiendo las yertas manos amarillas
Y aprieto solamente el aire vano.

¿Te vas, le dije entónces, y me dejas,
Convirtiendo en desvelo mi letargo?
¿No escuchas mi dolor y llanto amargo?
¿No te mueven mis lágrimas y quejas?

Jamas te olvidaré, sombra adorada,
Genio que en las tinieblas me visitas,
Ángel que con tu voz me resucitas,
Mensajera de lo alto destinada.

¡Qué profundas, qué vivas impresiones
Ha causado tu acento en mis entrañas!
Como pasa la niebla en las montañas,
Así huyeron mis vanas ilusiones.

Y no es una invencion, no es ilusoria
Ficcion nacida de un engaño ciego:
Grabado con imágenes de fuego
Vive el hecho constante en mi memoria.

Desde entónces se ven en mi mejilla
El dolor y la pena retratados,
En mi pálida frente los cuidados,
Y en mis ojos la lágrima que brilla.

Y huyendo desde entónce á los retiros,
Rompí con este mundo mis alianzas,
Y animado de eternas esperanzas
Á los cielos dirijo mis suspiros.

EL SEPULCRO

AQUESTE es el sepulcro, la morada
Postrimera del hombre. Aquí fenece
La mundana inquietud, y excelsa vive
La eternidad. Placeres seductores,
Halagos dulces y caricias tiernas,
Huyen de este lugar. El amor mismo
Inundado de llanto, y extinguida
La llama de su antorcha, con lamentos
Baja á ocultarse al centro pavoroso.
La fastosa ambicion, sin los honores
Del mando que ejerció, llega sumisa
Á ocupar en silencio el puesto humilde,
Que le señala el dedo de la muerte.
Y la avaricia vil, sórdida, incierta,
Con torva faz y escuálido semblante,
Negro y lácio el cabello, taciturna,
Vueltos los ojos al tesoro amado,
En el angosto límite se postra.
Cierra el mármol la tumba, y aun se escucha
Allá en el fondo el lúgubre gemido.

Debajo de estas bóvedas opacas
Alumbradas apénas por el rayo
De moribunda lámpara, contempla
El ánima los tiempos ya pasados
Y los siglos futuros. De repente
Mira unidos extremos más distantes
Que el oriente y ocaso. Es el sepulcro
Padron aterrador, que se levanta
De la vida y la muerte en los confines.

Así se eleva en los polares climas
Helada sierra en el lejano puerto :
Vénse á una parte desde su alta cumbre
Las ondas de un abismo tempestoso,
Que rugen fieras, y se encrespan; de otra
Soledades inmensas, despojadas
De luz y de verdor, siempre oprimidas
Bajo el estéril peso de la nieve :
Ni rastro incierto ni vereda escasa
En su extension inculta se descubre.

¿Qué es nuestra vida? — Una ilusion perpetua —
Á nuestro lado asisten incesantes
La dicha y la desgracia. Al golpe alterno
De sus mágicas varas, no ofrecen
Imágenes amables ó espantosos
Espectros. Unas veces seducidos,
Corriendo vamos tras la leve sombra
Con la risa en los labios : otras llenos
De súbito pavor, el paso errante
Volvemos hácia atras : hondos abismos
Do quiera se abren, y la torpe huella
Tropieza y se hunde.

En el oscuro seno,
Morada del horror y sombras vagas,
Do las generaciones desparecen
Como vapor ligero, y se aniquila
Triste y marchita la creacion entera ;
Yacen tambien á nada reducidos
Del hombre los altivos pensamientos.
Sus proyectos quiméricos y audaces
Aquí se pierden, cual en negra noche
Los celajes espléndidos que forma
Purpúreo el sol cuando al ocaso baja.
Yo ví la tierra grande y extendida
Cubierta de heredades y jardines,

Ciudades opulentas, y elevados
Palacios, que tocaban las estrellas:
Inmensa poblacion los ocupaba,
Y el eco vagaroso repetia
Su confuso rumor. Cerré los ojos,
Y al despertar despues de un breve sueño
Un desierto encontré yermo y desnudo:
Los jardines volviéronse malezas,
Ruinas son las ciudades, y los hombres
Poca ceniza que el sepulcro guarda.

Míranse aquí en lugar desconocido
Entre pavor y fetidez inmunda
Los restos de un guerrero. Orin impuro
Son ya sus armas, y el pavés luciente,
Que entre nubes de polvo y humo espeso
En las batallas resplandor lanzaba,
Cual ígneo globo en cielo nebuloso.
Eterno hielo el fuego de sus ojos
Para siempre apagó: yace cubierta
De triste sombra la sañuda frente
Que los lauros ciñó de la victoria;
Y la diestra, que el rayo fulminaba
En los combates con furor tremendo,
Á cuyo golpe mi aterrada patria
Prosternada cayó, yace ora yerta,
Helada, en inaccion. Tú conseguiste,
Batallador feliz, unir dos mundos
Con vínculos funestos, y arrogante
De lo alto derrocar al trono Azteca,
En duelo convirtiendo el rudo brillo
De su agreste poder. De sus victorias
Sólo recuerdos funerales viven.
Tambien mezclados cabe tí reposan
Los carcomidos huesos del monarca,
Que arrancaste falaz del solio regio.
Así el sepulcro despiadado absorbe

Al guerrero triunfante y al vencido,
Al señor poderoso y al colono,
Al sacerdote y víctima, mezclando
Allá en sus antros con olvido eterno
Odio y amor....

¡Qué digo! Nunca puede
El sepulcro cruel romper los vínculos
Del blando amor, y los afectos puros
Con que de Dios la mano bondadosa
Los mortales unió con nudo grato.
Cambia el amor de formas, no perece.
¡Cuántas dulces memorias! ¡Cuántas bellas
Ilusiones vivíficas produces,
¡Oh fúnebre mansion! Son tus umbrales
Tranquilo puerto, tras tormenta horrible.
¡Feliz aquel que por la fe alumbrado,
Baja con planta firme á tus abismos,
Y en ellos mira con valor misterios
Que jamas alcanzó la vana ciencia
Del filósofo audaz!

Dame que escuche
¡Oh tumba! tus oráculos severos.
Dentro tus antros lóbregos descansan
Inmóviles cenizas, que mis ojos
Con llanto regarán. Ellas encierran
Nueva esperanza y plácidos consuelos.
Dulce es el llanto, que en el alma excita
La fúnebre memoria de una madre,
Modelo de virtud y de ternura,
Y de hijos caros la temprana muerte.
¡Sombras amadas, descansad tranquilas!
Vuestra separacion dejó en mi pecho
Interna herida que jamas se cierra;
Pero tambien dejó leccion profunda,
Con rasgos indelebles estampada

De sabio desengaño, y de elocuentes
Ejemplos de inocencia y de cariño.
Jamas, jamas de mi alma adolorida
Separaros podrán profundos mares,
Largas distancias, interpuestos montes,
Ni el confuso bullicio y pompa vana
Con que brilla la corte esplendorosa.
En mi memoria viviréis constantes
Miéntras durare mi existencia. Aqueste
Recinto melancólico y sombrío
Será para mi amor de mayor precio
Que el palacio riquísimo, do lucen,
Entre jaspes y excelsos artesones,
El oro y el marfil. Cuando la muerte
Con severa piedad destroce el hilo
De mi vida apenada y borrascosa,
Uniréme á vosotras, sombras caras,
Renovando los lazos de familia.

EL SITIO DE PTOLEMAIDA

TRADUCCION DE UNA ELEGIA

Escrita por SINECIO, obispo de aquella ciudad

¡Oh mi amada Cirene, tú que vivos
De mis antecesores venerados
Los nombres has guardardo en tus archivos!

¡Sepulcros de la Dórida sagrados,
Donde no quedarán con mis mayores
En dulce paz mis huesos sepultados!

¡Tú que eres ocasion de mis dolores,
Ptolemaida infeliz, pues me hace el cielo
El postrimero sér de tus pastores!

¡Nada os puedo decir en tanto duelo,
Que oprimida la voz, impide el llanto,
Palabras á mi lengua de consuelo!

¿Tendré que abandonar el templo santo
Lanzado por el bárbaro enemigo
Entre la confusion y entre el espanto;

Y huyendo de su saña, cual mendigo
Buscar, detras de mares procelosos,
En extraña region quietud y abrigo.

Si huyéremos de noche silenciosos,
Pediré por piedad alguna espera,
Y al templo iré con pasos presurosos,

Donde humillado por la vez postrera
Exhalará mi pecho atormentado
Su profundo dolor, su pena fiera.

Daré la vuelta del altar sagrado,
Y besaré el umbrál y sacra mesa,
Dejando el suelo en lágrimas bañado.

Con la amargura en el semblante impresa
Abrazado á las puertas del santuario,
Dirá el último adios el alma opresa.

Las bóvedas del templo solitario
Huecas repetirán con sordo acento
Los ecos de mi llanto funerario.

Hasta que llegue el último momento
Del peligro, y su fuerza aterradora
De allí me arranque con furor violento.

Miéntras esto imagino, no hay una hora
Propia para el descanso, no de dia,
No en la profunda noche, no en la aurora.

Si el sueño agobia la cabeza mia
El clarin me despierta resonante,
Y del lecho y descanso me desvia.

Estoy siempre en alarma vigilante
Sobre el muro, vestido de loriga,
Campados los contrarios por delante.

Rendido estoy de sueño y de fatiga,
De prevenir la astucia y la cautela
Con que pueda asaltar tropa enemiga ;

De mudar el nocturno centinela,
De hacer guardar servicio rigoroso,
Y velar á mi vez al que me vela.

Las noches ocupaba ántes gozoso
Por ver girar sobre la esfera pura
El coro de los astros luminoso.

Ahora me desvelo en noche oscura
Por rechazar los bárbaros sangrientos,
Que cubren nuestro suelo de amargura.

Si concedo al descanso unos momentos
Por el reloj con precision medidos,
¡Qué de sueños me asaltan turbulentos!

De las congojas del dia nacidos,
Como objetos de horror y de tortura
Conturban por la noche mis sentidos.

Paréceme que huyendo con presura,
El bárbaro nos carga de cadenas
Y lleva á esclavitud lejana y dura.

Cuando de tanto horror despierto apénas,
Vuelvo á nuevo afanar, para mí digo :
Aquí tendrán su término mis penas.

Si entrare en la ciudad el enemigo
Á sangre y fuego, desatado en lloro
En el santuario buscaré mi abrigo.

Allí ante el Dios Eterno á quien imploro,
De sus sagradas aras abrazado,
Y puestos ante mí sus vasos de oro,

Opondréme al arrojo del soldado ;
Y si me diére muerte allí protervo,
Compasivo el Señor verá bañado
El altar con la sangre de su siervo

A UN NIÑO

I

Cuando viniste á la tierra
Derramaste, hermoso niño,
En tu familia y tu casa
El más puro regocijo.

Los semblantes que cercaban
Tu cuna, recien nacido,
Respondieron con sonrisa
Á tus primeros vagidos.

No te aguardaban riquezas,
Ni brocados exquisitos,
Sino el amor de tus deudos
Y de tu madre el abrigo.

Cuando en sus brazos quedabas
Al grato sueño rendido,
Gozabas tú del descanso
Y ella de un dulce delirio.

Te adormia con sus arrullos,
Y con besos repetidos
Te despertaba, mirando
El mundo en tí reducido.

Ya sus rasgos empezabas
Á conocer indeciso,
Y lanzábaste á su seno
Alborozado y festivo.

Tal vez entónces tu pecho,
De amor inocente herido
Sintió, aunque confusamente,
Los nobles afectos de hijo.

Así la reciente aurora
Con su regalado brillo,
Los inmensos resplandores
Anuncia del dia vecino.

En tus azulados ojos
Brillaban rayos activos,
Y la donosura y gracia
En tus labios purpurinos.

Eras cual planta preciosa,
Que el sol fecunda benigno,
Las dulces auras halagan,
Y riega el blando rocío.

Eras joya de tu casa,
Eras de tu madre hechizo,
El gozo de tus hermanos,
De mi corazon alivio.

Mas, ¡ay! pasaste cual sombra,
Volaste como un suspiro,
Y tus luces se apagaron
Allá en el sepulcro frio.

II

Densa noche sucede al breve dia,
Inmenso mal al bien que poco dura,
Y á la temprana vida la agonía.

Se apoderó de tí la calentura,

Con un fuego sutíl quemó tu frente,
Y consumió tambien tu sangre pura.

Herido en lo más vivo de repente
Quedaste sobre el lecho derribado,
Lleno de languidez, triste y doliente.

Así queda en el polvo sepultado
El bello lirio en el ardiente estio,
De su lustre y aromas despojado.

El alma me llenó terror sombrio
Cuando en tu rostro ví, que revelabas
La intensidad del mal, perdido el brío

La llama que en el seno alimentabas
Los alivios negó, que pretendias
Alcanzar, cuando apénas respirabas.

Sin refrigerio en torno te volvias,
Y á fuerza de gemidos y lamentos
El curso de la muerte detenias.

¡ Cómo se prolongaron tus tormentos !
¡ Y cómo con su vista se aumentaron
Mis profundos y amargos sentimientos !

Mis ojos incesantes te velaron
Hasta rayar la lumbre matutina,
Y al mirarte llorar tambien lloraron.

Tu suerte lamentable vaticina,
Y sus marcas de fuego dolorosas
Estampó sobre tí la medicina.

Entónces tus pupilas lagrimosas
Levantabas á mí, como pidiendo
Que calmara tus penas rigurosas.

¿Qué pude hacer en lance tan tremendo,
Sino obligarte á nuevos sacrificios
Á las tuyas mis lágrimas uniendo?

Ineficaces fuéron mis oficios,
Que la cruda dolencia progresaba
Dando ya de tu fin ciertos indicios.

La muerte entre tinieblas se acercaba.
Y empañó con su aliento el brillo puro
Que en tus serenos ojos se mostraba.

Cesó tu padecer : del mundo oscuro
Volaste al alto empíreo esclarecido,
Donde respiras ya libre y seguro.

¡ Ay ! cuando conocí que habias partido
Y tu yerto cadáver en mis brazos
Le mostró sin aliento y sin sentido ;

Pedí al cielo rompiese ya los lazos
Que me unen á la vida, y se salia
Mi corazon del seno hecho pedazos.

Mi rostro con tu rostro confundia,
Mi boca con tu boca, y de mis ojos
Una fuente de lágrimas vertia.

¡ Oh si unir á los tuyos mis despojos
Pudiera en este instante, niño tierno,
Acabaran de un golpe mis enojos !

Hechizo blando del amor paterno,
¡ Oh que presto de mí te has alejado,
Dejándome inundado en llanto eterno !

El contento contigo te has llevado,
Acabó de repente el dulce gozo
Que habias en tu familia derramado.

Donde ántes resonaba el alborozo,
Las risas y los juegos inocentes,
Hora suena el suspiro y el sollozo.

¡Oh mudanza cruel! ¡Cuán diferentes
Fuéron tu nacimiento y tu partida!
¡Huyó el placer, dejándonos presentes
Hondo pesar y lloro sin medida!

III

¿Por qué, inocente niño.
De esta mansion te alejas?
¿La voz de mi cariño
Olvidas, y me dejas
Desalentado y mísero,
Luchar con el dolor?

Tú, que gracioso fuiste
Ántes todo mi encanto,
Hora motivo triste
Eres de largo llanto:
Recuerdo melancólico
De un infeliz amor.

¡Qué injusta se ha mostrado
Con nosotros la suerte!
Debieras á mi lado
Tú presenciar mi muerte,
Y con tus dulces lágrimas
Bañar mi helada faz:

Y yo nunca debiera
Ver en tan negro dia
De tu hora postrimera
La penosa agonía;
Ni en el humilde féretro
Depositarte en paz.

Tus preciosos despojos
Al fondo descendieron
De la tumba; mis ojos
Llorando te perdieron:
Sobre tu losa fúnebre
La Eternidad se alzó.

De este mundo olvidado
La lobreguez te oculta,
Cual tesoro ignorado,
Que la tierra sepulta:
Mas contigo en el túmulo
Mi corazon quedó.

En sueños tu brillante
Imágen se me ofrece,
Despierto y al instante
Huye y se devanece,
Cual pasa del relámpago
El resplandor fugaz.

Tus quejas vagarosas
Que de dolor me llenan,
Todavía lagrimosas
Bajo mi techo suenan,
Como en las selvas lóbregas
Vaga el eco locuaz.

Desde el sepulcro helado
Tu acento me amonesta,
Que vele preparado
Para la hora funesta,
En que la muerte pálida
Me salga á recibir.

¡Ay! al Eterno pide
Temple su golpe crudo,

Pues el tamaño mide
De mi dolor agudo,
Y abrevie luégo el término
De irme contigo á unir.

AL MISMO

Niño, que te partiste en presto vuelo
De esta tierra de crímenes manchada,
Sumergiendo en amargo desconsuelo
Tu pobre casa y tu familia amada :
Si conservas allá en el alto cielo
Recuerdos de esta vida desgraciada,
Ruega al Señor Eterno á quien bendices,
Que consuele á tus padres infelices.

EL SEPULCRO DE MI MADRE

Bajo esta losa fria
¡Idolatrada madre!
Descansan para siempre
Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
Que no te ven cual ántes,
Cercados de tinieblas
En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
Se pierden en el aire,
Que nada los lamentos
Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
Que exhala el pecho amante,
El que su presa vuelva
La tumba inexorable:

Ni ménos á su impulso
Que dóciles se ablanden
Del lúgubre destino
Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente,
Rendida orabas ántes
En este mismo templo,
Donde hora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
Con ruegos incesantes;
Que en mí sus claras luces
Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
Te vió en estos umbrales,
Impetrando del cielo
Favores y piedades!

Jamas á lo alto fuéron
Tus súplicas en balde,
Que era para el Eterno
Tu valimiento grande.

¡Cuántas miró la noche
Tus lloros abundantes,
Como tu amor ardientes,
Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
Herian estas naves,
Que hora sordas repiten
Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas,
Que en pos de tí dejaste,
En escuadron vinieron
Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
Con fuerza incontrastable
Lanzáronme á un abismo,
Sobre barquilla frágil.

Así, madre querida,
Desde que tú faltaste,

Cual náufrago navego
En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,
Y entre agrupadas nubes
Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio,
Pues que llegó á apagarse
La luz, que era mi guia
En las olas instables.

¡Oh sí pluguiera al cielo,
Que en tan horrible trance
Asilo bonancible
En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
Que en tus cenizas arde,
Al corazon envia
Centellas eficaces.

No rico mausoleo
De mármoles y jaspe
Oprime tus despojos,
Bajo su mole grave,

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares,
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropaje
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre
Hacen que se te guarde
Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque,
Que con lágrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empíreo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafiros
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La ingénita belleza
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
¡Ah! mi dolor te apiade:
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.

UNA TARDE DE OTOÑO

Tapiza Otoño la tierra
De secas hojas. Confuso
Declina el sol al ocaso,
Entre nublados oscuros:

Su luz quebrada resbala
Sobre los collados mústios,
Y de la estéril ribera
Entre peñascos incultos.

Murió la pompa del año:
El campo que ántes produjo
Cosechas ricas, cubierto
Está de polvo infecundo.

En el ancho cementerio
De todo ornato desnudo,
Al pié de la antigua torre
Cubierta á trechos de musgo,

Siéntome; oprimida el alma
Al peso de males sumos,
Y renovada del seno
La llaga, con golpe crudo.

Con melancolica pausa,
Del bronce herido al impulso
El aire en torno resuena,
Y es de la muerte el anuncio.

Diversas fosas esperan
Del hombre los restos mudos,
En donde tambien se pierden
Sus vanidades y orgullo.

Allí el anciano, postrado
De años y trabajos muchos,
Desciende: allí la doncella,
Y el niño inocente y puro.

¿Quién es aquel que mirando
Con vista atenta el sepulcro,
Á la compasion no paga
De lágrimas un tributo?

¿Y más si estando ligado
Ántes de amor con los nudos,
Á triste gemir y duelo
Despues la ausencia redujo?

¡Ay, á mis cansados ojos,
Con llanto opacos y turbios,
Tu figura se presenta
Pálida, y la voz sin uso,

Jóven malogrado! ¿Incierto
Me miras? ¿Quién así pudo
Dar á tu ingenuo semblante
Ese tinte taciturno?

Me acerco: con voz doliente
Te llamo ansioso, y al punto
Huyes, y te desvaneces,
Como en los aires el humo.

Cuando apénas empezabas
Á percibir del estudio

Los recónditos placeres
Que ignora el profano vulgo:

Entónces asoladora
Peste, con aliento impuro,
En tí vertió su veneno,
Y á la tumba te condujo.

Pasó, como luz liviana
De noche, tu breve curso:
Brilló un momento, dejando
Sombras y terror profundo;

Y contigo perecieron
De la muerte al golpe rudo,
Lisonjeras esperanzas
Que el pecho en vano mantuvo.

Á ser tu vida tan breve,
¿Para qué viniste al mundo,
En tu familia causando
Dolor inmenso sin fruto?

Sábelo aquel que conoce
Los arcanos más ocultos,
Á cuyos altos designios
No llega humano discurso:

El que los mares rugientes
Á abismos ciertos redujo,
Y sobre bases perpetuas
Los altos montes impuso.

Yo á su presencia postrado
Venero sus atributos,
Y mi voluntad sumisa
Rindo á sus decretos justos.

El objeto de mi pena
Posa en su seno seguro,
Miéntras yo, desventurado,
De llanto en llanto discurro.

Así con ley siempre sabia
La providencia dispuso
Dar á la inocencia premio,
Y á mí un aviso oportuno.

Ya en las esferas la noche
Despliega el manto profuso
Y de tinieblas eternas
Ciñe su semblante augusto:

Descansa el orbe en silencio,
Mas yo por nuevo estatuto,
Para el infortunio velo,
Y para el dolor madrugo.

MEMORIAS FÚNEBRES

EL BIEN PERDIDO

SONETO I

Lágrimas que abrasais de mis mejillas
El marchito verdor con curso ardiente,
Desde hoy se perderá vuestra corriente
De la ancha eternidad en las orillas.

En vano elevaré preces sencillas
Para volver á ver el bien ausente:
¿Podrá dar vida mi gemir doliente
Del sepulcro á las sombras amarillas

Pasaste ya las aguas del olvido,
Y yo en la tierra permanezco, donde
Á llorarte quedé, dueño querido:

El sitio toco que tu cuerpo esconde,
Clamo al mármol con grito dolorido
¡Y á mi ronco clamor nadie responde!

PRENDAS DE AMOR

SONETO II

Prendas en otro tiempo recibidas
De mí, con dulces lágrimas regadas,
Con ósculos ardientes regaladas,
Y con tristes presagios recogidas,

Hoy en mi duelo recordais unidas
De un afecto infeliz glorias pasadas:
¿Dónde quedais, memorias desdichadas?
Caricias de mi bien, ¿dónde sois idas?

Prendas, que recordais bienes y males.
Vuestra vista en tormento se convierte
Con afectos del todo desiguales:

Valor tomais de la mudable suerte;
Fuísteis ántes de amor fieles señales,
Ora sólo despojos de la muerte.

EL RUEGO

SONETO III

De mí con duro golpe dividida
Al sepulcro bajaste, sola y yerta:
Tu bella forma, inanimada y muerta,
Yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos dividida,
Entre los brazos del Criador despierta:
Ora brillas allá con luz más cierta
En las nuevas regiones de la vida.

Mírame convertido en largo llanto
Ciegos mis ojos, sin tu lumbre pura,
Despedazado el pecho de quebranto;

Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo
Y en la tierra una misma sepultura.

ÚLTIMO ADIOS

SONETO IV

Si pudieran las lágrimas que vierto
Detener para tí la postrer hora,
No mirara tu amante, que te adora,
Perdido su valor, su daño cierto.

No vagara, mi bien, por un desierto,
Tan léjos de tu luz consoladora,
Ó arrebatado de onda rugidora
Se hundiera en tempestoso mar incierto.

Escrito está que al mundo en que moraste
Jamas has de volver, prenda querida,
Ni contigo la dicha que llevaste.

Murió mi gloria con tu hermosa vida;
Y al dirigirte al cielo, me dejaste
¡ Adios! ¡un largo adios en tu partida!

NUEVO TEMOR

SONETO V

¿El adios de tu tierna despedida,
Será perpétuo, Elisa, será eterno?
¿No estrechará otro nudo sempiterno
Los lazos que se unieron en la vida?

¿Ya nunca escucharé tu voz querida,
Ni gozaré otra vez tu afecto tierno?
¿Bajaré á las tinieblas del infierno,
Triunfando tú, de luces revestida?

Mi corazon rebosa de amargura,
Y crecen sus combates sin guarismo,
Al recelar tu pérdida futura:

Enemigo de Dios y de mí mismo,
Perder tambien tu angélica hermosura
¡ Qué tormento mayor en el abismo!

EL CORAZON DESCUBIERTO

SONETO VI

Desde que del empíreo que te admira
Pisaste las regiones superiores,
Y alumbrada de vivos resplandores
Disciernes la verdad de la mentira :

Tu penetrante vista observa y mira
Mi insano corazon, lleno de horrores.
¡Qué indigno de tus cándidos amores,
Y de esa tu beldad por quien suspira!

Pero tambien has visto, dulce esposa,
Que alejado del tuyo, no hay quien sume
La serie de sus males dolorosa :

Que siempre te amó fiel, y no presume
Más que ofrecer á tu deidad hermosa
El fuego abrasador que lo consume.

EL SUEÑO DE LA DICHA

SONETO VII

Como sueño feliz que el afligido
Goza en el breve instante en que reposa,
Así despareciste presurosa,
Llorada posesion del bien perdido.

Estrella que en el orbe oscurecido
Lanzaba un rayo de su luz hermosa,
Por quien en esta tierra dolorosa
Caminaba tu amante dirigido.

Triste del que por sendas extraviadas,
Sembradas de malezas y de abrojos,
Dirige sin tus luces sus pisadas;

El cielo sustituye con enojos
Á sus glorias brevísimas soñadas
El llanto indeficiente de sus ojos.

LA SÚPLICA EN LA AUSENCIA

SONETO VIII

Cuando brillaba aquí tu luz divina,
Astro de amor, anuncio de consuelo,
Era á mis ojos deleitoso el suelo,
Bella la flor, la fuente cristalina :

Mas hora que el Eterno te destina
Á enriquecer con tu beldad el cielo,
Mi alma se vuelve á tí, llena de anhelo,
Ausente de su patria y peregrina.

¿Qué hay en la tierra ya que me detenga?
Si mereciere tu infeliz esposo
Que de él tu corazon memoria tenga ;

Concédele á su espíritu afanoso
Llegar, do tu cariño le prevenga
Delicias puras é inmortal reposo.

EL DESEO

SONETO IX

Si te llegare á ver, criatura santa,
Allá en la eternidad, libre de duelo,
¿Permitirás á mi amoroso anhelo
Seguir tus huellas y besar tu planta?

Entre el alado coro, que te canta
Con acento inmortal, hija del cielo,
¿Consentirás que descorrido el velo,
Mi vista se deleite en gloria tanta?

Privado de tu amor, pido á la muerte
Apresure sus términos fatales,
Ya que de tí la vida me divierte.

Si me esquivas tus brazos inmortales
(Puesto que indigno soy de merecerte),
Admítame tu templo en sus umbrales.

APOTEÓSIS DE ELISA

SONETO X

Era la aurora ya, cuando dormido
Una hermosa mujer vi en el Oriente :
Blancas rosas ornábanle la frente,
En rizos su cabello desprendido.

Sujetaba su cándido vestido
De oro fino y zafir zona luciente,
Y de color de llama refulgente
Deslumbraba su manto descogido.

Verde palma llevaba por divisa :
Su rostro, lleno de inmortal decoro
Á mí volvió con plácida sonrisa :

Víla, y reconocí, bañado en lloro.
Entre puros espíritus á Elisa
Volando al inmortal, celeste coro.

NUEVA ESPERANZA

SONETO XI

Por la mano de Dios me fuiste dada
Como rico tesoro, en feliz dia;
Mi juventud llenaste de alegría
Dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecia,
¿Te esquivarás acaso, esposa mia,
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu desciende
Del alto empíreo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazon blando consuelo,
Cuando pensando en tí, fácil entiende
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

LA POESIA FUTURA

SONETO XII

No era digna de tí la tierra impura,
Y alzaste el vuelo á esa region lejana,
Do sublimando la belleza humana,
Te revistes de gloria y lumbre pura.

Aparece más clara tu hermosura
Que el astro anunciador de la mañana,
Y moras, como reina soberana,
En palacios de excelsa arquitectura.

Cuando de mi existencia dolorida,
Y de tantas desdichas que eslabono,
Quedare la cadena suspendida,

Versos me inspirarás con nuevo tono,
Dignos de eternidad, llenos de vida,
Que ofreceré rendido ante tu trono.

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS

DEDICADOS AL SR. D. ANDRES QUINTANA ROO

I

EL SÉR

¿Que es el sér? ¿Es de sí propio
Orígen, causa y producto?
¿Esfuérzo con que la nada
Sale de su centro nulo?

Si carecia de existencia,
¿Cómo á sí formarse pudo?
El sér y no sér á un tiempo
Arguye en sí mismo absurdo.

Y si el esfuerzo no es más
Que del sér un atributo
¿Pudiera existir, acaso,
De su sujeto desnudo?

¿Cómo pudiera ser causa
Y tambien efecto suyo,
Cuando aquella es la primera,
Y éste, por fuerza, segundo?

Luego los séres que forman
Del universo el conjunto,
Ni efectos son de sí mismos,
Ni la nada los produjo;

Que es ineficaz la nada
Para adquirir forma y bulto,
Para erigirse en esencia
Y darse á sí propia impulso.

¿ Pues de dónde este universo
Toma su poder fecundo?
La materia que lo forma
¿De dónde su orígen tuvo?

En tantas dudas perplejo
Me precipito sin rumbo.
¡Oh razon, qué impotente eres!
¡Qué débil eres, discurso!

Sois ciegos que guiais á un ciego
Entre precipicios rudos:
Enlazais dificultades
Y no desatais el nudo.

En esta vida lanzado,
Vago en laberinto oscuro,
Y con errores groseros,
Solo, en las tinieblas lucho.

Si los séres no nacieron
De sí propios, luégo hay uno
Necesario, de quien todos
Su orígen tienen oculto:

Luégo este sér es increado,
Sin dependencia, absoluto,
Anterior á todo tiempo,
De quien el orbe es trasunto.

Esencia que en sus hechuras
Se copia con fiel dibujo;

Idioma que á nuestros ojos
Habla con lenguaje mudo.

¡Oh tú, Religion sagrada,
Que en este abismo confuso
Tu luz derramas, y al hombre
Ilustras con fuego puro!

Tú revelas á mi mente
Verdades que nunca supo
En hondas cavilaciones
Hallar filósofo alguno.

Tú me enseñas que hay un sér
Que hizo de la nada el mundo,
Que desplegó el firmamento
Y al sol señaló su curso.

Que la luna silenciosa
Puso por fanal nocturno,
Y de luceros sin cuento
Sembró el espacio profundo:

Que desde los altos cielos
Inmóvil, en trono augusto,
Ciñe de luces la aurora,
Cubre la noche de luto.

Da á la primavera flores,
Nieves al invierno crudo,
Espigas al rubio estío
Y al pródigo otoño frutos.

De verdes bosques corona
Los altos montes robustos;
Á los turbulentos mares
Límite de arena puso.

Hace nacer los arroyos
De los peñascales duros;
Cubre de césped los prados,
Y el viejo tronco de musgo.

Por él la tórtola amante
Canta con sentido arrullo;
Hambrienta la fiera ruge
Desde sus antros ocultos.

Huelga en el mar la ballena,
Pace los campos el bruto,
Encuentra el ave alimento
En los desiertos incultos.

En el Setentrion remoto
Tiene al Aquilon recluso,
Que á su mandato obediente
Altera los mares turbios.

Sobre las alas del viento,
Entre nublados oscuros,
Camina Dios en los cielos,
Y es la tempestad su anuncio.

Si baja la vista airado,
El suelo tiembla convulso:
Con su planta, si os toca,
Los montes convierte en humo.

¡Oh Señor, yo te confieso!
En todas partes descubro
Pruebas de tu amor sagrado:
Habla, que tu voz escucho.

Á tí debo mi existencia;
Tú animaste el polvo inmundo

De mi cuerpo, y le inspiraste
Tu aliento divino y puro.

La inmortalidad me has dado,
Y vivir contigo junto.
¡Oh mortal! ¡cuán elevados
Son tus destinos augustos!

II

EL DOLOR

Si un Dios de bondades lleno
Sacó de la nada al mundo,
Si la tierra y mar profundo
Ató con lazo de amor;
Si al hombre formó su mano,
Objeto de su ternura:
¿Por qué condenó su hechura
Á la impresion del dolor?

Sufre el anciano postrado,
Gime el enfermo en su lecho,
Pena en calabozo estrecho
El prisionero infeliz.
En vano la tierna madre
Defiende al niño en sus brazos:
La muerte rompe sus lazos,
Y la hunde en dolores mil.

Si sopla la peste impura
Inficionando la tierra,
Si brama airada la guerra,
Si ruge el mar con furor;
Si estalla el rayo, y los montes
Tiemblan, vomitando fuego,

Sobre los mortales luégo
Tiende su cetro el dolor.

Cuando ama con más cariño
El nuevo esposo á la esposa,
Cuando lazada amorosa
Los estrecha ante el altar;
Cuando en el mar de la vida
Gozamos tranquila calma,
¡Con qué recuerdos al alma
Viene el dolor á turbar!

Mas ¡ah! que precipitada
La vida, sin resistencia,
Abreviara su existencia,
Si le faltara el temor;
Y los deleites llenaran
Sus horas de culpa y tedio
Si no se alzara por medio
Terrible y fuerte el dolor.

El dolor es del pecado
Recompensa merecida,
Pension actual de la vida,
Condicion de nuestro sér;
Mas tambien es nuestra guarda,
Contra las pasiones muro,
Y para el siglo futuro
Ocasion de merecer.

Y si el dolor no existiera,
Romperia mano enemiga
El dulce lazo que liga
Á la humana sociedad:
Ni propiedad ni familia,
Entre los hombres se hallara,
Y el amor abandonara
Á la triste humanidad.

Si el dolor dejara al mundo,
Fuera con él la justicia,
Y en el solio la malicia
Haria su acero blandir.
¡Alzara su faz odiosa
Desmascarada licencia,
Y quedara la inocencia
Abandonada á gemir.

Si áun el hombre conservara
La inocencia primitiva,
Si ardiera en su seno viva
Sagrada llama de amor;
Si humilde hubiera guardado
La ley del Señor primera,
Hoy infeliz no sintiera
Las heridas del dolor.

¡ Insensato ! alzarse quiso
Sin alas á las alturas,
Y de las esencias puras
Los asientos escalar.
Quiso con mano atrevida
Quitar á Dios la diadema,
Robar su lumbre suprema,
Y como Dios imperar.

Por eso la ira divina
Vengó de Dios el ultraje,
Y el desdichado linaje
De Adam á muerte entregó :
Hízole ver que su vida
Seria de afan y miseria,
Que su cuerpo era materia
Presa infeliz del dolor.

Desde entónces ¡ desdichado!
Gime el hombre en tierra ajena,

Arrastrando la cadena
De su mísero existir.
Sus ojos nacen al llanto
Y sus labios al lamento;
Es la vida su tormento,
Y su descanso morir.

Mas ¡ ah ! que benigno el cielo,
En su consejo divino,
Remedio al hombre previno,
Con que llamarlo á su amor.
Bajó incógnito á la tierra
El Dios excelso humanado,
Para destruir al pecado,
Sujetándose al dolor.

Duros clavos atormentan
Sus piés y manos divinas,
Su cabeza las espinas
Y su paladar la hiel.
Muere con dolor acerbo
Por salvar la tierra ingrata,
Y su agonía dilata
El deseo de padecer.

Y dió con su sangre al hombre
Vida en el empíreo cierta;
Le abrió su espléndida puerta,
Y á su solio lo elevó:
Mas le dejó acá en la tierra
Esta sentencia esculpida:
Sólo se llega á la vida
Por la senda del dolor.

III

LA ESPERANZA

Espíritu inmortal, que de la vida
Siembras las sendas áridas de flores,
Compañera del alma entristecida,
Bálsamo de consuelo en sus dolores :

Tú, que de la niñez las horas breves
Inundas de placeres y de encanto,
Que de la juventud los pasos mueves
Á alcanzar de la gloria el fuego santo :

Y en las cenizas de la edad helada,
Cuando ya el corazon gime marchito,
Á la pupila de vejez cansada
Entre sombras descubres lo infinito :

Tú, que enjugas el llanto doloroso
Que el moribundo en su amargura vierte
Conservando tu fuego vivo, hermoso,
En el fúnebre lecho de la muerte :

Dime ¡ dulce esperanza ! ¿ descendiste
Cual ángel de la esfera soberana,
Para alumbrar en su destierro triste
Llena de compasion la especie humana ?

¿ Ó eres sólo una ilusion que nace
De engaños de la mente y los sentidos,
Vision, que al hombre descarría falace
Por senderos de error desconocidos ?

Si eres hija de un Dios veraz y sabio
¿ Por qué la copa del placer me ofreces,

Y al apurarla mi sediento labio
En él derramas del dolor las heces?

En las ramas de selva florecida,
Do inexperta la vista se divierte,
Al arrancar los frutos de la vida
Encuentro las semillas de la muerte.

Mas, no, que desdeñando el bajo mundo,
Tambien en él caminas peregrina,
Y huyendo de su negro horror profundo
Al empíreo tu vista se encamina.

Y por eso abandonas esta tierra,
Morada de tormentos y quebranto,
Do falsa libertad y cruda guerra
Su imperio extienden de opresion y llanto.

Y diriges al hombre que transita
Con paso incierto á la region futura
Cual dirigia al tímido Israelita
Columna luminosa, en noche oscura.

Á otra patria feliz alzas el vuelo
Donde le ofreces perdurable calma,
Nuevo amor y dulcísimo consuelo,
Placeres inefables para el alma.

MEMORIAS DE LOS MUERTOS

Imitacion de Alfonso Lamartine

DEDICADA AL SR. D. MANUEL CARPIO

Velado en nubes rojas
Se muestra el triste cielo,
Ya de marchitas hojas
Se cubre el mustio suelo,
Donde recoje el rústico
Leña para su hogar.

La inquieta golondrina
Con vuelo vagarosa
Ya se alza, ya se inclina
Al charco cenagoso,
Y entre las selvas rápido
Se oye el viento silbar.

En la oculta espesura
No murmuran las fuentes;
Yacen sin hermosura
Los montes eminentes,
Sin su verdor los árboles,
Los pájaros sin voz.

Apénas muestra el dia,
Entre nubes quebradas.
De niebla húmeda y fria,
Sus luces eclipsadas,
Cuando la noche lóbrega
Roba su imperio al sol.

Del zéfiro halagada
No despierta la aurora,
Ni de flores ornada
El horizonte dora :
Entre nublados cárdenos
La luz llega á morir.

Yace el mar solitario,
De bajeles desierto,
En lecho funerario
Inanimado y muerto :
Sólo en la playa ondívaga
Se oye el aura gemir.

Sin pasto los ganados
Vagan por las colinas,
Del vellon despojados
Entre zarzas y espinas,
Siguiendo el paso míseros
Del mísero pastor.

Cesó ya la armonía
De la voz melodiosa,
Que al viento repetia
Su cancion amorosa;
Así cual son armónico
La vida terminó.

Todo en otoño muere,
Y es fuerza que sucumba
Tambien al hombre hiere
El aire de la tumba,
Toca á su rostro pálido,
Y lo hace fenecer.

Y pasa cual la pluma
Que el águila abandona

Cuando con nueva suma
De galas se corona :
Tal á otro mundo incógnito
Vuela el humano sér.

Se acerca el triste invierno,
Y no verán mis ojos,
Llenos de llanto tierno,
Más que tristes despojos
De frutos mil, que efímeros
La tumba devoró.

Jóven soy, y me encuentro
Solo conmigo mismo,
Pues que al oscuro centro
De un insondable abismo,
Mis dulces prendas íntimas
La dura muerte echó.

En la estéril colina
Sus restos yacen hora;
Mas su esencia divina
Al Sumo Bien adora,
Y en otro mundo plácido
Vive eterna y feliz.

Cual la bella paloma,
Si amor su pecho abrasa,
Veloz el vuelo toma
Y á otras regiones pasa;
Así el humano espíritu
Vuela inquieto á su fin.

¡ Ah! si resuena el viento
En la marchita rama,
Si escucho á paso lento
Pisar la seca grama,

Si la campana fúnebre
Oigo en sueños sonar,

Son eco que me advierte
Que hay un vivir segundo:
Anuncios de la muerte
Entre uno y otro mundo:
Seña que al alma tímida
Llama á la eternidad.

Si el material acento
Huye de mis oidos,
Dentro del alma siento
Misteriosos sonidos
Que de un letargo pérfido
Sacan mi corazon;

Y nacen y se acercan
Recuerdos y congojas,
Que de temor lo cercan:
Cual las marchitas hojas,
Que al pié del tronco, estériles,
Agrupa el aquilon.

Aquí de una querida
Madre, el cadáver mora,
Miéntras desde otra vida
Al hijo que la llora
Su alma inquieta y solícita
Busca llena de afan;

Y los brazos le tiende,
Y amante le bendice,
Piadosa le defiende,
Y allá á solas le dice:
¿ Quién en la tierra lúgubre
Sabe cómo yo amar?

Allí una prometida
Esposa, en cuya frente
Aún reposa encendida
De amor la llama ardiente,
Y sólo un deseo único
Guarda en su seno fiel;

En busca de su amante
Baja del alto cielo,
Diciéndole constante :
¿ Si en ese adusto suelo
Miras yermo mi tálamo,
Qué te detiene en él ?

Acá un estrecho amigo,
Que en niñez inocente
Para apoyo y abrigo
Nos dió el cielo clemente,
Que nuestras plantas débiles
Supiese encaminar.

Presente, aunque invisible,
Dirige nuestros pasos,
Á la pena sensible,
Sensible á los acasos,
Del que en desiertos áridos
Aún se mira vagar :

Allá un querido hermano
Que al expirar nos nombra,
Ó bien de un padre anciano
La venerable sombra,
En el postrero término
Fijan llorando el pié ;

Y recuerdan que un techo
Sombra les dió y asilo,

Do fué comun el lecho,
Mutuo el hogar tranquilo,
Y de un amor recíproco
En todos se vió arder.

Cae del materno seno
Al sepulcro el infante;
Baja de lauros lleno
El guerrero triunfante;
Se hunde el anciano trémulo,
Muere el jóven feliz:

Nos roba hora por hora
La muerte despiadada
Prendas que el alma adora:
Siempre una voz amada
Nos dice desde el túmulo:
" ¿ Te olvidarás de mí?

¡ Oh! qué dulce es regar, prendas queridas,
Con llanto vuestras tumbas silenciosas!
Vosotras sois mitad de nuestras vidas;
¿ Cómo olvidaros, pues, prendas preciosas?

Al correr la extension que el tiempo mide,
Volviendo á ver de juventud la huella,
El alma, que en dos partes se divide,
Al sepulcro consagra la más bella.

¡ Oh tú, Dios de bondad, cuya clemencia
Nuestros padres rendidos imploraron,
Halle piedad el llanto á tu presencia,
Que por ellos sus hijos derramaron!

Si humildes en el curso de su vida
Recibieron los golpes de tu mano,
Si ella fué de sus labios bendecida,
Su esperanza y amor no sean en vano.

Al paso que tus juicios reverencio,
Mi pecho de esperanza se reviste,
Y pregunto, ¿por qué tanto silencio?
¿Nunca se animará este polvo triste?

Si estas yertas cenizas nos hablaran
¡Cuánta felicidad revelarian!
Del Eterno las glorias publicaran,
Y á la region de amor nos llamarian.

Hoy al ausente que por ellas clama
Dicen con muda voz que son dichosas,
Que más perfecto amor su seno inflama,
Y de inmortalidad ciñen las rosas.

Su espíritu inmortal ¿á dónde mora?
¿Sobre qué otra creacion feliz se encumbra?
¿Qué otra luna lo ilustra, qué otra aurora?
¿Qué nuevo sol más fúlgido lo alumbra?

¿Absorto vive en el incendio eterno
Del Sér inmenso, en éxtasis profundo,
Ya sin memoria del afecto tierno,
Que animó su existencia en este mundo?

¿El sepulcro cruel rompió los lazos
Que forman de la vida las delicias?
¿De una querida madre los abrazos?
¿De una adorada esposa las caricias?

¡Ah, no, jamas! que si la tumba helada
Cubriese lo que fué en su centro oscuro,
El alma que aquí gime aprisionada
No aspirara á vivir en lo futuro.

Unidos á tu esencia soberana,
Conservan los humanos corazones

Dulces memorias de la vida humana,
É impetran para aquí tus bendiciones.

Dáles tu gloria, olvida sus errores;
Ábreles tus entrañas de clemencia,
Y su arrepentimiento y tus favores
Restituyan en ellos la inocencia.

Fuéron séres inconstantes,
Sombras de solo un momento,
Á nosotros semejantes:
Polvo que se lleva el viento,
Sueños de la noche errantes:

Que si á los preceptos sabios
De tu ley rebeldes fuéron,
Provocando tus agravios,
Al fin á tí se rindieron,
Pidiendo perdon sus labios.

Si tú la luz determinas
Juzgar, convertida en sombra
Queda en tus manos divinas;
Y el sér que humano se nombra,
Muere, si tú lo examinas.

Ante tí, la frente oscura
Muestra la misma inocencia,
Temblorosa y mal segura;
Y vacila á tu presencia
Del cielo la inmensa altura.

Das á torrentes la vida,
Fuente de inmortalidad,
Que derrama sin medida
Su propia felicidad,
Sin dejarla reducida.

Si miras con alegría
El sol parece en el cielo:
De la eternidad sombría
Sacas siglos que en su vuelo
Son á tus ojos un dia.

Tu voz la creacion repara
Y la vuelve floreciente:
El tiempo, si quieres, pára:
¡Nunca de tí se separa
Lo pasado y lo presente?

Son tus desiguales obras
Para tu cuidado iguales,
Nada pierdes ni recobras:
Por tu misma esencia vales,
Y á todo contigo sobras.

Tú de la naturaleza
Orígen y fin tambien,
En cuya suprema alteza
Nunca acaba, nunca empieza,
Mas vive perpetuo el bien:

Pon, ¡oh Soberana Esencia!
Nuestra nada en tu balanza:
Mueva á piedad tu clemencia
El ruego, que la esperanza
Derrama aquí á tu presencia.

LOS RECUERDOS

TRADUCIDOS DE ALFONSO LAMARTINE

Siga el tiempo su carrera
Sin dejar rastro de sí,
Siempre vivirás en mí,
Sombra de mi amor postrera.

Los dias de mi edad pasada
Se acumulan á mis piés,
Como la encina que ves
De sus hojas despojada.

Agobiada está mi frente,
Mi sangre corre embargada,
Como de nieve cuajada
En el invierno la fuente.

Pero tu imágen brillante,
Que mi memoria embellece,
Nunca en mi afecto perece,
Siempre nueva y siempre amante.

Tú aliviabas mis enojos,
Y eras aquí mi consuelo,
Te fuiste, y allá en el cielo
Te encuentran hora mis ojos.

Allí te miro, adorada,
Y me acuerdo de aquella hora
En que fuiste con la aurora
Al empíreo trasladada.

Tu belleza fresca y pura
En el cielo te acompaña,
Y tus yertos ojos baña
La inmortalidad segura.

Todavía tus rizos bellos
Bajan por tu cuello hermoso,
Cuando el céfiro amoroso
Mueve sutíl tus cabellos.

Y en su sombra pasajera
Tu imágen queda velada,
Como estrella en la alborada
Entre la nube ligera.

Del sol la celeste lumbre
Nace y perece en un dia:
Pero tú en el alma mia
Luces siempre por costumbre.

Lleno de ilusion te miro
En el desierto, en el cielo :
Te retrata el arroyuelo :
El céfiro es tu suspiro.

Cuando la noche domina,
Oigo el viento murmurar,
Y me parece escuchar
En sueños tu voz divina.

Si en sus sendas inmortales
Miro absorto las estrellas,
Me parece ver en ellas
Tus miradas celestiales.

Cuando el aura mansa expira
Perfumada con las flores,

Yo percibo tus olores
En el aliento que expira.

Mi llanto tu mano enjuga,
Cuando en el templo postrado
Mi corazon lastimado
Á los pesares madruga.

Si duermo, tu sombra vela,
Cubriéndome con sus alas,
Y el camino me señalas
Por que tanto el alma anhela.

¡Oh si por dicha tu brazo
Cortase el hilo á mi vida,
Mitad del alma querida,
Despertará en tu regazo!

Como dos llamas unidas
Y dos suspiros mezclados,
Viviríamos enlazados
Con las almas y las vidas.

EL AISLAMIENTO

TRADUCCION DE ALFONSO LAMARTINE

Bajo la antigua encina, en la montaña,
Al trasponer el sol, triste me siento,
Viendo de allí perplejo y macilento
Rico el cuadro que ofrece la campaña.

Aquí, la onda risueña y presurosa
Nace sonando en la arboleda amena,
Allí, en el lago espéjase serena.
De la tarde la estrella luminosa.

Tras las selvosas cimas de aquel monte
Sus postrimeros rayos lanza el dia,
Entre nubes de plata el carro guia
La luna, dominando el horizonte.

Desde la torre gótica resuena,
Llamando á la oracion, el bronce herido :
Párase el caminante conmovido
Y de fervor y amor su pecho llena.

Ven el cuadro feliz mis ojos yertos
Sin tierna conmocion, sin dulce calma :
Aislada pasa por la tierra mi alma,
Y el sol no alumbra mis sentidos muertos.

De colina en colina vaga errante
Mi vista, vanamente indagadora :
Ve el cielo, ve los reinos de la aurora,
Y do quiera el dolor halla delante.

¿Qué me importa este valle, qué esta fuente,
Si el contento y quietud de ellos son idos?
Sin su gloria os dejó, bosques queridos,
En honda soledad mi bien ausente.

Hoy es indiferente á estos mis ojos
El círculo del sol, la noche umbría:
¿Qué importa á un infeliz un nuevo día,
Si sólo encuentra en su vivir enojos?

Si pudiera seguir con raudo vuelo
La carrera del sol por el vacío,
Nada, nada anhelara el pecho mio
De cuanto el astro alumbra en este suelo.

Mas los lindes pasando de su esfera
Al verdadero sol vieran mis ojos,
Y dejando á la tierra mis despojos,
Gozara allí la luz, que reverbera.

Allí embriagado en la perenne fuente
De claridad y amor por que suspiro,
Mirara el bien ideal que aquí no miro
Y abrazarse en la tierra no consiente.

¡Oh si pudiera en alas de la aurora,
Objeto de mi amor, contigo unirme!
¿Quién podria de tus brazos dividirme?
¿Por qué mi alma en la tierra se demora?

Llevada por el viento á otras regiones
Con envidia miré la hoja marchita.
Mis ardientes deseos ¿quién los limita
¡Llevadme en vuestras alas, aquilones!

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA DOÑA MARIA DEL ROSARIO DE LA LLAVE Y SEGURA

Sobre el fúnebre lecho en que reposas
La alma virginidad con faz serena,
Pone en tus manos cándida azucena,
Ciñe tus sienes de purpúreas rosas.

En tus mejillas púdicas y hermosas,
En tu alba frente de recato llena,
La muerte respetó, de horror ajena,
Tus virtudes modestas y preciosas.

En el postrero dia, tu forma humana
Que hora con llanto deposita el suelo,
Se vestirá de gloria soberana.

En tanto tu alma, del terreno velo
Libre y sin mancha ¡idolatrada hermana!
Al trono del Señor levanta el vuelo.

LA ENTRADA DE LA NOCHE

TRADUCCION DE LAMARTINE

Ya la muda noche llega,
Hora de tranquila calma
En que á sus solas el alma
A sus pesares se entrega.

La sombra tiende su velo,
Miéntras el lucero hermoso
De la tarde, misterioso,
Tiñe con su luz el suelo.

La antigua encina sombría
Se conmueve y estremece :
Como evocada aparece
La sombra en la tumba fria.

En esto el espacio hiende
Un rayo de luz nocturna,
Da en mi frente taciturna
Y mis afectos enciende.

Reflejo de Dios hermoso,
Rayo encantador, ¿qué quieres?
Tú que mis pupilas hieres,
Ilustra mi alma piadoso.

¿Desciendes por revelarme
Los misterios de otros mundos,
O los secretos profundos
Que plugo al cielo ocultarme?

¿Tu ignoto poder alcanza
Á dar á un triste consuelo?
¿Eres enviado del cielo
Á mantener su esperanza?

¿Consolarás al que llora
Con el porvenir oscuro?
¿Serás del siglo futuro
Principio de nueva aurora?

Contigo el seno se inflama
En ardor ya conocido:
¿Si estará contigo unido
El bello espíritu que ama?

¿Del alto cielo radiante
Bajas con la amada mia,
Aquí, en ausencia del dia,
Á consolar á su amante?

Dulce encanto de mi vida,
Léjos de un mundo profano
Deja que bese tu mano,
Que vea tu imágen querida.

Derrama en mí paz y amor,
Vivifica el pecho mio,
Viva yo con tu rocío
Como en los campos la flor.

Mas ¿qué miro? el ancho cielo
Con densa nube se cubre,
Y el dulce rayo me encubre
Y huye con él mi consuelo.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA DOÑA JUANA ARGÜELLES
DE SEGURA

En tierna juventud la flor hermosa
De candor virginal ornó su frente,
Despues su pecho conservó inocente
Blando amor y modestia ruborosa.

Esposa fiel, amante cariñosa,
Madre ejemplar, cristiana diligente,
La halló Dios con la lámpara luciente
Encendida en su mano cuidadosa.

En larga enfermedad, con prueba dura,
Y de resignacion humilde llena,
El cáliz apuró de la amargura :

Mas libre ya su espíritu de pena,
Inundada de gloria y de ventura,
Reina del cielo en la region serena.

LA INMORTALIDAD

Desfallece la llama de la vida
Cediendo por momentos. En mi seno
Brilla fugaz, cual tímida centella
Entre nieblas y sombra vaporosa;
Y la noche sulcando las esferas,
Cercada del temor y del silencio,
Se enseñorea del orbe consternado

¡Á cuántos estremece esta memoria,
Helados de pavor! Del precipicio
Retroceden temblando, y les parece
Que oyen sonar el canto de la muerte,
Los postreros suspiros de un amante,
De un caro hermano el último gemido,
Ó los fúnebres ecos y clamores
De la triste campana, cuando anuncia
Que dejó de vivir un desgraciado.

No así á mis ojos, muerte, te presentas
Armada con la espada destructora
Que aniquila mi sér, sino vertiendo
En mis heridas bálsamo precioso.
Para templar en los mortales pechos
El bárbaro dolor que los destroza
El brazo del Eterno te destina.
Libertas, no destruyes. En tu diestra
Resplandece la luz indeficiente,
Con que diriges mis errantes pasos
De la aúrea Eternidad en los caminos;

Y en ellos la Esperanza me señala
El término feliz de mi carrera.

Libértame del peso que me agobia,
Y rompe las cadenas que me enlazan
Á este cuerpo de barro. En las alturas
Deja que goce de perpetua vida,
Y de solaz, y holgura sempiterna
Y contento purísimo y perpetuo.

¿Mas qué Espíritu es éste, que me anima
Y estrechamente en mis entrañas mora,
Cuál incógnito huésped? ¿Vino acaso
De la region etérea descendido?
¿Habitaba los astros rutilantes,
Que en el silencio de la noche amiga
Me inspiran con su luz los sentimientos
De amor y de virtud? ¿Por qué bajaste,
Eterno habitador del alto empíreo,
De esa mansion de luz y de reposo,
Á esta mansion de lágrimas y duelo,
Y te encerraste dentro el cuerpo frágil,
Tomando parte en las miserias mias?
¿Qué nudos, qué resortes tan secretos,
Te unen á la materia, de tal modo,
Que por su mediacion obras, te agitas,
Te mueves, gozas, y tambien padeces?
¿Eres eterno, díme? ¿Precediste
Á la creacion del globo en que habitamos,
Y unido con los coros inmortales,
En la primera aurora de los tiempos
Cantabas al Criador sonoros himnos?
¿Ó fuiste de sus labios inspirado
En aquel mismo instante, en que se supo
Que un hombre era en la tierra concebido?
Separada algun dia de la materia
¿Á dónde vuelve el alma? ¿qué otros mundos

Á su estado futuro se preparan?
¿Gozará de otro sol, de otras esferas,
De otros rayos de luz, de nuevas áuras,
De otro principio de placer y vida,
Con que volviendo al seno de do nace
Permanezca impasible? ¿Ó bajá acaso
Al espantoso reino de la nada,
Y leve sombra huye y se disipa,
Muriendo allí sus glorias y esperanzas,
Y tambien sus recelos y temores?
¿Corre la misma suerte el varón justo,
Que con valor heróico y frente erguida
Sofocando en su pecho las pasiones,
Osó el torrente contrastar del vicio;
Y el blando y muelle, que cual vil esclavo
Cedió á su impulso, y se postró indolente
Ante las aras del nefario crímen,
Negando al cielo adoracion y culto?
¿Es la santa virtud un nombre vano?

No, que yo siento dentro el pecho mio
Renacer un valor, un noble aliento
Que por nuevos caminos me conduce,
Y á más altas empresas me levanta.
No es aquesta mi patria. Yo he nacido
Para sobrevivir á las edades,
Y vencedor del tiempo y del acaso
En la esfera reinar. ¡Ah, quién me diera
Aproximar el postrimer instante,
En que recobre el inmortal derecho,
Que del Criador me fuera concedido!

¡Oh recuerdo dichoso! tú me alientas,
Tú arrebatas mi espíritu y lo enciendes,
Tú concedes al ánimo agitado
El reposo y quietud que habia perdido
En la profunda huesa sepultado

Mezclado con el polvo y las cenizas
Mil siglos estaré, todo entregado
Al pavoroso reino de la muerte;
Y miéntras en la tierra se renuevan
Las mudanzas sin término y las ruinas,
Y nacen y prosperan las naciones,
Y mueren y terminan los imperios,
Y miéntras en carrera sosegada
Circularen los astros rutilantes,
Y el sol brillare en su remota esfera,
Yo dormiré tranquilo, sin que pueda
Abrir los ojos al dolor y al gozo.
Mas cuando suene la señal tremenda
Del postrimero dia, reanimados
Alzaránse mis huesos, y el sepulcro
Restituirá la presa que encerraba.
Unido con los coros celestiales,
La sien ceñida de laurel triunfante,
Veré á mis piés rodando las estrellas,
Y gozaré la luz inaccesible
Que en torno cubre el solio del Eterno.

A LA BUENA MEMORIA

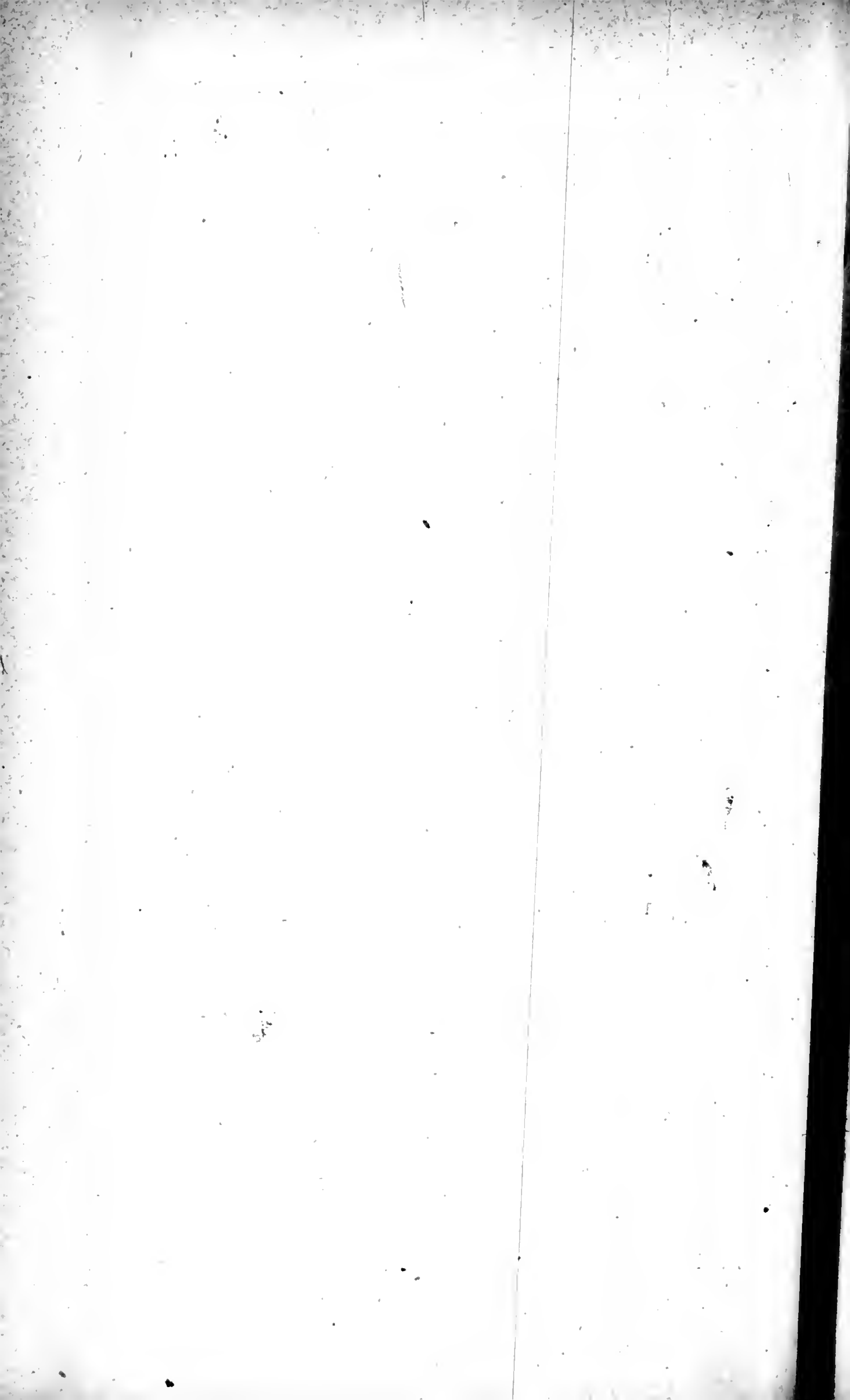
DEL SEÑOR DON JOSÉ NICOLAS DEL LLANO
CURA PÁRROCO QUE FUE DE ORIZAVA

Reposaba sobre él indeficiente
La clara llama de la Fe sagrada,
La Esperanza animaba su mirada,
Su corazon la Caridad ardiente:

Colocaba en sus hombros diligente
Á la oveja perdida y descarriada,
Y en la ara, ante la Víctima adorada,
Alcanzaba perdon al delincuente.

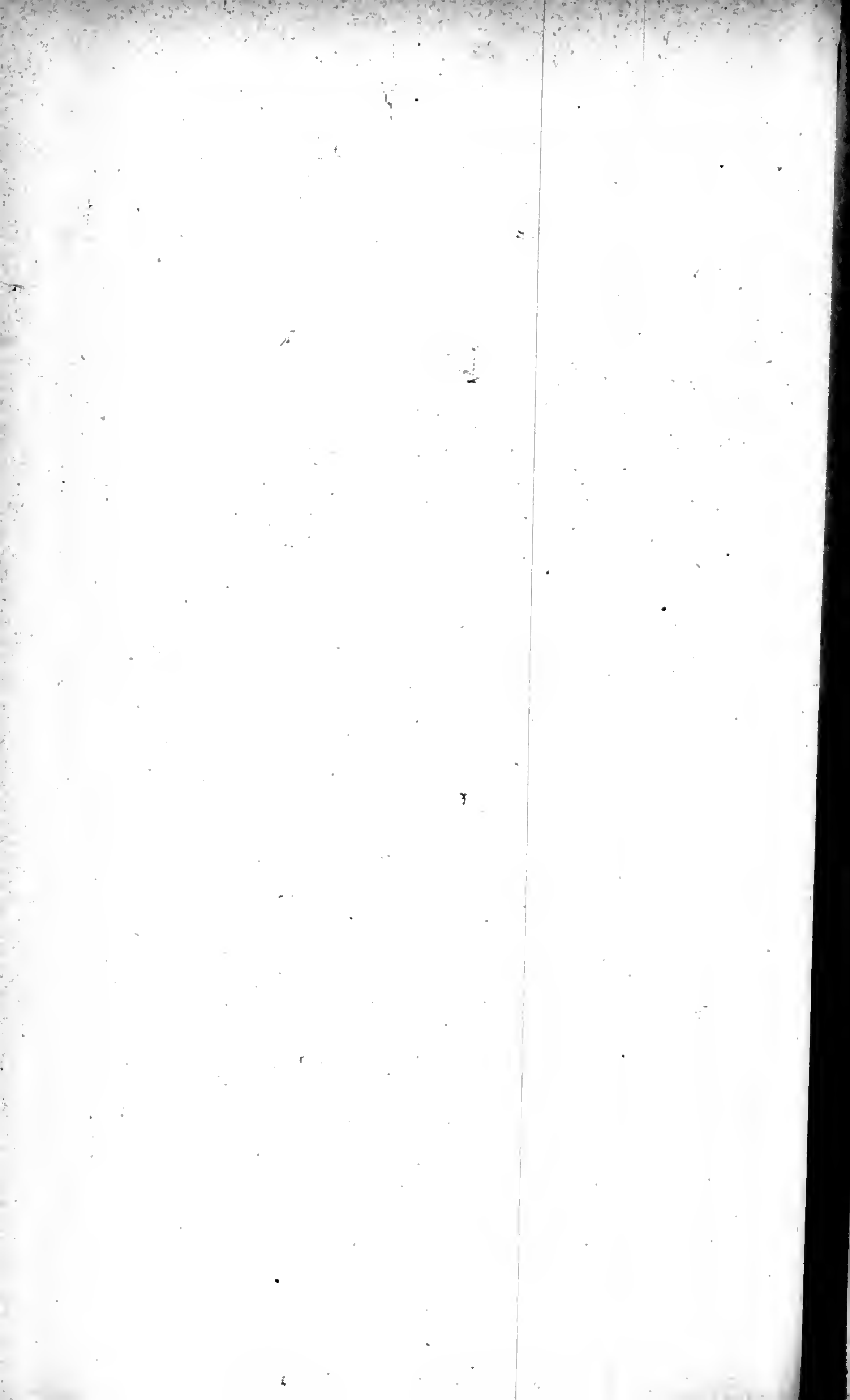
Derramaban sus labios, siempre pura,
Semilla de verdad y de doctrina,
Que fruto copiosísimo asegura:

Era para el enfermo medicina:
Para su grey, consuelo en la amargura;
Y hoy, recuerdo que al cielo la encamina.



PARTE TERCERA

POESÍAS SAGRADAS



EL ALMA Y LA RELIGION

El Alma de los cielos descendida,
Inspiracion de Dios pura y sagrada,
Yace á un cuerpo de barro encadenada,
Sujeta á las miserias de la vida.

La santa Religion, compadecida
La viene á consolar, de luz bañada,
De excelsas esperanzas animada,
Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,
Y ella la tierra tímida abandona,
En sus brazos al cielo la levanta :

Allí los himnos de la paz entona,
Premia sus triunfos, sus victorias canta,
Y de inmortal diadema la corona.

LA TEMPESTAD

Sobre el empíreo nítido y sereno
Sienta Jehovah sus tiendas : la sagrada
Turba de los espíritus alada
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa : el orbe lleno
De terror, ve la llama desatada,
Y á la voz del Eterno dilatada
Ruge la tempestad, y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,
Los montes arden, túrbanse los rios,
Muge el mar oprimido de quebranto :

Entónces levanté los ojos mios
Al cielo, y dije con temblor y llanto :
¿ Cómo te desconocen los impíos ?

JERUSALEN

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
Salmo LXXXVI, — 3.

1

Morada del poder y los honores,
Corte de Dios un dia,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestigio de mi húmilde fantasía :

¡ Qué de veces, Salen, tus sumas glorias
Á mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen !

Eres claro padron, que levantado
Puso el dedo divino,
Pará marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tu monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y tambien de su enojo y su venganza.

¡ Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales
Las pisadas del tiempo fugitivo,
Y de Dios los designios eternales !

¡Oh ! si los sacros muros visitara
Cual pobre peregrino,

En donde tú, Señor, la lumbre clara
Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas
De tu Hijo la venida,
Y verdades sublimes y secretas
Mostraron á la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
Humilde y oprimido,
De los sabios y grandes despreciado,
Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,
Abriendo con su sangre al hombre ingrato
Los supremos alcazáres del cielo.

II

Pues que una suerte contraria
En esta tierra me liga,
Encadenando enemiga
Los impulsos de mi amor:
Hágate el afecto acaso
Tocar lo que yo no veo,
Y en las alas del deseo
Alza el vuelo, corazon.

Junto á la rota muralla,
Que á Jerusalen circunda,
En la soledad profunda
El Eterno te hablará:
Allí escuchará benigno
Tus oraciones sencillas:
Prodigios y maravillas
Á tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,
Ni tampoco inconveniente :
Lo pasado y lo presente
Sabe en un punto juntar.
Paréceme que salvando
Selvas y montañas densas,
Las soledades extensas,
Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos
El monte de las Olivas,
Los estanques de aguas vivas,
El torrente de Cedron ;
Los sepulcros de los reyes,
Los escombros del santuario,
El santo monte Calvario
Y la colina de Sion.

¡ Salve ! suelo sacrosanto,
Del hombre infeliz abrigo,
De su redencion testigo,
Sagrario de santidad,
Asilo del inocente,
Del desgraciado patrono,
De revelaciones trono
Y templo de la verdad.

¡ Qué hermosas son en tus montes
Las plantas del que bendice
Á los pueblos, y predice
Al cautivo libertad !
¡ Del que anuncia á las naciones
Que ningun opreso gima,
Porque el Señor se aproxima
Y en el mundo reinará !

III

Felices los que oyeron
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
Las palabras, y vieron
Tu modesta hermosura,
Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas :
Allí de tu poder muestras hacías :
Los enfermos sanabas :
La muerte destruías :
En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños
Tu amor : al infelice tus desvelos :
Al pobre tus cariños :
Al triste tus consuelos :
Á todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
Del hombre las tinieblas y ceguera,
Y benigo curaste
De su culpa primera
La horrible llaga, inveterada y fiera :

Yaces ¡ay! enclavado
Á una cruz, sobre el Gólgota pendiente :
Del pecho lastimado
Lanzando tristemente
Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
Que sufre del agosto los rigores,
Yaces con el martirio :
Cargaste mis errores,
Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
El dolor, y de tu alma se apodera:
Ardiente sed te abrasa:
Tu aliento se acelera:
Tu corazon se funde como cera.

¡Oh pueblo descreido,
Sordo á las voces y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
Vendrá sobre tí luégo:
Tu crímen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La compasion divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos do quier.
Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados despues los recibe
En sus senos el báratro oscuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Los levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;
  Y una voz que pronuncia : *Salgamos*
Presto, presto, del sitio inseguro :
"¡ Ay del pueblo, del templo, del muro !
"¡ Ay de tí, desdichada Salen !"

El concento del harpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron :
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron tambien :
  Vanos son de la vírgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro :
"¡ Ay del pueblo, del templo, del muro !
"¡ Ay de tí, desdichada Salen !"

De furor el romano ceñido
Á tí viene frenético y ciego :
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue despues :
  Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro :
"¡ Ay del pueblo, del templo, del muro !
"¡ Ay de tí, desdichada Salen !"

Fuertes lazos te cercan de muerte;
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez :
  Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro :
"¡ Ay del pueblo, del templo, del muro !
"¡ Ay de tí, desdichada Salen !"

  Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,

El incendio voraz se derrama,
Y consume tu vana altivez:
  Toda envuelta en torrentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!,,

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al Profeta infelice sepulta,
Que el estrago anunciábate fiel.
  Y al morir, este acento repite,
Que en el éter divágase puro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!,,

V

¿Dónde están de la flébil elegía
Los tristes ecos, el amargo llanto?
¿Do están, que no acompañan la voz mia
    En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
    En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
    Pierde su precio el oro.

¿Cómo yace desierta y desolada
La que un tiempo humilló pueblos enteros?
¡La señora del mundo esclavizada
    Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, gimen dolientes,
Sus vírgenes tambien con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,
Al contemplar escenas tan extrañas
Mi voz entre sollozos enmudece,
Se rompen mis entrañas.

VI

¡Cómo yace entregada
Hoy á letal olvido
La ciudad, á quien ántes
Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
Tu popular bullicio,
Y tristeza afrentosa
Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrido,
Se cruzan por tus plazas
Tristísimos suspiros.

Cayó Salen, prorumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, tambien responden
Los montes convecinos.

No de Gion la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Hora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

En vano con su acero
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,
Cual pasa el torbellino,
Que en pos tinieblas deja,
Y truenos y granizo.

Y vino el agareno
Cual tigre enfurecido
Y te cerró en sus garras.
Con hórridos rugidos.

Tambien el idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
Á tus inermes hijos.

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara,
Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo
Templo, ni sacrificio,

Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oidos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo,
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo
Jamas te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,
No hay quien de tí se duela,
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo.

El tirano, que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algun alivio!
¡Mas ay, que nada puede
Mi canto dolorido!

VII

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creacion, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes, el mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desórden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensacion más intensa de amargura,
Ni á compasion mayor fuéron movidos.

Entónces se apagó la llama pura,
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseido de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Despues volviendo el rostro hácia el Oriente

Miéntras á Dios en mi afliccion imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo,
El nombre de Jehovah con letras de oro.

"¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
Dije con voz rendida y fervorosa
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasion las penas duras
Á que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tus dulzuras.",

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló á mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un arcángel en medio despedia
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimia

Al asentar sus plantas; y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñia.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un baston de oro precioso,

Reverente á encontrar al ángel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecia en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posicion inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El ángel, descendiendo de la altura
Con una ascua vivísima de fuego,
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luégo,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto un pié gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido;

Del poder recibido firme usando:
"Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:
"En nombre del Eterno yo lo mando.,,

Dijo, y al punto, una áura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regia,
Lleno de majestad y de grandeza.

El ángel desde lo alto dirigia
Su marcha, y le indicaba su destino
La tierra se aplanaba y abatia:

Los montes no estorbaban el camino

Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Verjeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubria,
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalen, Jerusalen, decia
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetia.

Entónces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
Á que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

VIII

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva Jehovah, que en la guerra
Los gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el dia
En que el Señor demuestra

La fuerza de su diestra,
Su gloria y su poder :
Aqueste dia anunciaron
Visiones y profetas ;
Sus palabras, completas
Hoy se llegan á ver.

UN JÓVEN.

Hoy del sepulcro helado
Libertarnos le plugo,
Y el ponderoso yugo
De la muerte quebró:
Este es el dia anunciado
Con palabras expresas,
Sus eternas promesas
Hoy el Señor cumplió.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó,
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!
Salta de gozo ¡oh tierra!
Que la muerte, la guerra
Y la opresion cesó.
Resuenen en los montes
Los himnos de alabanza:
¡Qué cierta es mi esperanza!
¡Qué fiel es el Señor!

UNA DONCELLA.

La hija de Sion querida,
Que en prision sepultada
Lloraba desolada
Sin consuelo y sin luz:

Hoy recobra gozosa
Su espléndida belleza,
Su cándida pereza,
Su primera virtud.

TODO EL PUEBLO.

Viva. viva Jehovah, que en la guerra
Los Gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

IX

¡Jerusalen ilustre! este es el dia
En que los ojos mios van á verte
Coronada de paz y de alegría,
Sin temor y sin riesgo de perderte:
Jehovah su salvacion al suelo envia,
Destrozado el imperio de la muerte;
Y trocando en placer tu llanto y penas
De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sion querida,
Do fuiste como esclava maltratada,
En mortales angustias sumergida,
Del cáliz soporífero embriagada.
Grande ha sido tu culpa y sin medida,
Y grande tu castigo, desdichada:
Mas apiadado ya tu antiguo esposo,
Hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

Oye lo que te dice el Sér Eterno
Con acento dulcísimo, inefable.—
"Si no olvida la madre al niño tierno,
Que en su seno llevó por tiempo estable,
¿Cómo te olvidaria mi amor paterno,
Ni mi afecto de esposo, inestimable?

Ofendido, calmaste mis enojos
Con el llanto perenne de tus ojos

"Sabe tú, que en mi mano dibujados
Tus muros y baluartes siempre tengo:
Ellos serán al punto reparados,
Que yo, Dios Poderoso, lo prevengo:
Yo, que vivo en los cielos estrellados;
Yo, que formé la tierra, y que contengo
En el espacio breve de mi mano
Al tempestoso y férvido oceano.

"¿Se ha encogido mi brazo por ventura
Para que yo no pueda libertarte....?
¡Levántate, Salen! y tu amargura
Olvida, pues que vengo á consolarte:
Vístete tu preciosa vestidura:
Ven á tu antiguo trono á colocarte:
No ya la esclavitud te deshonora,
Sino que eres feliz, libre y señora.

"Extiende para tí tus pabellones,
Toma sitio más ancho y dilatado,
Que ya vienen de todas las regiones
Los hijos infinitos que te he dado:
Las remotas y bárbaras naciones
Á tí se postrarán, yo lo he mandado:
Reyes serán los criados que tú elijas,
Y reinas las nodrizas de tus hijas."

Los cielos y los astros de repente
En pavesas y en humo se deshacen,
Y otro cielo, otro sol más refulgente,
Y estrellas más espléndidas renacen.
El alto empíreo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento
Do la antigua Solima fué labrada:
Tiene de oro macizo el fundamento:
Más pura es que el cristal, más acendrada:
Tres puertas manifiesta á cada viento,
Cada una por un ángel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso
Entre cantos de gozo y alegría,
Y al escuadron angélico dichoso
Unido en la ciudad desde aquel dia,
Disfruta de la paz y del reposo
Que á los suyos Jehovah benigno envia.
Allí jamas hay noche ni tristura:
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero
De do mana una fuente de agua viva,
Y un árbol prodigioso y duradero,
Que cada mes da fruta con medida.
No entra allí el orgulloso, el altanero,
El rapaz, el violento, el homicida:
El vicio corrompido y la torpeza
Nunca empañan su brillo y su pureza.

FIN DEL IMPIO

Esta hora es de tu vida la postrera:
Gritó una voz en sueños al impio:
Empapado despierta en sudor frio,
Erizada de horror la cabellera.

¡No más una hora! exclama, y la altanera
Vista humilla con ciego desvarío:
¿Cómo alzarla podrá quien con desvío
Á la virtud miró, que en lo alto impera?

Oye como del tiempo van huyendo
Las lejanas pisadas. Sordo al lloro
De la piedad, vacila y se confunde.

Tiembla, suspira....y con dolor volviendo
La memoria al placer, la vista al oro,
Toca á su fin, y en el abismo se hunde.

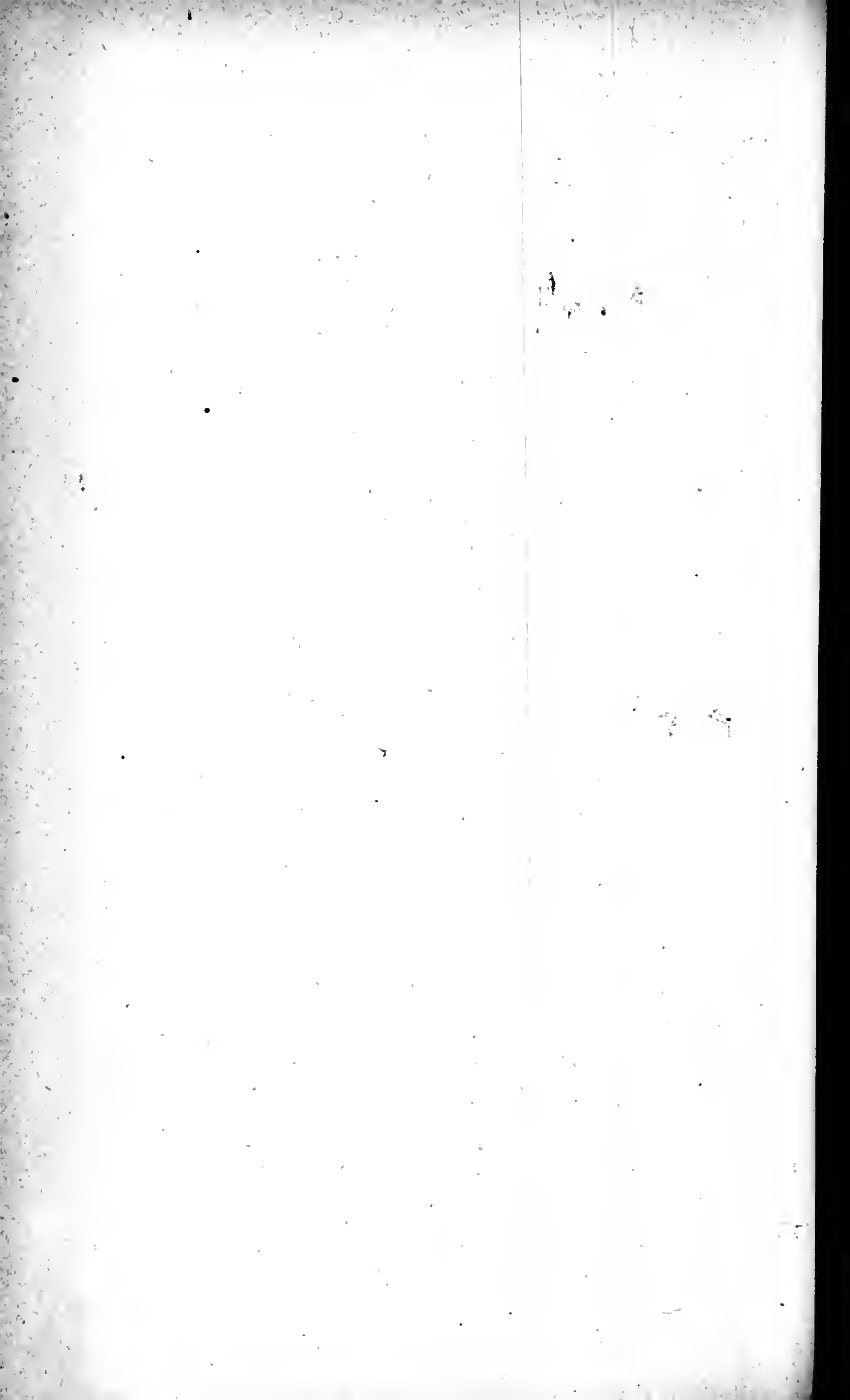
AL MISMO ASUNTO

Pasaba el pecador horas inciertas
Entre festines y lascivo canto,
Cuando mano letal rompió el encanto
Y de la tumba abrió las negras puertas.

Salieron de tropel las sombras muertas,
Que el reino habitan de dolor y llanto,
Cercáronle, y en vano con espanto
El mísero tendió sus manos yertas.

Sus acciones allí pesa severo
De Dios el juicio en su eternal balanza,
Y halla que cede la del vicio artero.

Tómale entónces la infernal venganza
En sus garras, cual buitre carnicero,
Y al abismo con él rauda se lanza.



EL CANTAR DE LOS CANTARES

ADVERTENCIA

El Cantar de los Cantares tiene por objeto, segun el comun de los intérpretes, celebrar las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. Pero así la antigua Sinagoga, como la Iglesia cristiana, han creido siempre que bajo este sentido literal se escondian sublimes misterios, y que entre el velo de la alegoría se dejaba ver la union de Dios para con su pueblo, es decir, la relacion íntima de la naturaleza divina con la humana; y no falta quien pretenda descubrir una profecía consoladora, cuyo cumplimiento está reservado al fin de los tiempos.

La sencillez de su argumento, la vehemencia de los afectos y las bellezas que lo esmaltan han hecho de él un libro clásico en punto á gusto. Es sin duda la obra más acabada que nos ha dejado la antigüedad en este género. Los hebreos le llamaron el Cantar de los Cantares, para denotar con esta duplicacion de palabras, segun la índole de su idioma, la excelencia de la composicion y el primor y tersura de su estilo.

Varias son las opiniones que hay acerca de la naturaleza de este poema. Unos creen que sea un drama seguido; otros que es un agregado de idilios, con poco ó ningun enlace entre sí. En materia tan oscura, lícito es á cada uno seguir la opinion que más le acomode. Para mí creo que es un verdadero drama, adecuado á su argumento, y muy conforme á las costumbres sencillas del pueblo judaico. La diversidad de pareceres nace tal vez del empeño que ha habido en juzgar esta linda compo-

sicion por las reglas del teatro griego, ó por las formas del teatro moderno, más complicadas todavía. Considérese bien su argumento; reflexiónese en la clase de dramas que podia producir un pueblo agrícola y pastor, y se verá que no podian ser otros más que éstos. Contento con imitar á la natureleza tal como se le ofrece, no se aparta de las escenas rústicas, pero risueñas y amables que tiene siempre delante de los ojos.

El objeto del escritor sagrado es, como se ha dicho, celebrar aquí las bodas de dos esposos: las expresiones son ardientes, los coloquios apasionados, las alabanzas encarecidas; pero el curso del poema es tranquilo y sosegado. Parece un arroyo de plácida corriente, en cuyas aguas se retratan las flores de sus orillas, los bosques que lo coronan y la bóveda del cielo; su curso no se altera ni corre por precipicio, sino que llega con serenidad á su término. Así me figuro los Cantares: son un trasunto fiel de los ánimos de ambos esposos, no turbados con los zelos, ni inficionados con pasiones bastardas.

Diversas son las divisiones que los críticos han hecho de ellos. Evasio Leone, en su version italiana los reparte en ocho cantatas: D. Tomas Josef González de Carvajal, en su traduccion española, en quince idilios: Arias Montano, en paráfrasis poética, sigue la division de la Vulgata: el Sr Bossuet, á cuya opinion se inclina Lowth, los reparte en siete secciones, correspondientes à los siete dias que destinaban los hebreos al festejo de las bodas. Esta opinion parece la más plausible, como más conforme á la naturaleza del asunto. Yo la he seguido en la presente paráfrasis, bien que los lugares de la division no coincidan exactamente con los que señala el Sr Bossuet. Los inteligentes dirán si la que ofrezco es oportuna, y si contribuye ó no á dar claridad al poema, y descubrir su contextura.

Era costumbre entre los hebreos que en los siete dias destinados á solemnizar los casamientos, acompañasen à los esposos cierto número de doncellas y de mozos sus amigos. Á esta costumbre alude la parábola de las vírgenes

discretas, y otros muchos lugares de la Escritura. Estas personas son las que componen los coros de los Cantares, tomando parte en el diálogo, y ayudando al progreso y desenvolvimiento del poema.

Para comprender bien su argumento, es necesario tener presentes las costumbres de aquellos lugares y de aquellos tiempos. No precedia al matrimonio una larga galantería, mediante la cual se hubiesen tratado los amantes con frecuencia, sino que por lo comun se celebraba el casamiento por conciertos entre los padres ó deudos, habiéndose comunicado muy poco entre sí los contrayentes. Así es que éstos se trataban los primeros dias con el cariño de esposos y con la pasion de amantes; mas no gozaban de una completa libertad ni les era dado verse á solas, sino burlando la vigilancia de aquellos que los rodeaban. En estos cortos intervalos era cuando se declaraban con más vehemencia sus afectos, siendo á menudo sorprendidos por sus amigos, quienes tomaban parte en sus conversaciones. Hé aquí lo que da materia á los Cantares, y lo que forma su argumento. Los esposos desean verse y hablarse á solas; se atisban y se acechan, ora por las rejas de un jardin, ora tras los cercados; se citan y se emplazan con frecuencia; se ven ya de mañana, ya al caer la tarde, ya de noche; se convidan mutuamente, bien para salir al campo y gozar de la primavera, bien para bajar al huerto y gustar sus frutos. La esposa, tierna y apasionada, llama unas veces á su esposo otras desfallecede amor: sueña que le pierde, dispierta sobresaltada, oyendo la voz del que ama, responde á su reclamo, y ya que es ido, refiere á sus compañeras lo que acaba de soñar: duérmese otra vez á tiempo que viene su amado, sale cuando ya éste ha desaparecido, y le busca por las calles y plazas sin poderle encontrar. Salen detras de ella sus doncellas, la hallan en la calle, y despues de preguntarle á quién busca, la acompañan en demanda de su amante. Este, siempre que la ve, se deshace en sus alabanzas, unas veces á solas, otras unido á los coros, los

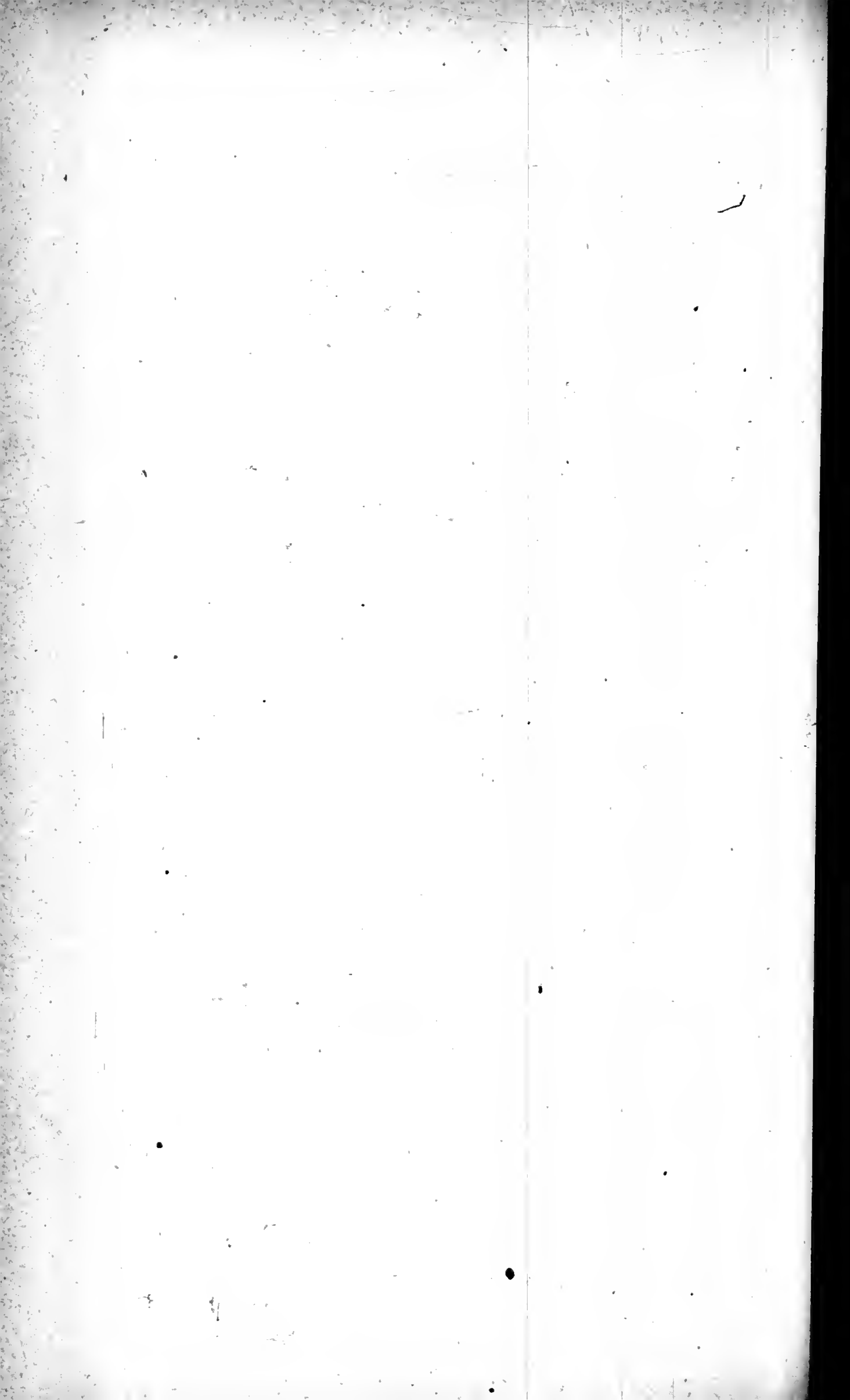
cuales bien ensalzan la belleza de la esposa, bien ponderan la bizarría del príncipe, bien describen la magnificencia de su morada. Se ven al fin en el campo, para donde se han citado tantas veces, bajo el mismo árbol á cuyo abrigo nació la esposa; ruega ésta á su amado vaya á despedirse de sus amigos, y vuelva presto para consagrarse enteramente á su amor. Aquí fenece el poema en siete partes, ó sean jornadas, correspondientes à los siete dias destinados á los regocijos nupciales. Dígase ahora si una composicion tan sencilla, fundada en las costumbres patriarcales del pueblo hebreo, debe ser juzgada por las reglas comunes de la poesía dramática.

Su estilo no puede ser más acomodado al intento: hay en él todo el fuego de una pasion santa, expresado con la riqueza y lozanía de la diccion oriental. Sus comparaciones son atrevidas y valientes, y aunque ajenas de nuestro modo de decir, no nos causan disgusto, sino que ántes bien dejan en nosotros una impresion gratísima; prueba inequívoca de su mérito eminente. La cabellera de la esposa es más bella que los vellones de las cabras que se crian en los montes de Galaad, celebrados en la Palestina por su finura y color: su boca es una cinta de grana: sus dientes son más iguales y limpios que las ovejas cuando salen apareadas del baño con sus crias mellizas: su cuello es erguido y gracioso como la torre de David: su talle semejante á la palma; sus ojos como de paloma: en fin, toda es perfecta y hermosa sin mancha ni defecto. — No es ménos notable la figura del esposo, cuya tez cándida y rubicunda, sus mejillas más frescas que las flores, y su cabello negro como las plumas de los cuervos, lo hacen notable entre los hijos de los hombres. Los lugares de la escena son tambien escogidos.

Concluirémos esta breve advertencia con aquellas sabidas y célebres palabras de Bossuet: " En este poema, dice, todo respira delicias; donde quiera se ofrecen flores y frutos, plantas bellísimas, una agradable primavera, fértiles campiñas, huertos floridos y regados; aguas, pozos

y fuentes; bálsamos naturales y artificiales; gemidos de tórtolas y arrullos de palomas; miel, leche y vino en abundancia: finalmente, en ambos esposos modestia y hermosura, ósculos castísimos, caricias y abrazos tan tiernos como honestos. Si hay algunos objetos que en otras partes causen horror, como son rocas, montes ásperos y cuevas de fieras, aquí toman un aspecto agradable, y ayudan á dar variedad á este hermoso cuadro. ”

Como, para publicar las versiones de los libros santos, sea necesaria la licencia del Ordinario, el Sr Vicario Capitular de este Arzobispado ha tenido á bien conceder la suya para la presente version, y puede verse al fin de este volúmen.



A LA SEÑORA DOÑA MARIA DE LA LUZ

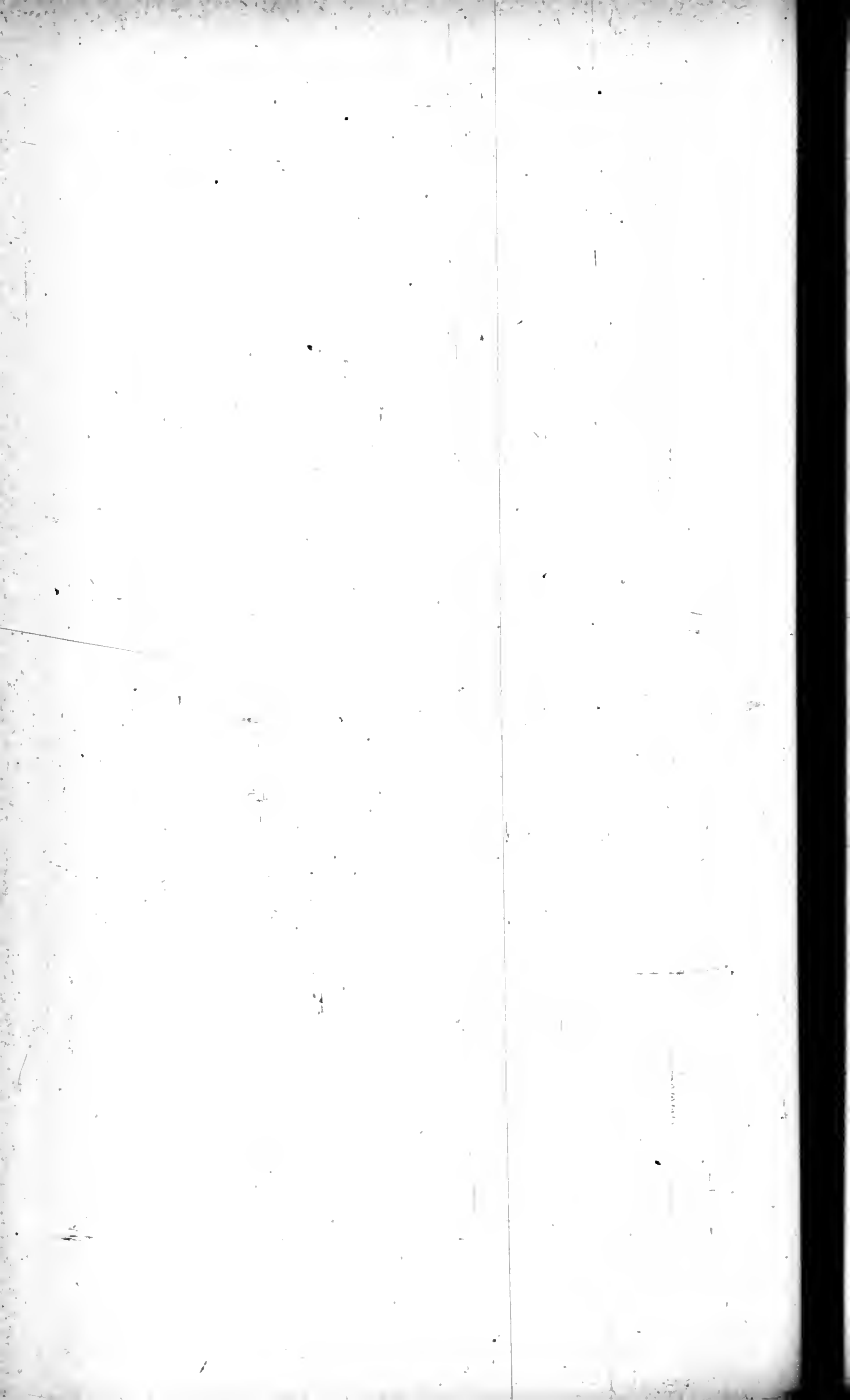
DE LA LLAVE Y SEGURA

DEDICA

ESTA VERSION DE LOS CANTARES

En testimonio de amor

SU ESPOSO JOSÉ JOAQUIN PESADO



EL CANTAR DE LOS CANTARES

DE SALOMON

I

ESPOSO, ESPOSA.

ESPOSA.

Un ósculo sagrado
Reciba de tu labio cariñoso,
¡Esposo idolatrado!
Tu pecho enamorado
Es más dulce que el vino generoso.

No en balde las doncellas
Llevadas del aroma de tu fama,
Van pisando tus huellas,
Heridas todas ellas
Del fuego celestial que las inflama.

Es tu nombre divino
Perfume derramado y oloroso,
Que llama de contino
Á un felice destino.
Al coro de las vírgenes dichoso.

El coro concertado
Á mi rey ensalzaba en el banquete,
Él me sentó á su lado,
Luégo lleno de agrado
Me llevó á lo interior de su retrete.

Aunque me veis morena,
Doncellas de Solima, soy hermosa,
Toda de beldad llena:
Mi esposo se enajena
Contemplando mi faz pura y graciosa.

Morena cual las pieles
Soy, que al alarbe sirven de cortinas:
Bella, cual los doseles,
Que en sus frescos verjeles
Tiene el rey de brocado y telas finas.

Á causa de una riña
Que mis hermanos entre sí tuvieron,
Siendo yo tierna niña,
Á guardar una viña
En medio de los campos me pusieron.

Guardé el viñedo ajeno,
Sin cuidar simplecilla, mi hermosura:
El sol me hirió de lleno,
Y el viento y el sereno
Quemaron de mi rostro la blancura.

Dime, esposo querido,
¿Do abrevas tus ganados? ¿do sesteas?
¿Con otros confundido
Vagas por el egido?
¡Haz que al punto te mire, y que me veas!

ESPOSO.

Á mis oidos vino
La seductora voz de tus amores
Y tu canto divino:
Sal, esposa, al camino,
Y sigue mis rebaños y pastores.

Y con ellos agrega
Tus ovejas y tiernos recentales,
Y á mi cabaña llega
Asentada en la vega,
Donde brotan los puros manantiales.

Lozana eres y activa,
Y como becerrilla juguetona
Eres hermosa y viva,
Los ánimos cautiva
La gracia y esbeltez de tu persona.

De blanda tortolilla
Tímida y querellosa es tu semblante.
¡ Cómo en tu cuello brilla
Preciosa gargantilla
De plata y oro y piedras relumbrante !

ESPOSA.

Recostado en su asiento
Estuvo el rey con pláticas sabrosas;
Llena yo de contento
Derramé por el viento
Mis perfumes de nardos y de rosas.

Cual racimo florido
De las viñas de Engadi es mi adorado:
Hacecito escogido
De perfume subido,
Que mantengo en mi pecho reclinado.

ESPOSO.

Cuando tu rostro asoma
¡ Cómo brilla con fúlgidos destellos !
¡ Es tu aliento un aroma !
¡ Dulces cual de paloma
Son tus ojos clarísimos y bellos !

ESPOSA

Tú si, dulce amor mio,
Que traspasas á todos en belleza
Y en apostura y brio :
De gracia y gentileza
Te dotó la feliz naturaleza.

LOS DOS

De flores es nuestro lecho
Cubierto de fresca sombra,
Sobre la pintada alfombra
Del césped de este verjel.
En él servirán de techo
Los altos cedros frondosos,
Los pinos siempre vistosos
Y los ramos de laurel.

(*Vanse.*)

II

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

Flor en el campo, lirio en las praderas,
Eres en hermosura.

ESPOSO.

Mi amada entre sus caras compañeras
Es entre espinas azucena pura.

ESPOSA.

El manzano sus ramos hojarosos
Alza en el bosque umbrío:
Así entre los mancebos más hermosos
Descuella y sube el adorado mio.

¡Quién sus frutos dulcísimos gustara
Y á su sombra durmiera!

¡ Con qué gozo al descanso me entregara
¡ Con qué placer sus dones admitiera!

¡ Quién me diera pasar de estos jardines,
Y bosques y praderas,
Al salon do celebra sus festines
Filiada por amor en sus banderas!

Confortadme con aguas olorosas
Y frutos escogidos,
Que abrasada de llamas amorosas
Desfallecén del todo mis sentidos.

Acude á socorrer tu esposa amada,
Esposo, con presteza,
Á tu derecha mano esté apoyada
Y sostén con la izquierda mi cabeza.
(Cae desvanecida.)

ESPOSO.
(Canta á lo léjos.)

Vosotras, que en las llanuras,
En los bosques y praderas
Seguis la caza ligeras,
Hijas de Jerusalen:
No interrumpais las dulzuras
Con que nos brinda el reposo,
Hora que en sueño amoroso
Yace mi adorado bien.
(Retírase.)

ESPOSA.
(Despues de un intervalo.)

La voz de mi amado
En sueños oí....
Por montes y oteros
Miradle venir,
Cual corzo ligero
Saltando gentil.

Ya llega y se pára
Detras del jardin :
Ventanas y rejas
Atisba de allí :
Silencio, que canta....
Doncellas, oid....

ESPOSO.
(Detras del jardin.)

Levántate y goza
Del tiempo feliz :
Partamos al campo,
Que es dulce partir :
¡Hermosa paloma!
Esposa gentil!

Horrores de invierno
Fugaces huid,
Oscuros nublados
Del campo partid,
Que quiere á la vega
Mi esposa salir.

La higuera sus frutos
Arroja de sí,
Las viñas se adornan
Con rubio carmin,
Sus dones preciosos
Ofrecen á tí.

Hermosa paloma,
Gala del pensil,
Que del hueco muro
Do vaste á encubrir,
Tus arrullos blandos
Dejas percibir :

Tu rostro amoroso
No ocultes de mí :
Permite que escuche
Tu dulce gemir :
¡Véante mis ojos,
Esposa gentil!

Vosotros, amigos,
Que al campo venís,
Cazad las raposas
Que talan la vid,
Y goce sus frutos
Mi esposa gentil.

ESPOSA.

Yo soy de mi amado,
Mi amado de mí;
Oculto entre flores
Le miré dormir,
Á par del ganado
Que lleva tras sí.

El sol refulgente
Bajó del zenit,
Las sombras del monte
Ya llegan aquí,
Respiran las auras
Con soplo sutil.

Los ciervos ligeros
Que en Béter yo ví
Por tajos y peñas
Veloces huir,
No igualan tu gala,
Esposo gentil.

(*Vase el esposo.*)

ESPOSA.

(*Hablando con el coro de doncellas.*)

De aqueste breve rato en que dormia,
Referiré á mis caras compañeras
El sueño que ocupó mi fantasía.

Llena de mil memorias lisonjeras,
Parecia que en mi estancia yo pasaba
Las horas de la noche placenteras:

Cuando me figuré que dispertaba,
Y que en el mismo punto, de mi lecho
Mi esposo de repente me faltaba.

En amorosas lágrimas deshecho
Late mi corazon, clamando en vano
Al que mantengo en lo íntimo del pecho.

Al sosiego y reposo doy de mano,
Y por calles y plazas, mi querido
Salgo buscando con ardor insano.

En vano fué mi anhelo y mi gemido,
Que mientras más la sigo, más se aleja
La dulce sombra de mi bien perdido.

Manifestando voy mi ardiente queja
Con suspiros y lágrimas copiosas,
Agitada del ansia que me aqueja.

Al escuchar mis voces dolorosas,
Las patrullas que rondan en las puertas
Salieron á encontrarme presurosas.

"Vosotras que contino estais dispiertas,
Díjeles ¿encontrásteis á mi amado?
Dadme si sabeis de él noticias ciertas."

Apénas de allí me hube separado,
Cuando hallo al que buscaba el alma mia,
Al que tanto mis ojos han llorado.

Colgada de su cuello le decia :
"No te dejaré más desde este instante :
A tu lado estaré de noche y dia :

" A tu lado estaré firme y constante :
A mi casa vendrás, y siempre unidos
Yo tu amada seré, serás mi amante.... "

ESPOSO.
(La interrumpe cantando.)

Vosotras, que en las llanuras,
En los montes y praderas
Seguis la caza ligeras,
Hijas de Jerusalen :
No interrumpais las dulzuras
Con que nos brinda el reposo,
Hora que en sueño amoroso
Yace mi adorado bien.
(Vanse.)

III

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE MANCEBOS.

CORO DE MANCEBOS.
Voz primera.

¿Quién es aquella hermosa
Que del desierto viene,
Como nube cargada
De inciensos y pebetes?
¿Quién es la que camina
Tan galana y alegre,

Semejante á la palma,
Que en el aire se mueve?

Voz segunda.

Mirad el rico lecho,
Que el esposo previene
Á su querida esposa
En su regio retrete:
Sesenta caballeros
Resueltos y valientes,
De los más esforzados
Que en su palacio tiene,
Todos de acero armados,
Cual diestros combatientes,
Con la espada á la cinta
Le hacen la guardia siempre,
Disipando temores
Nocturnos, que la ofenden.

Voz tercera.

El lecho está formado
De cedros y cipreses,
Con pilares de plata
Nielados y esplendentes,
Y de oro acrisolado
Basas y capiteles:
El pabellon de Tiro
En torno resplandece,
Y el techo y los costados
Majestad defiende.
Brocados exquisitos
Por dentro lo guarnecen,
Y telas delicadas,
Que de oro y sirgo tejen
Las vírgenes hermosas,
Con quienes noblemente
Solima celebrada
Se ufana y envanece.

Todo el coro.

Doncellas de Solima,
Dejad vuestros retretes,
Y en ordenados coros
Hoy recibid alegres
Al príncipe, que en triunfo
Á su palacio viene.
Una corona de oro
Le ciñe entrambas sienes,
Corona que su madre
Amante le previene,
Y con ella en sus bodas
Lo ensalza y enaltece.

ESPOSO.

¡Qué hermosa eres en todo, amiga mia!
¡Qué graciosa en tu talle y apostura!
¡Qué vivos, qué brillantes
Tus ojos rutilantes!

Entre el velo sutil que de tu frente
Se desprende, cubriendo tu semblante,
Lanzan tus luces bellas
De amor claras centellas.

No es tan blando el profundo vellocino
De los rebaños del Galad selvoso,
Cual lo es sobremanera
Tu luenga cabellera.

Salen del lavadero las ovejas
Blancas como la leche, acompañadas
Por floridos oteros
De mellizos corderos:

Y al albor de sus cándidos vellones
Adornados con bella simetría,
Sobrepuja en blancura
Tu limpia dentadura.

Si hablas, tu dulce y amoroso acento
Suspende el alma, y roba los sentidos :
Tu boca soberana
Es cual cinta de grana.

Como la flor vistosa del granado
Se muestra y luce entre las ramas verdes,
Así entre el velo brilla
Tu rosada mejilla.

Se alza la torre de David, ornada
Con escudos y arneses de valientes,
Y más enhiesto y bello
Se levanta tu cuello.

Son tus pechos turgentes y elevados
Cual corcillos lozanos y mellizos,
Que en praderas amenas
Pacen entre azucenas.

Luégo que el sol mitigue sus ardores
Y se extienda la sombra, iré á buscarte
Por ese valle extenso
Al Monte del Incienso.

Toda tú eres hermosa, prenda mia :
Hermosa por extremo y agraciada ;
Bella como la luna,
Pero sin mancha alguna.

Del Líbano desciende, amada esposa ;
Desciende á mi morada, donde quiero
Ceñir con la diadema
Esa frente suprema.

De la cima de Amana y de las cumbres
Del Sanír y del Hérmon elevado,

Do tienen escondidas
Las fieras sus guaridas :

Contemplarás las vegas espaciosas,
Los montes y los valles dilatados:
Las regiones completas
Á tu imperio sujetas.

Mi corazon heriste, y lo enlazaste
Como con una red, esposa mia,
Con sólo una mirada,
Y una sola lazada.

Qué dulce, qué agradable es tu cariño !
¡ Más dulce que los vinos generosos!
Olores escogidos
Exhalan tus vestidos.

En tus labios se oculta miel sabrosa,
Y perfumada leche grata y buena :
Aromas donde quiera
Derramas placentera.

Eres jardin cerrado y florecido,
Eres fuente sellada, clara y pura,
Y de candores llena
Eres blanca azucena.

Eres como mi huerto donde crecen
El cipres gigantesco y el granado,
Y ofrece por tributos
El manzano sus frutos.

Do brinda el azafran, el cinamomo,
Y el nardo, y otras plantas del Oriente,
Y árboles infinitos
Aromas exquisitos,

ESPOSA.

Fontana deliciosa,
Que riegas los jardines :
Arroyo que del Líbano desciendes,
Y por la vega hermosa,
Orlado de jazmines
Sonando pasas y tu curso extiendes :
Sombra que el sol defiendes,
Viento, que entre las flores
Soplas del medio dia :
Aura del norte fria,
Que en torno vuelas derramando olores;
Doblad vuestra hermosura,
Que ya vino mi gloria y mi ventura.

Venga mi esposo amado
Y llegue al huerto ameno
Á gozar de sus frutos escogidos :
El suelo entapizado,
El ambiente sereno,
Las ramas y los árboles floridos
Deleiten sus sentidos.

ESPOSO.

Ya me tienes presente,
Hermana, esposa mia,
Goce la vista mia
De tu vista amorosa y refulgente,
Y entre castas delicias
Merezca tus purísimas caricias.

Amados compañeros,
Gozad los tiernos frutos
Que en este huerto preparó mi esposa :
Estos son los primeros
Dulcísimos tributos,
Que ya del año la estacion hermosa

Nos ofrece abundosa.
Venid enhorabuena,
Comed, amigos caros,
Bebed hasta saciaros:
De miel y leche se nos muestra llena
La mesa, y á porfia
Nos brinda mirra, vino y ambrosía.

IV

ESPOSA, CORO DE DONCELLAS

ESPOSA.

Lo que ántes la fantasía
Con vanas sombras pintó,
La suerte lo realizó
Ya para desgracia mia.

En mi lecho descansaba
Toda embargada del sueño,
Cuando pensando en mi dueño
Sólo el corazon velaba.

Entónces á mis oidos
Su mágica voz llegó,
Y al corazon penetró
Robándome los sentidos.

"Vengo á darte la alborada,
Dijo, transido de frio,
Y de abundante rocio
Con la cabeza empapada.

"Abreme, paloma mia,
Más acendrada que el oro,
Hermana, amiga que adoro,
Abre, que ya viene el dia."

Díjele, si no ha un instante
Que me desnudé el vestido,
¿Cómo pretendes, querido,
Que del lecho me levante!

Cuando me entré á reposar.
Sabes que mis piés lavé:
¿Cómo quieres hora que
Salga y los vuelva á ensuciar?

Sueño en tanto; mas dispierta
Oigo que mi dulce amigo
Llega la mano al postigo,
Y pretende abrir la puerta.

Al ruido que causó
Sentí impresiones extrañas,
Se movieron mis entrañas,
Y el corazon palpitó.

Salto del lecho ligera,
Cíñome la vestidura,
Esencias y mirra pura
Voy vertiendo en mi carrera.

Alzo la aldaba á la puerta
Para que pase mi amado,
Mas ¡ay! habíase alejado
Y ya la encontré desierta.

En dura pena batallo,
Paréceme oir su voz,
Sigo sus pasos veloz,
Y en ninguna parte le hallo.

Llámole, no me responde
En vano busco á quien amo:

Silencioso á mi reclamo,
No sé en que parte se esconde.

Encontré con los soldados
Que rondan calles y muros.
Y sordos á mis conjuros
Me atropellaron osados.

Mi velo me arrebataron
Llenándome de denuestos,
Y al retirarse á sus puestos
Me hirieron y lastimaron:

Hijas de Jerusalen,
De pesares desfallezco:
Si compasion os merezco
Id á anunciarlo á mi bien.

CORO DE DONCELLAS.

¿Qué tienes, esposa,
Divina y hermosa,
Que llenas los vientos
De tiernos acentos,
Desalada y tímida
Buscando tu bien?

¿Qué hay en ese esposo
Galan y dichoso,
Que tanto le quieres,
Y así lo prefieres,
¿Por qué tan solícita
Preguntas por él?

ESPOSA.

¿Sabeis quién es mi amado?
Es blanco, rubicundo, y escogido
Entre la juventud del pueblo amado.
Su mitra de oro deja desprendido

Cual renuevos de palma su cabello,
Que baja en crespas ondas por el cuello.

Su luenga cabellera.
(Cual plumaje de cuervo), negra, oscura,
Hace sombra á su cara placentera.
La tímida paloma en la espesura,
Cabe las muchas aguas trasparentes,
Envidiara sus ojos refulgentes.

Son sus frescas mejillas
Un vistoso jardin de lindas flores,
Plantado de un arroyo á las orillas
Por la mano de diestros labradores;
Y nacen de sus labios encendidos
Olores que enajenan los sentidos,

Ornan sus lindas manos
Anillos de esmeraldas; y distintos
Su peto y cinturon lleva adornados
Uno con perlas y otro con jacintos :
Calzada lleva por mayor decoro
Su planta de marfil sandalia de oro.

Su aspecto majestoso
Es cual cedro bellísimo y subido
Que descuella en el Líbano espacioso :
Es su acento dulcísimo al oido :
Tal es el caro amante á quien yo quiero,
Tal es el dulce esposo por quien muero.

CORO DE DONCELLAS.

Dí ¿por qué rumbo
Partió tu amado?
De tí alejado
¿Dónde se fué?

Contigo irémos,
¡Oh linda esposa!
Sin par hermosa,
Bella mujer.

V

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE MANCEBOS, CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA

¡Ay! venga mi amado
Al plantel ameno,
De frutales lleno,
De fuentes regado.

¡Hermosos jardines
De tempranas flores,
Do esparcen olores
Rosas y jazmines!

Yo soy de mi amado,
Mi amado de mí:
Oculto le ví
Detras del cercado.

Eran azucenas
De su frente adorno,
Soplaban en torno
Las áuras serenas.

ESPOSO.

¿Qué dices, esposa,
Más linda, más bella,
Que fúlgida estrella
Que pintada rosa?

La excelsa Solima,
Ciudad consagrada,
No es tan celebrada,
Ni de tanta estima,

Como tú, que luces
Cual signo celeste :
El cielo te preste
Sus eternas luces.

CORO DE MANCEBOS.

Escuadron compuesto
De bravos guerreros,
Armado de aceros
Y en batalla puesto,

No causa arrogante
Tan terrible efecto,
Como el noble aspecto
De la esposa amante.

ESPOSO.

Aparta esos ojos
Que roban los mios :
Mis fuerzas y brios
Fuéron tus despojos.

CORO DE MANCEBOS.

Los vellones blondos,
Que muestran las cabras
De Galad, entre abras
Y montes redondos,

Nunca son tan bellos,
Nunca tan vistosos,
Como tus hermosos
Y luengos cabellos.

CORO DE DONCELLAS.

De blancas ovejas
Cándido rebaño,
Saliendo del baño
Limpias y parejas.

Se extienden, pastando
Campos no marchitos,
Y sus corderitos
Las siguen balando.

Su lana luciente
No llega en blancura
Á tu dentadura
Limpia y refulgente.

ESPOSO.

De gasas velada
Cual lucero brillas,
Lucen tus mejillas
Como una granada.

CORO DE MANCEBOS.

Hay en el jardin
Princesas sesenta,
Señoras ochenta,
Doncellas sin fin....

ESPOSO.

Y entre todas, una
Que mi esposa llamo,
La que adoro y amo
Cual otra ninguna.

Doncella escogida,
Vírgen singular,
Te tengo de amar
Por toda la vida.

CORO DE DONCELLAS.

De tu madre fuiste
Cariñoso empleo:
Reina del deseo
Qué no mereciste?

CORO DE MANCEBOS.

En amor inflamas
Con tus luces bellas
Reinas y doncellas,
Princesas y damas.

Luégo que te vieron
Feliz te llamaron,
Reina te aclamaron,
Parias te rindieron.

CORO DE DONCELLAS.

¡Cielos! ¿quién es esta
Niña soberana?
Corazones gana
Con risa modesta.

Como luna bella,
Clara como aurora,
Como sol que dora
Los cielos, es ella.

CORO DE MANCEBOS.

Y tambien terrible
Cual falange fuerte,
Que la misma muerte
Desprecia invencible.

ESPOSO.

Descendí á mi huerto
De verdes nogales,

Por ver los frutales
Bajo el cielo abierto;

Y ver si brindaba
La vid sus tributos,
Si sus rojos frutos
Los granados daban;

Y entónces te ví,
Te seguí abrasado,
Absorto, agitado,
Y fuera de mí;

No de otra manera
Que en veloce carro
Vencedor bizarro
Vuela en la carrera.

TODOS.

Vuelve, vuelve, princesa escogida,
Á los brazos del rey que te adora,
Y concede á nosotros, señora,
Admirar tu virtud y beldad.
Esto piden con voto ferviente,
Al compas de instrumentos sonoros,
Entre acento de aplauso, los coros;
Esto el pueblo feliz de Judá.

VI

ESPOSO, ESPOSA

ESPOSO.

¡Con qué elegancia caminas,
Oh princesa! Tu calzado

Por mano diestra formado
¡Qué bien tu planta ciñó!
  Al mirar con ojo absorto
De tu breve pié las huellas,
Siento en mi pecho con ellas
Los progresos del amor.

Anillo bien trabajado
Tu esbelta cintura enlaza,
Torneado como taza
Que encierra grato licor.
  Orígen de alta progénie
Tu seno casto y rotundo
Será, cual trigo fecundo,
Como azucena en candor.

Tus pechos, cual cervatillos,
Abultan tu seno bello,
Y se levanta tu cuello
Como torre de marfil.
  El Líbano, si se mira
Frente á Damasco, no iguala
En su simétrica gala
Tu bien formada nariz.

Brillan tus ojos divinos
Como estanques trasparentes,
Frecuentados de las gentes
Á las puertas de Hesebon;
  Y tu cabeza adornada
Ya con el purpúreo velo,
Es bella como el Carmelo,
Que al cielo su frente alzó

Con tu gracia y donosura,
Princesa, robas el alma:
Airoso como la palma,
Mueves el talle gentil,

Son tus pechos, cual racimos
Que de ella penden airosos,
Y tus cabellos hermosos
Flotan al aire sutil.

Gozaré de amor los frutos
En tu seno reclinado;
Es tu amor más estimado
Que el racimo de la vid.
Viertes néctar de tu boca,
Tu rostro el carmin inflama,
Y tu garganta derrama
Olores de mil en mil.

ESPOSA.

Tiempo es, querido esposo, que partamos
Á do nos brinda amor bienes supremos:
Nuevo amante y amada allí serémos:
Pues aplacen los campos á do vamos,
Los campos habitemos.

Saliendo á la campaña con la aurora
Mirarémos las viñas florecientes,
Los granados vistosos y esplendentes,
La turba de los pájaros canora,
Y las risueñas fuentes.

Las mandrágoras llenan de fragancia
Los floridos verjeles que visitas,
Brotan los campos plantas infinitas,
Y los árboles dan con abundancia
Sus frutas exquisitas.

Nuevas y añejas frutas he guardado
Para darlas á tí, dulce bien mio:
Á solas quiero hablarte; el bosque umbrío
Mi confidente ha sido, y mi cuidado
Á su silencio fio.

VII

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE DONCELLAS

ESPOSA

¡Quién me diera, hermano mio,
Que fueras un niño tierno,
Á quien su madre amamanta
Y le mantiene en su seno!

Para tomarte en mis brazos,
Para llenarte de besos,
Sin que los ojos curiosos
Se lastimaran de verlo.

Al encontrarte en la calle
Te recostara en mi pecho,
Sin temer los desacatos
Del labio del vulgo necio.

¡Con qué gusto te llevara
Allá á mi pajizo techo,
En donde mora mi madre
Y donde viven mis deudos

Allí entre castas delicias
Pasara contigo el tiempo,
Y tus recientes amores
Fueran mi dulce embeleso.

Á tu voluntad rendida
Servirte fuera mi empleo:
De un corazon que avasallas
Fueras soberano dueño.

Proporcionara á tus gustos
Mil inocentes recreos,
Sirviéndote por mi mano
Licores y vino nuevo.

Vino que de mis granados
Hice el otoño postrero,
Misturado con aromas
Y con esencias compuesto.

Mas ¡ ay ! en vano imagino
Que le miro y que le tengo :
En el vago laberinto
De mis ficciones me pierdo.

¡Qué mal del objeto que amo
La dura ausencia tolero!
¡Qué lentas corren las horas!
¡Qué de zozobras padezco!

Vuelve otra vez á mis brazos ;
Compadécete á lo ménos :
Atiende que soy tu esposa
Y como amante te ruego.

Sobre tu diestra apoyada
Permíteme estar al ménos,
Y con tu izquierda soporta
Mi frente, que desfallezco.

(*Cae desvanecida en brazos del esposo.*)

ESPOSO.

¡Oh de Solima,
Vírgenes bellas,
Tiernas doncellas
Que andais aquí :

No con murmullo
Turbeis el sueño,
Miéntras mi dueño
Quiera dormir.

CORO DE DONCELLAS.

Voz primera.

¿Quién es aquella
Que aromas vierte,
Y del remoto
Desierto viene?

Voz segunda.

Llena de gozo
De amores muere,
Y entre delicias
Ya desfallece.

Todo el coro.

La frente inclina
Lánguidamente
Sobre su amado
Que la sostiene.

(*Vase el coro.*)

ESPOSO.

(*Á la esposa que vuelve en sí.*)

Debajo de este manzano,
Á cuya sombra descansas,
Naciste tú, hermana mia.
Tan hermosa como el alba.

Desde entónces á mis ojos
Fuiste la prenda más cara.
Pues que creciste en virtudes,
Y en hermosura y en gala.

Ponme á tu pecho por sello
Y á tu derecha por marca,
Mira que amor es potente
Más que la muerte inhumana.

Implacables son los celos
Cual del abismo las llamas,
Lámparas inextinguibles,
Que cuanto tocan abrasan.

Las corrientes de los rios,
Del mar las profundas aguas,
Jamas el amor destruyen,
Ni sus ardores apagan.

Si el hombre da en recompensa
De la prenda que más ama
Sus más preciados tesoros,
Lo reputará por nada.

ESPOSA.

Ya que en tí, querido esposo,
Hallo mi dicha colmada,
Permíteme te suplique
Mires por mi tierna hermana.

Ella es niña todavía,
Y sus formas delicadas
Apénas se desenvuelven
En su hermosura y sus gracias;

Y su virtud es tan firme
Como un palacio de plata,
Cuyas puertas son de cedro
Y defienden las entradas.

ESPOSO.

Si es mi pecho firme escudo,
Y mis brazos son muralla

Con que á tí, querida esposa,
Te preservo de asechanzas;

Yo tambien seré defensa
Y refugio de tu hermana,
Pues me place ver cumplida
La felicidad de entrambas.

Tengo cerca de Solima
Una viña bien lograda,
La que diestros viñadores
Constantes cuidan y labran.

Por premio de sus servicios
Se las entregué arrendada,
Y cada uno por sus frutos
Me da mil siclos de plata.

Aunque yo conservo de ella
La propiedad que gozaba,
Te concedo sus productos:
En ella dispon y manda.

ESPOSA.

Tú me colmas de finezas,
Adorado esposo; basta:
Los amigos que vinieron
Contigo, inquietos te aguardan.

Vete breve, amado mio;
Vete breve, y los alcanza,
Cual corcillo que atraviesa
Por la florida montaña.

Vete, y á mis brazos vuelve
Despues, tranquilo y en calma;
Vuelve á inundar de delicias
Al pecho que te idolatra.

JESUS

CON LA CRUZ A CUESTAS

El Hijo del Inmenso, el Infinito,
Sale ya, de su Padre abandonado,
Hácia el Calvario, con la cruz cargado,
Gimiendo bajo el peso del delito.

Desde la eternidad estaba escrito :
Muera el justo, libértese el culpado ;
Sea inocente Jesus sacrificado,
Y alcance redencion Adan proscrito.

¿Qué te espera, Señor, sobre esa altura?
Los clavos y la muerte tormentosa,
La bebida de hiel y de amargura :

De tu Madre la vista lastimosa :
La ingratitud del hombre. — ¿Y aún procura
Llegar allí tu planta presurosa?

EN LA MUERTE

DEL REDENTOR

(IMITACION DE ONOFRE MANZONI)

Cuando Jesus en su última agonía
Conmovió de la tierra el fundamento,
De su ignorada tumba soñoliento
Entre sombras y horror Adan salia :

Alzado en pié, los ojos revolvia
Lleno de admiracion y sin aliento,
Preguntando ¿quién era el que sangriento
Del árbol de la cruz así pendia?

Cuando lo supo, su cabello cano
Arranca, y llanto de amargura vierte ;
Ultraja el rostro con su yerta mano :

Á su mujer clamando se convierte
Con voz que el monte ensordeció y el llano
¡Yo por tí he dado á mi Señor la muerte!

A LA SANTA CRUZ

Salve, sagrada Cruz, firme confianza
Del que vive expatriado en este suelo :
De mi llagado corazon consuelo :
Dulce objeto de amor, dulce esperanza :

Tú me guardas de la ira y la venganza
Del Señor, que fulmina desde el cielo ;
Y apareciendo en el etéreo velo
Eres seña de paz y de bonanza.

¡Ah! ¡ cuál fuera sin tí la suerte mia!
Lanzado á las tinieblas exteriores,
Nunca gozara de la gloria un dia.

Oprimido de culpas y de errores
Alcánzame piedad, y en mi agonía
Cúbreme con tus brazos protectores.

AL MISMO ASUNTO

Misterio de la Cruz incomprensible :
Desprecio del gentil vano, orgulloso :
Escándalo al judío presuntoso ;
Y del cristiano fiel signo visible :

Del que mora en la luz inaccessible
Hombre Dios, suplicio doloroso :
El serafin te adora silencioso :
Tiembla de tí Satan aborrecible.

Tú descubres verdades peregrinas
Al que humilde de tí vive abrazado
Y al empíreo segura lo encaminas.

Confie en sus victorias denodado
El guerrero, y el sabio en sus doctrinas :
Nosotros, en Jesus crucificado.

DIOS

AL SR D. JOSE MARIA TORNEL

(Traduccion de Lamartine)

Dejando en este suelo la morada
De los torpes sentidos,
Y el peso de cadenas y dolores,
El alma sublimada
Vaga por otros mundos escogidos.
Llenos de inteligencias superiores:
Mirando con desden el bajo mundo,
Sin que la ciña término prescrito,
Vuela con libertad á lo infinito:
Por el éter profundo.

Mi pensamiento atónito se embebe
Cual gota en el océano cristalino:
Audaz entónces á marcar se atreve
Al tiempo su camino.
Con excelso destino
La extension atraviesa del espacio:
Llega á la inmensidad, pasa animoso
El abismo insondable y tenebroso,
Y abarcando en un punto la existencia,
Goza de Dios la inconcebible esencia.
Pero luégo en mis labios desfallece

La palabra, si aspiro
Á expresar lo que miro.

Mi lengua se entorpece
Prorumpiendo en sonidos, que en el viento
Pintan el pensamiento.

Un idioma fué al hombre concedido,
Que vuela y se difunde,
Y muere con la edad ó se confunde,
Á sus necesidades reducido.
Otro hay sublime, universal, extenso,
Lenguaje de la ciencia,
Privativo de toda inteligéncia.
No es un sonido muerto, que circula
Y lángido modula :
Sino palabra viva y abrasada
Que suena al corazon, y con la mente
Habla, razona, y la verdad traslada.
Por medio de suspiros y de ardores
Mueve, ilumina, y respirando fuego
Prorumpe en dulce ruego,
Que conocen los tiernos amadores.

Ya no es en vano el tímido suspiro
Con que mi pecho sus deseos exhala :
El entusiasmo santo me señala
La celeste region á donde aspiro.
Su antorcha alumbra y guia
Mi planta incierta en el caos profundo,
Y en la region vacia
Mejor que la razon me explica el mundo :
¡ Ven, pues ! y con vuelo arrebatado
En sus alas de fuego y lumbre viva
Dejemos olvidado
Este globo, en tinieblas sepultado;
Y salvando los tiempos y el espacio
Frente de la verdad clara y activa,
Toquemos allá arriba
El órden eternal con más despacio.

Ese astro universal, que no declina,
Sin noche y sin aurora,
Es Dios, á quien adora
Naturaleza toda y se le inclina.
En sí contiene el tiempo presuroso :
Muda la inmensidad y la limita :
En el espacio tiene su morada :
Es á sus ojos nada
La serie de los siglos infinita.
El produce la luz de una mirada :
Él mundo es su retrato portentoso :
Todo á su sombra próspero subsiste :
De su seno dimana cuanto existe,
Como blanca corriente
Que en él tiene su orígen y su fuente.

Sus prodigios sin término nos dicen
Al nacer que sus manos las producen :
Respira, y sus hechuras le bendicen :
Quiere, y sus obras por do quier relucen :
Su sér es producir : consigo sólo,
Del uno al otro polo,
Á todo presta vida y movimiento :
Él es la inteligencia que mensura
La durcaion de todo á su talento ;
Pero su voluntad fuerte, ordenada,
Envuelve en sí equidad, sabiduría,
Á todo lo posible acomodada,
De tal modo templada
Que de la nada al sér sus pasos guia.
Inteligencia, amor, vida, hermosura,
Juventud y placeres,
Sin tasa puede dar á la criatura :
Da formas á la nada y la engalana,
Y á la clase mortal de nuestros séres
Convierte en una estirpe soberana :
La eleva disipando su ignorancia,

La comunica fuego, esfuerzo y brío,
Y hace resplandecer sin disonancia
Su excelso señorío.

Este es el Dios á quien el orbe adora,
Á quien Abrabam servia,
Veneraban Pitágoras, Sócrates,
Y Platon entrevia.
Su Verbo le anunció sobre la tierra :
Del justo es el apoyo y la confianza,
Es del pobre esperanza ;
La razon de por sí nos le revela.
No es el Dios del error y la impostura :
No es Dios por mano de hombre fabricado,
Con que engañar procura
El falso sacerdote alucinado
Al pueblo seducido :
Es sabio, esclarecido,
Eterno, único, solo, justo, bueno,
Del cielo conocido,
Señor del universo y Dios del trueno.

¡Feliz quien le conoce y quien le aprecia,
Y miéntras le desprecia
El mundo corrompido,
Él, por la fe camina dirigido ;
Y á la luz de las lámparas sagradas
Con que el cielo de noche se ilumina,
Lleno de gratitud la frente inclina,
Y con ardor intenso
De su oracion ofrece el puro incienso!
El alma por arreo
Toma de arriba la virtud prestada
Entónces, y en las alas del deseo
Vuela, toda en ardores inflamada.
¡Quién viera en su inocencia
Al hombre allá en los tiempos primitivos,
En que hablaba con Dios, de su presencia

Gozaba, y penetraba en sus caminos!
¡Quién viera al mundo en su primera aurora!
Naturaleza simple, encantadora,
Alababa al Señor. Como diseño
De su poder lucia,
Marcada con el nombre de su dueño.
Luégo fué por los años olvidado,
Y entre sombras y nieblas se oscurece :
Pero él de nuevos rayos circundado
Del hombre ante los ojos aparece.

Largo tiempo sus pasos dirigieras,
Y cual hijo instruyeras,
Mostrándote, Señor, fuerte y glorioso
En la zarza de Oreb, so las encinas
Del Mambré pavoroso,
En los valles de Sénnar, ó en las cimas
Donde Moises hablaba
Contigo, y tus preceptos promulgaba.
De Abraham la descendencia
(Como primicia de la humana gente)
Con maná mantuviste bondadoso,
Hablando con prodigios á su mente,
Y mostrándote en todo poderoso;
Y cuando torpe olvido
Borraba de tus hechos la memoria,
Tus nuncios á la tierra descendian
Y tus altos portentos referian :
Mas hora de tu gloria
Los recuerdos huyeron
O en la extension del tiempo se perdieron.
Al mundo, por la edad envejecido,
Caduco y eclipsado,
Le dejaste de hablar. La mano lenta
Del tiempo borró todos tus vestigios,
Y la duda se ostenta
Entre tí colocada y tus prodigios.

El orbe envejecido
No es trono á tu grandeza acomodado :
Tu nombre en el olvido
Se mira sepultado ;
Y para conocerlo ya es preciso
Volver atras el curso de los dias.
El ojo humano mirará indeciso
Las encumbradas vias
Del firmamento y sus eternos velos,
Sin conocer el brazo que dirige
Tantos lucientes soles en los cielos.
¿Quién su camino rige?
¿Dónde empieza su fúlgida carrera?
¿Es eterna ó lució por vez primera
Esa antorcha fecunda?
En vano en lo moral tu Providencia
Con ejemplos abunda,
Marcando en los sucesos tu existencia;
En vano como un juego, los imperios
Haces pasar á diferentes manos,
Que apelando al acaso, tus misterios
Desconocen los míseros humanos.
Acostumbrados á mirar tu gloria
Y las grandes mudanzas de la suerte,
En olvido de muerte
Trocaron tu memoria.

Despiértanos, Señor, renueva el mundo :
Levántate, y dejando tu reposo,
Habla á la nada, donde más fecundo
Saldrá á tu voz otro orbe portentoso.
Á nuestros ojos da nuevos prestigios :
Obra nuevos prodigios :
Cambia el órden constante de esa esfera :
Otro sol luminoso
Sustituye al que ahora reverbera :
Destruye este palacio ya ruinoso,

Indigno de tu gloria, y claramente
Manifiesta tu rostro, porque obligues
Al mundo á que te adore reverente.
Mas ántes que en el cielo se oscurezca
El sol que hora relumbra,
Y del orbe la máquina perezca,
La fe que la alma alumbra
Tal vez á paso lento
Dejará de ilustrar el pasamiento;
Quedando todo el orbe desquiciado
En sempiterna noche sepultado.

LA ORACION DE LA TARDE

(IMITACION DE LAMARTINE)

En su carro de triunfo ya declina
El sol, cubierto de purpúreo velo,
Y con los rayos de su faz divina
Rompe el azul del apacible cielo :
Á la sonora mar su frente inclina
Retirando sus luces de este suelo ;
Y dorando las cumbres de los montes
Arde y camina á nuevos horizontes.

Entretanto la luna, adormecida,
En el Oriente su esplendor derrama,
Y cual lámpara de oro suspendida,
Con misteriosa luz brilla y se inflama :
La ropa de la noche desprendida
De cándidos luceros se recama :
Calla el mar, y los vientos enmudecen ;
Los cielos y la tierra desfallecen.

Esta es la hora feliz en que natura,
Recogida un momento, á Dios presenta
La grata sombra de la noche oscura,
Y el tierno brillo que la aurora ostenta.
En silencio parece que procura,
Con esa indecision que representa
Recordar aquella hora fortunada
En que se vió salida de la nada.

Esas llamas con órden repartidas,
Que brillan en la noche trasparente,

Son antorchas del templo, que encendidas
Arden á Dios con luz indeficiente.
Esas rosadas nubes, que impelidas
Se mueven de la aurora al occidente,
Rodando en torno del espacio inmenso,
Son de su trono celestial incienso.

¡Mas qué! Bajo esas bóvedas eternas
Alumbradas de espléndidos fanales
¿No se oyen alabanzas sempiternas?
¿No resuenan los himnos celestiales?
Supla mi débil voz á las alternas
Canciones de los coros inmortales;
Y prestándole vida á la natura,
Á su Hacedor alabe la criatura.

En las alas del viento conducidas,
Y del fuego de ese astro alimentadas,
Irán mis oraciones, dirigidas
Al Eterno, en sus fúlgidas moradas.
El que oye las esferas, que movidas
Consuenan, en sus órbitas lanzadas,
Tambien escuchará benigno luego
Mi ardorosa oracion y puro ruego.

¡Salve, Dios poderoso, que fecundo
Llenas la inmensidad con tu presencia!
¡Tú eres ordenador de aqueste mundo!
¡Principio universal de la existencia!
Tuyo es el cielo, tuyo el cáos profundo
Alma, Padre, Criador de toda esencia
Con todos estos nombres yo te adoro,
Y ante tus aras tu bondad imploro.

Con atónitos ojos miro escrito
En el cielo tu nombre refulgente,
Y en toda la creacion escucho el grito
Con que canta tu gloria reverente.

Dice el espacio que eres infinito :
La tierra, que eres bueno y providente;
Los astros, mensajeros de tu gloria,
Que eres señor del trueno y la victoria.

Tus obras todas muestran tu hermosura
Y retratan tu faz como un espejo :
Belleza siempre nueva y siempre pura
De quien el mundo todo es un bosquejo.
Mi alma tambien en su mansion oscura
Es de tu imagen tímido reflejo :
Conozco en mí tus dones y tus frutos,
Y venero tus altos atributos.

No sólo creo en tí, bondad suprema,
Sino que el pecho alienta tus amores,
Mi alma te busca, y en deseos se quema
De llegar á tus vivos resplandores.
Hora tocada de pasion extrema,
Como la esposa en tálamo de flores
Cuando siente abrasarse todo en fuego,
Alza á los cielos su lloroso ruego.

En tí siento, en tí pienso, en tí respiro :
Tu nombre ensalzará toda criatura :
Al traves de tus obras yo te miro,
En la tierra, el abismo y en la altura.
Por acercarme á tí, volé al retiro
Como el ave que vuela á la espesura,
Y contemplé tu luz divina y bella
Al ver salir la matutina estrella.

Cuando el sol, cual gigante luminoso,
Llenó de fuego la extension del cielo,
Sentí mi corazon que fervoroso
Quiso volar á tí lleno de anhelo :
Tendió la noche el velo tenebroso,
Seguida de la paz y del consuelo,

Y has abierto á mi absorto pensamiento
Las fuentes del placer y el sentimiento.

En todas partes tu poder presencio,
Y mirando á tu alcázar estrellado,
Tus ocultos decretos reverencio
En altos pensamientos abismado.
En medio de la calma y el silencio,
Un rayo, de tu trono dimanado,
Á mi alma pobre victorioso llega,
Ilustrando la mente torpe y ciega.

Tú eres, Señor, mi asilo y mi confianza,
Y mi único placer y refrigerio :
Sé que no está ceñida mi esperanza
Á los dias de mi triste cautiverio.
Tu paternal cuidado á todo alcanza :
Todo lo abraza tu benigno imperio :
El alma, de tus labios inspirada,
Vivirá siempre en tu eternal morada.

En vano con espantos y temores
La vengadora muerte me acobarda,
Y el sepulcro voraz, lleno de horrores,
Los despojos del hombre avaro aguarda :
Coronada de eternos resplandores
Mi alma saldrá de su prision, gallarda,
Y triunfante del báratro profundo,
Volará libre en la extension del mundo.

Apresura, Señor, el dia felice
En que libre de torpes ataduras,
Entre el coro inmortal que te bendice,
Pueda cantar tu gloria en las alturas.
¡Oh dia sin noche que la fe predice!
¡Oh moradas de gozo! ¡Oh fuentes puras!
Cuándo será que á Sion arrebatado,
Viva entre sus delicias anegado!

LA LÁMPARA DEL TEMPLO

Ó EL ALMA Á LA PRESENCIA DE DIOS

(Imitacion de Lamartine)

Lámpara, que en el santuario
Con llama remisa alumbras,
¿Qué objeto ante los altares
Hace que así te consumas?

No es para marcar el vuelo
De la oracion que se encumbra,
Ni dar rayos al que reina
En trono de luces puras:

No para ilustrar del templo
Las altas naves confusas,
Cuyas sombras pavorosas
Envuelven tu llama mustia:

No para dar testimonio
Del fuego que á Dios circunda,
Ante cuyo solio penden
El sol radiante y la luna.

Otro objeto misterioso
Tu luz simbólica anuncia,
Cuando la brisa del templo
Tu llama en el ara impulsa.

Cuando mi mente te observa,
Religiosa te saluda,

Y admira, sin comprenderte,
Que así tu destino cumplas.

Átomo tal vez brillante
Tú de la creacion difusa,
Prestas eterno homenaje
Ante la presencia augusta.

Alma mia, entre las sombras
De aquesta prision oscura,
Para la deidad suprema,
¿Ardes en el mundo oculta?

No dejes jamas, no dejes
De dirigirle tu súplica,
Así como aquesta llama
Sus ardores perpetúa.

Cuando de la vida corras
Las soledades profundas,
Vuelve de la fe los ojos
Á esa luciente columna.

En este mundo grosero,
Do error y sombras abundan,
Existe una luz que en vano
El hombre tocar procura;

Llama que de noche brilla
Del monte en la cima ruda;
Astro que las luces bebe
Del sol que la esfera ilustra;

Fuego inextinguible que arde
Oculto dentro de la urna,
Y que el incienso del ruego
Hace que al empíreo suba.

Cuando á vista del Eterno
El cuerpo en la huesa se hunda,
El alma volará libre,
Sin que su Autor la destruya.

Unida al disco supremo
De la Deidad trina y una,
Será tan sólo un destello
Del sol que jamas se ofusca;

Y brillará con los rayos
De aquella lumbrera suma,
Para quien son las estrellas
Polvo que el espacio ocupa.

ORACION

DEL NIÑO POR LA MAÑANA

(Traduccion de Lamartine)

Padre Eterno, á quien mi padre
Dobla humilde la rodilla,
Á cuyo nombre mi madre
Con fe y con temor se humilla :

Ya sé que ese sol brillante
Es de tu poder un juego,
Y ante tu rosto radiante
Encubre su luz y fuego :

Que en el campo haces nacer
Á los tiernos pajarillos,
Y te das á conocer
Á los infantes sencillos :

Que cuando de flores lleno
Se muestra el bello jardin
Y frutos el huerto ameno,
Tú los produces sin fin :

Que disfruta de tu afecto
Cuando hay en el orbe entero,
Y áun del despreciable insecto
Cuidas con amor y esmero :

Que al cordero y al cabrito
Prestas alimento grato,

Y hasta el humilde mosquito
Gusta la miel en mi plato :

Que de la fecunda espiga
Das á la paloma el grano,
Mil despojos á la hormiga,
Al infante el pecho sano :

Que los bienes que atesora
Tu amor, los alcanza el hombre
De dia, de noche, á la aurora,
Con sólo invocar tu nombre;

Y que mi oracion sencilla
Llega á tu trono sagrado,
Donde se encoge y humilla
El serafin abrasado.

Si oramos en tu presencia,
Dicen que placer te damos,
Á causa de la inocencia
Que sin saberlo gozamos;

Y que igualando los niños
Á los ángeles del cielo,
Son dignos de tus cariños
Cuando ruegan con anhelo.

Pues que de tu sólio escuchas
Mis oraciones sin tedio,
De necesidades muchas
Voy á pedirte el remedio :

Dale á los campos rocío,
Alas al dulce jilguero,
Agua indeficiente al rio,
Lana y abrigo al cordero.

Pan al mendigo y asilo,
Al enfermo sanidad,
Socorro al pobre pupilo,
Al cautivo libertad.

Da familia numerosa
Al padre que espera en tí;
Corona á mi madre, honrosa,
Dándome virtud á mí.

Pon en mi pecho justicia,
En mis labios la verdad,
En tus leyes mi delicia,
En mi alma docilidad.

Y que mi voz se levante
Y llegue á tu sólio inmenso,
Cual de mano del infante
En el altar el incienso.

SALMO I

Felicidad del justo

Dichoso el que alejado
De las juntas que tienen los impíos,
No pisa descarriado,
Divulgando funestos desvaríos,
La senda del pecado.

Mas en la ley divina
Toda su voluntad tiene cifrada:
Atento la examina,
Cuando la noche corre sosegada,
O la luz ilumina.

Como el árbol frondoso,
Plantado á las orillas de la fuente,
Que copado y vistoso
Ofrece en la estacion correspondiente
Su fruto delicioso:

Sin pena ni recelo
Así será de próspero y felice
El justo en este suelo;
Mirándolo benigno lo bendice
El Señor desde el cielo.

No así la suerte dura
Será del pecador, cuyo destino
Es muerte y desventura,
Cual polvo que arrebata el torbellino
En tempestad oscura.

Eternos resplandores
No gozarán los malos, siempre llenos
De sustos y temores,
Ni entrarán al concilio de los buenos
Jamas los pecadores.

Por seguro sendero
El Señor á los buenos encamina
Al gozo duradero,
Miéntras el de los malos se termina
En precipicio fiero.

OTRA TRADUCCION

Feliz quien del impío
No asiste á los consejos,
Y de los pecadores
No pisa los senderos.

Ni en pestilente silla
Toma jamas asiento,
Sino que sigue humilde
La voluntad del cielo.

Obedece y medita
Las leyes del Eterno,
De dia entre sus labores,
De noche con silencio.

Como el árbol frondoso,
Que de ramos cubierto
Se eleva á las orillas
Del plácido arroyuelo,

Cuyas vistosas hojas
Le son verde ornamento,
Y sazonados frutos
Rinde copioso á tiempo.

Así será dichoso
El justo en este suelo,
Gozando miéntras vive
De prósperos sucesos.

Empero los impíos
Todos serán dispersos,
Cual polvo que arrebata
El soplo de los vientos.

No se alzarán en juicio
Al lado de los buenos,
Y del concilio santo
Serán echados léjos.

Por caminos felices
Llega el justo á su término;
Las sendas de los malos
Perecen sin remedio.

SALMO V

Oracion de por la mañana

Atiende ya al acento fervoroso
Con que se vuelve á tí tu siervo indigno;
Escucha el ruego humilde y ardoroso
Que exhalo en tus altares, Rey benigno:
Deja que en tu presencia soberana
Derrame mi oracion por la mañana.

En tí meditaré desde la aurora,
Sabiendo que aborreces la malicia,
Y desechas la turba engañadora,
Que comete á sabiendas la injusticia:
Abrasas con el fuego de tu ira
Á todos los que siguen la mentira.

El hombre sanguinario y fraudulento
Será de tí, mi Dios, abandonado,
Miéntras yo en tu divino acatamiento,
Vivo bajo tu sombra resguardado,
Y doblo ante tu templo la rodilla
Con profunda humildad y fe sencilla.

Dirígeme, Señor, por sitio ameno,
Abriendo ante mis pasos el camino;
Líbrame del engaño y del veneno
Que esparcen los malvados de contino:
Sepulcro destapado en su garganta,
Que la inocencia con su aliento espanta.

Frústrense sus designios criminosos,
Destiérralos, Señor, de tu presencia;
No merezcan los impíos licenciosos
Gozar de tu amorosa providencia;
Sólo los inocentes y los buenos
Contigo vivirán de gloria llenos.

En tí se gozarán todas las gentes
Que veneran tu nombre sacrosanto,
Y reciben tu auxilio reverentes
En las horas de angustia y de quebranto:
Como con un escudo defendiste
Al pueblo venturoso que escogiste.

SALMO XXI

Jesucristo en la Cruz

I

¿Por qué, por qué, Dios mio,
Así me desamparas?
Por más que yo te imploro,
Veo la salud lejana.

Clamo durante el dia,
Y no oyes mis plegarias,
Ni por la noche atiendes
Mis dolorosas lágrimas.

Gloria nuestra, que habitas
En tu excelsa morada,
De tí los padres nuestros
Su salud aguardaban :

Llamáronte, y sus vidas
Fuéron al punto salvas :
Clamaron, y sus preces
No fuéron desechadas.

Yo, cual gusano inmundo
Que en la tierra se arrastra,
Tedio causo á las gentes,
Odio á la plebe insana.

Moviendo la cabeza
Con risa y algazara,

Cuantos me ven me insultan
Y con furor exclaman :

« Pues que en su Dios espera,
Y esto, dice, le basta,
Sálvelo del peligro,
Puesto que tanto le ama. »

¡Oh Dios! tú que benigno
Á tu siervo sacaras,
Desde el materno seno,
Á ver la lumbre clara :

Aún era débil niño,
Que anhelante mamaba
Á los maternos pechos,
Y ya eras mi esperanza.

Desde ántes que naciese
Eras mi deidad cara :
Nací, y entre tus brazos
Con amor me estrechabas.

¡Ay! no de mí te alejes,
El tormento me acaba :
Me cercan los dolores,
Nadie de mí se apiada.

Mis crudos enemigos
Como toros me asaltan :
Cual leones sangrientos
Mi corazon desgarran.

El hórrido tormento.
Mis huesos desencaja,

Y al dolor me disuelvo
Como la nieve en agua.

Mi corazon cual cera
Se funde en mis entrañas,
Y mi verdor se seca
Como el barro en las brasas.

Adherida la lengua
Al paladar, se abrasa,
Al polvo del sepulcro
Caminan ya mis plantas.

Como canes, que fieros
La presa despedazan,
Rabiosas me circundan
Estas gentes malvadas.

Clavan mis piés á un tronco,
Las manos me taladran,
Cuéntanse ya mis huesos,
Mortales son mis ansias.

Con atencion observan
Si ya mi vida acaba;
Por suerte mis vestidos
Se parten y separan.

¡Dios mio! no te alejes,
Mi amor, mi confianza :
Tú me socorre y libra
Del filo de la espada.

Líbrame de las fieras
Que de acabarme tratan :

Quiebra al leon los dientes,
Al unicornio el asta;

Y enseñaré tu nombre
Á tu familia cara,
Y cantaré en la iglesia,
Señor, tus alabanzas.

II

Alabad al Señor, ¡oh criaturas!
Que temeis su virtud y poder:
Engrandece á tu Dios bondadoso,
¡Oh linaje feliz de Israel!

La oracion fervorosa y humilde
De su pobre jamas desdeñó:
Al mirarme en dolores hundido
Escuchóme y el rostro inclinó.

Mi alabanza ante el pueblo rendido
Á tí quiero, Señor, dirigir;
Y ante aquellos que temen tu nombre
Mis promesas y votos cumplir.

De tu mano abastado el hambriento,
Tu alabanza, mi Dios, cantará,
Y pasando de un siglo á otro siglo,
Satisfecho y feliz vivirá.

La extension de la tierra concorde
Prestará su homenaje al Señor:
Á su ley convertidas las gentes
Le verán con respeto y temblor.

Pueblos, tribus, imperios del mundo
Te obedecen, callando ante tí:

El monarca doblega la frente,
Y el guerrero la erguida cerviz.

Reverente mi vida consagro
De este mundo al supremo Hacedor :
Mi familia obediente y sumisa
Sus mandatos oirá con temor.

Á la gente futura, los cielos,
Revistiendo de gloria su faz,
Hoy anuncian propicios que vienen
La justicia á la tierra y la paz.

SALMO XXVIII

La Tempestad

Al Rey supremo servid ¡oh reyes!
En sus altares poned las víctimas,
El culto dadle que le es debido,
Y honor y plácemes á su alto nombre:
Tras viento y fuego, su voz tremenda
Suena en las nubes, y al estampido
La etérea bóveda retumba cóncava,
Y el mar indómito se humilla y muge.
Su voz del Líbano los cedros quiebra,
Altos abetos descuaja, y saltan
Como cabritos que sueltos triscan.
Cual becerrillo medroso y tímido
Retiembla el Libano, el Hérmon calla.
Voz es la suya que entre tinieblas
Estalla y lanza fuego y relámpagos.
Voz que el desierto de Kádes mueve,
Los montes hiende, las selvas altas
Sin hojas deja, solas y yertas.
Miéntras su pueblo su nombre honora,
Y de alabanzas llena su templo,
Él, que es del orbe Rey sempiterno,
Que desde lo alto vierte raudales,
Que las esferas subyuga inmensas,
Que enfrena el piélago y el mundo rige,
De fuerza y bienes lo colma próvido
Y lo bendice plácido siempre.

SALMO XXXVII

Oracion en tiempo de angustia

No con tu fuerte mano me destruyas,
Ni traspases con flechas mi costado,
No me increpes airado,
Ni con furor me arguyas :
Mira todos mis huesos quebrantados
Con el peso, Señor, de mis pecados.

De mi mucha maldad la cuenta larga
Sobrepuja y oprime mi cabeza ;
Me agobia la tristeza
Como pesada carga;
Licencias que mis ojos cometieron
Las llagas de mi cuerpo corrompieron.

Pagando á la miseria su tributo
Empapo con mis lágrimas el suelo :
Cubierto estoy de duelo,
Y el corazon de luto :
Arden en mis entrañas derretidas
Del tormento las brasas encendidas.

Rompo el aire con ayes y gemidos,
Desfallezco entre sustos y temores,
Publico mis dolores
Con tristes alaridos :
Alivia la afliccion en que me veo
Tú, Señor, que conoces mi deseo.

Mi débil corazon atribulado
Respira con profundo sentimiento :

Con lágrimas sin cuento
Mis ojos han cegado :
Se alzaron contra mí todas las gentes.
Y huyeron mis amigos y parientes.

Urdieron sin cesar falsos testigos
Engaños contra mí de toda suerte :
Procuraron mi muerte
Mis fieros enemigos;
Y al mirar mis congojas y pesares
Prorumpieron en burlas y cantares.

En esta tempestad violenta y ruda,
Y entre tantos combates repetidos,
Me tapé los oidos,
Hice mi lengua muda,
Mostrándome á la injuria indiferente
Como aquel que no mira y que no siente

En tí, Señor, apoyo mi esperanza,
Da entrada á mis querellas en tu oído :
El adversario erguido
Perderá su confianza;
Y quitándole el gozo que tuvo ántes,
Afirmarás mis pasos vacilantes.

Dispuesto estoy, mi Dios, y resignado
Á sufrir de tus manos el castigo :
Á detestar me obligo
Por siempre mi pecado :
En medio de amarguras tan inmensas
Borraré con mi llanto tus ofensas.

No te alejes de mí, Salvador mio,
Camina en mi socorro diligente,
Mira cual insolente
El enemigo impío
Tanto se multiplica, que parece
Que triunfa, y que del todo prevalece.

SALMO L

El pecador arrepentido

Apiádate, Dios mio,
De esta ánima mezquina,
Conforme á la grandeza
De tus misericordias infinitas;

Y segun la abundancia
De tu piedad antigua,
Borra, Señor, piadoso
De mi crímen la sombra denegrida,

La mancha vergonzosa
De mis delitos, limpia
Y la asquerosa llaga
De mis iniquidades purifica.

Conozco mi pecado,
Miro la culpa altiva,
Que alzada ante mis ojos
Mis maldades inmensas atestigua.

Pequé contra tí solo,
Hice el mal á tu vista,
Si acaso me condenas,
Ninguno dudará de tu justicia.

Mas miras que engendrado
Fuí de una raza inicua,
Y fué mi carne frágil
En error y pecado concebida.

Pues la verdad ingenua
Pones en alta estima,
Tus íntimos arcanos
Manifiesta á mi mente oscurecida.

Lávame con hisópo,
Y mi alma será limpia ;
Báñame, y al momento
Quedaré blanco cual la nieve misma.

Si escuchar me dejares
Tus palabras divinas,
Mis huesos humillados
Se llenarán de gozo y alegría.

La serie de mis culpas
Aparta de tu vista,
Y borra por tu mano
El proceso espantoso de mi vida.

Un corazon ingenuo
Dentro mi pecho cria :
Infunde en mis entrañas
Soplo de rectitud, que vivifica.

No apartes de tu rostro
Mi súplica sumisa,
Ni me quites airado
Las luces de tu espíritu divinas.

El gozo de tu gracia
Hoy á mi pecho inspira :
Con superior aliento
Mis nacientes propósitos confirma.

Enseñaré tus sendas
Á las almas perdidas ;

Los impios humillados
Tu ley aceptarán con fe sencilla.

Líbrame de esa sangre
Que por venganza grita,
Y tus altas piedades
Ensalzará mi lengua agradecida.

Abre, Señor, mis labios,
Haz que la boca mia
Prorumpa en alabanzas,
Y en acciones de gracias sin medida.

Si ofrendas exigieras,
Yo las ofreceria;
Mas sé que no te place
La sangre en tus altares esparcida.

El sacrificio quieres
Del ánima contrita,
Del corazon mudado,
Y de una voluntad simple y sumisa.

Desciendan tus palabras
Hoy sobre Sion propicias,
Y se alzarán al punto
Los derrocados muros de Solima.

Aceptarás entónces
Ofrendas de justicia,
Oblacion, holocaustos,
Y en tus aras la sangre de la víctima.

SALMO LI

Castigo de la calumnia

¿Por que así te glorías
En tu misma maldad tan orgulloso?
Engaños y falsías
Está todos los dias
Maquinando tu labio mentiroso.

Despedazas sañudo
Con lengua infame la conducta buena:
Como el puñal agudo
Rompe el pecho desnudo,
Que no sospecha la traicion ajena.

El bien has desechado,
Á la verdad prefieres la mentira:
Tu corazon doblado
Cubre disimulado
Con engaño, los ímpetus de ira.

Pronto verás tu ruina,
Prófugo y arrancado de tu suelo:
Ya contra tí fulmina
La cólera divina
Su flamígero rayo desde el cielo.

El justo temeroso
Exclamará mirando tu castigo:
«Este es el fin ruinoso
Del hombre poderoso,
Que tuvo á su Hacedor por enemigo.»

Yo cual fértil olivo
Viviré para siempre en tus moradas
¡Oh Dios eterno y vivo!
Con cántico expresivo
Allí serán tus glorias celebradas.

Resuene mi alabanza
Por tus hechos, Señor, eternamente :
En tí está mi confianza,
Pues eres la esperanza
De todo el que te adora reverente.

SALMO LXVII

Traslacion solemne de la arca, y triunfos del pueblo de Israel

Fulminando amenazas y castigos
Se levantó el Señor: sus enemigos
Confusos, asombrados,
Como cera en el fuego consumida,
Como arena á los vientos esparcida,
Huyeron derrotados.

¡ Justos, que presenciásteis la victoria,
Entonad vuestros himnos en memoria
De tan plausible dia !
¡ Alabad al Señor, santas criaturas,
Levantando su nombre á las alturas.
Con voces de alegría !

En tempestosa nube va y camina,
Y cielo y tierra y mares ilumina
El que Jehová se nombra :
Á los justos alegra su presencia,
Miéntras con su terrible omnipotencia
Á los impios asombra.

Fijó en este santuario su morada,
Do al huérfano y la viuda desolada
Entre sus brazos cierra:
Salva de la cadena al prisionero,
Propaga las familias, y severo
Al rebelde destierra.

¿Quién cantará, Señor, cuando salias
Al frente de tu pueblo, y lo regias
Por medio del desierto?
Las nubes á tu voz se liquidaron,
Los encumbrados montes retemblaron.
El Sinaï quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas
Con lluvias bienhechoras y templadas
Tu heredad afligida:
En medio del ardor y la sequía
Tu grey, que con la sed desfallecia,
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas
Referian, animosas cuanto bellas,
Lo que vieron sus ojos:
Atónitos los reyes se escondieron,
Y las mujeres débiles vinieron
Á partir los despojos.

Aquel que en los bagajes escondido
El combate evitara, ya salido
Tambien su parte toma,
Haciendo alarde de vistosas galas,
Semejantes al cuello y á las alas
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,
Manifestó el Señor con tales brillos
Su faz resplandeciente,
Que se ofuscó el Selmon; su cumbre helada
Mostró con ménos rayos coronada
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere
Dios para su morada, y la prefiere

Á otros montes vistosos:
En vano envidiareis tanta ventura,
Montes, engalanados de verdura,
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro
Sube á este monte el vencedor bizarro:
Los contrarios altivos
Postrados ya, lo adoran soberano,
Y sus dones reparte por su mano
Á libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso
Rompes nuestras prisiones: bondadoso
Nos libras de la muerte;
Tus bienes con largueza nos prodigas,
Y las duras cervices enemigas
Quiebras con brazos fuerte.

Del enemigo de Bazan astuto
Triunfarás; los abismos á pié enjuto
Vadearás sin recelo;
Romperás del contrario la coyunda,
Tus perros lamerán su sangre inmunda:
Dijo el Señor del cielo.

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada
Los enemigos en su real morada
Atónitos miraban:
Salieron los cantores los primeros,
Las vírgenes tocando sus panderos
Seguian, y así cantaban:

« Gloria al Dominador, siempre triunfante,
Que esas turbas con rayo devorante
Dejó ya traspasadas.
Celebrad su poder, tribus dichosas,

Que fuísteis por sus manos poderosas
Del polvo levantadas."

La pompa proseguia: ledos y ufanos
Del pueblo de Judá los más ancianos
Caminaban delante;
Los de Nephtáli y Zabulon seguian,
Y los de Benjamin despues venian
Con rostro jubilante.

Haz, Señor, de tus obras larga muestra,
Confirma las hazañas de tu diestra,
Establece tus leyes:
Poseidos de horror, llenos de espanto,
Llevarán dones á tu templo santo
Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo
Nos acecha cual fiero cocodrilo,
Reprime los clamores;
Y de éstos, que nos buscan coligados,
Furiosos, como toros encelados,
Enfrena los furores.

Enfrénalos, Señor, y verás luégo
Pedir la paz interponiendo el ruego
Al Egipto insolente:
El orbe callará bajo tu espada
Y hasta la Etiopia bárbara y tostada
Se postrará obediente.

Alabad al Señor, pueblos y gentes,
Bendecid en idiomas diferentes
Su nombre sin segundo:
Ved que sobre los astros se levanta
Lleno de luces, y sus glorias canta
La redondez del mundo.

Ois cual retumbó su voz sonora?
Bendigamos su mano protectora,
Su poder y su alteza:
Él es roca y presidio de afligidos,
Pidámosle, y dará á sus escogidos
Virtud y fortaleza.

SALMO LXXXIII

Memorias de Jerusalen y deseos de volver á ella

¡Que dulce son los recuerdos
De tus mansiones sagradas !
¡ Qué agradables las moradas
Donde resides, Señor!
  Al contemplar ¡ oh Dios vivo!
La hermosura de tu casa,
Todo mi pecho se abrasa,
Desfallece el corazon.

La tórtola querellosa
Halla á sus hijuelos nido,
Y el pájaro perseguido
Vuela á las selvas fugaz :
  Cuando náufrago me via,
O extraviado en el desierto,
Era tu templo mi puerto,
Era mi nido tu altar.

Felices los que en tus atrios
Tus alabanzas entonan,
Y las bondades pregonan
De que los colmas allí.
  Descanso logran y holgura
En tu santo domicilio :
Amor, proteccion, auxilio
Reciben siempre de tí.

Mas yo, peregrino errante,
Que de su patria se aleja.

Al viento exhalo mi queja
En el valle del dolor;
  Y mi corazon palpita
Cuando á mis solas contemplo,
En el camino del templo
Donde reside el Señor,

Fatigado del camino,
Paréceme que las fuentes,
Bajando por las pendientes,
Templan mi ardorosa sed;
  Y que empapados mis labios
Y restaurados mis brios,
Gozan ya los ojos mios
De la vista de mi rey.

Escucha, Señor, mi ruego,
Muévate mi tierno llanto,
Alivia el duro quebranto
Que sufro ausente de tí.
  Tú serás doblado escudo
Que al enemigo resista;
Vuelve á tu ungido la vista,
Hazlo triunfante y feliz.

Mejor es en tus umbrales
El breve espacio de un dia,
Que en pérfida compañía
Un siglo de falso honor.
  Yo prefiero allá en tu casa
Ser un pobre y vil desecho,
Que en rico y dorado techo
Morar con el pecador.

Verdad y misericordia
Amas con suma estrecheza,
Gloria y bienes con largueza
Á tus servidores das.

Al varon que en tí esperando
Camina con inoçencia
Tus bienes y tu clemencia
No le retiras jamas.

SALMO CXIII

La libertad de Israel

Cuando del yugo bárbaro
Fué Jacob redimido,
Rompiendo las cadenas
Del opresor egipcio,

Entónces su potencia
Mostró el Señor Altísimo,
Fundando entre nosotros
Su estable poderío.

Las aguas al mirarlo
Abrieron sus abismos,
Y el Jordan caudaloso
Retrocedió sumiso.

Saltaban los collados
Llenos de regocijo,
Cual suelen en el prado
Triscar los corderitos.

¡ Oh mar ! ¿ por qué tus senos
Abriste de improviso ?
¿ Por qué, Jordan, tus ondas
Vuelves á dó has nacido ?

¿ Por qué mostrais ¡ oh montes!
Cual tiernos corderillos,
El gozo que os ocupa,
Con saltos repetidos ?

Ya veo que el Eterno
Ostenta su dominio,
Dejando á una mirada
El orbe estremecido.

Él torna en un estanque
El arenoso sitio,
Y en copiosos raudales
El escarpado risco.

Señor, no por nosotros,
Mas por tu nombre mismo,
Aterra con tu nombre
Al adversario impío.

Haz muestra desde el cielo
De tu poder invicto,
Apoyos de tu trono
Son la Verdad y el Juicio.

Cuando á insultarnos vengan
Esos pueblos inicuos,
Y pregunten con mofa
Dó está tu domicilio,

Diremos : En el cielo
Mora Dios de contino ;
Con su poder inmenso
Produjo cuanto quiso.

No así los simulacros
Del ciego gentilismo,
Forjados de oro y plata
Á golpe de martillo.

Labios tienen y no hablan,
Sus ojos nada han visto,

Ni gozan los aromas
Que exhala el sacrificio.

De fauces siempre mudas,
De piés siempre tullidos,
Tienen manos sin tacto,
Y sin oir, oidos.

Es á ellos semejante
El necio que los hizo
Y pone su confianza
En troncos sin sentido.

Mas el pueblo que dócil
Sigue al Señor, propicio
Sobre él derrama el cielo
Su luz y sus auxilios.

Si en el Eterno espera,
Si lo adora rendido,
Si obedece sus leyes
Con corazon sencillo,

Entónces á su sombra
Descansará tranquilo
De bienes abastado
Y de virtudes rico.

Nunca su pueblo caro
Entregará al olvido :
Es el constante objeto
De todos sus cariños.

Sobre todos derrama
Tesoros infinitos,
Y su favor alcanzan
Los grandes y los chicos.

Al justo favorece
Con dones excesivos,
Logrando sus piedades
Los hijos de sus hijos.

Los que seguis constantes
Las sendas y caminos
Del Dios de cielo y tierra,
Seais siempre benditos,

Él reina coronado
Allá sobre el empíreo,
Dejándonos del mundo
El cetro y el dominio.

Danos, Señor, aliento
Para cantar unidos
Acordes alabanzas,
Y reverentes himnos.

No con un golpe cortes
De nuestra vida el hilo ;
¿ Quien cantará tu gloria
En el sepulcro frio ?

Miéntras aquí vivamos,
Señor, te bendecimos:
Despues te gozaremos
Por siglos infinitos.

SALMO CXX

Confianza en el Señor

VOZ DEL CREYENTE.

Á los sagrados montes
De dó viene el auxilio,
Con lágrimas de gozo
Alcé los ojos mios.

Lleno yo de esperanza
En el Señor confio,
Que estableció la tierra
Y que los cielos hizo.

VOZ DEL SACERDOTE.

Asienta sin tropiezo
Tu planta en estos sitios,
Que no se entrega al sueño
Quien guarda tus caminos.

No duerme ni descansa
Jehovah para sus hijos :
El te será custodia
Y te verá propicio.

Su mano te hará sombra,
Y su favor divino
Derramará copioso
En tí sus dones ricos.

El sol con sus ardores
No te será nocivo,
Ni la luna de noche
Con su dañoso brillo.

El Señor te defiende
De todos los peligros,
Y tu vida preciosa
Conservará solícito.

Tus sendas y veredas
Vigila de contino :
Serás feliz y salvo
Por eternales siglos.

SALMO CXXV

El prisionero libre

Hoy á Sion de sus cadenas
Libre hiciste tú, Señor,
En deleites convirtiendo
Su tristeza y su dolor.

No pudiendo tanto gozo
Nuestros pechos contener,
Á los labios se difunden
El contento y el placer.

Entre gentes extranjeras
Con asombro se dirá :
¡Oh, qué santo es el Eterno!
¡Oh, qué grande es su piedad

Y olvidando las desgracias
Que nos llenan de pavor,
Las victorias y los triunfos
Cantarémos del Señor.

Ven, Señor, con brazo fuerte
Esta cárcel á quebrar,
Cual torrente que en el austro
Va los campos á inundar.

Quien los campos en invierno
Con sus lágrimas regó,
En las eras del estío
La cosecha recogió.

Así el pueblo que ántes iba
Trabajando con dolor,
Hoy regresa ufano, y lleno
De riquezas y de honor.

SALMO CXXVII

El padre de familia

¡ Dichoso tú que al mandato
De Jehovah la frente inclinas!
¡ Dichoso tú, que caminas
Por las sendas del Señor!
  La tierra que cultivares
Te brindará sus tributos,
Y gozarás de los frutos
De tu constante labor.

Como vid al olmo asida,
Siempre verde y siempre hermosa,
Así tu fecunda esposa
Florecerá junto á tí;
  Y tus hijos cual renuevos
Del olivo bien logrados,
De tu mesa rodeados
Harán tu vejez feliz.

Quien respeta al Dios del cielo
Y sigue su senda santa,
Quien su ley jamas quebranta,
Logará felicidad :
  Dócil oye el canto mio,
Fiel atiende á mis lecciones,
Y el Señor sus bendiciones
Sobre tí derramará.

Á Salen, tu patria amada,
Mirarás de gloria llena,

Gozando en vejez serena
Horas de ventura y paz.
Disfrutarás con tus hijos
Gozos puros y completos,
Y llorado de tus nietos
Al sepulcro bajarás.

SALMO CXXVIII

La persecucion no dura siempre

Desde mi edad más tierna
(Que mi pueblo lo diga)
Luché con una turba
De gentes descreidas.

Malvadas insidiaron
Mi juventud sencilla,
Y soltaron los diques
Á toda su malicia.

Domeñaron mi cuello
Con la coyunda indigna,
Y agobiaron mi espalda
Con cargas excesivas.

Pero todas sus obras
Quedaron confundidas,
Y el Señor ha quebrado
Sus cervices altivas.

Perezcan los que osados
Contra Jehovah maquinan,
Y maldicen audaces
De su ciudad divina.

Serán sobre la tierra
Como yerba tardía,
Que nace en los tejados
Y al punto se marchita.

Ni el segador la mano
Llena con sus espigas,
Ni el que cosecha forma
Con ella sus gavillas.

Ni habrá entre los que pasan,
Si la cosecha miran,
Quien diga : « ¡ Cuán hermosa,
El Señor la bendiga ! »

SALMO CXXX

Sumision y confianza en el Señor

Señor, tú sabes
Que este mi seno
De orgullo lleno
Jamas se ve :

Ni arrebatado
De mis enojos
Estos mis ojos
Con ira alcé.

Deseos que al alma
La desvanecen,
Jamas empecen
Mi corazon ;

Y porque humilde
Quedé á tu planta,
Tu mano santa
Me levantó.

Cual niño tierno,
Que en lazo estrecho
Pende del pecho
Donde se crió,

Así en tus brazos
Yo me defiendo,
De tí dependo
Tan sólo yo.

Ven á sus atrios
Con alborozo,
Lleno de gozo,
Pueblo fiel;

Jehovah tus dichas
Benigno afianza;
Tú la esperanza
Coloca en él.

SALMO CXXXVI

El israelita prisionero en Babilonia

Del Eufrátes remoto en la orilla
De Judá me accordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.
De memorias funestas y amargas
Sólo vive él dolor que alimento :
" En un sauce, ludibrio del viento,
" Para siempre mi lira colgué. "

El tirano que allí nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.
¿Cómo fuera que en tierra enemiga
Profanara, cautivo, mi acento?
" En un sauce, ludibrio del viento,
" Para siempre mi lira colgué. "

Si de tí me olvidare, Solima,
Hierro agudo mi mano segregue,
Á las fauces mi lengua se pegue
Si un recuerdo jamas te negué.
Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
Eres hoy de dolor monumento :
" En un sauce, ludibrio del viento,
" Para siempre mi lira colgué. "

Cual gigante se alzó el idumeo
Precedido del hierro y el fuego :

Tú lo viste frenético y ciego,
¡Oh Señor! devastar á Salen.
  " ¡Que perezca! " clamó como trueno,
Y los muros derrumba violento:
" En un sauce, ludibrio del viento,
" Para siempre mi lira colgué. "

  Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo,
El acero del crudo enemigo
Templará con tu sangre su sed;
  Y verás como ardiente, insaciable,
Se apacenta en tus hijos, sangriento:
" En un sauce, ludibrio del viento,
" Para siempre mi lira colgué. "

PLEGARIA A MARIA

Á tí, Señora, poderosa y santa,
Desfallecida el alma y sin aliento
Dirige su plegaria, á tí levanta
Su doloroso acento.

Si á negra tempestad vuelves los ojos,
El cielo al punto muéstrase sereno,
El piélago refrena sus enojos,
Calla el rugiente trueno.

Al fiero Querubin, que un tiempo pudo
Los cielos escalar tú lo encadenas:
Del pueblo religioso eres escudo,
Y de valor lo llenas.

¿ Quién eleva á tu trono su querella
Que socorro no encuentre en tí, María?
Eres astro de luz, del mar estrella,
Que á la salud nos guia.

Eres prenda feliz, arca de alianza,
Del triste pecador dulce consuelo,
Anuncio de la paz y la esperanza,
Eres puerta del cielo.

En sombras y dolor vago perdido,
Á mi auxilio, Señora, ven apriesa:
Contra mí el enemigo enfurecido
De maquinar no cesa.

Ten de mí compasion en aquella hora
Cuando próximo el término á la vida,
El alma desdichada gime y llora
Pensando en la partida.

Un lugar tenebroso se la espera :
De pecados y errores cuenta larga :
Castigo que las penas exaspera :
De Dios ausencia amarga.

¡ Ah ! que tu llanto, ante la cruz vertido,
No sea inútil ¡ oh Madre de piedades !
Bálsamo sea del corazon herido,
Y limpie mis maldades.

MARIA EN EL CIELO

Donde el Empíreo cándido y sereno
Más sublime te encumbra,
Y el trono del Cordero, siempre lleno
De claridad, relumbra:

Do selvas inmortales y extendidas,
Tejidas de esmeralda,
De flores de carmin se ven vestidas,
De púrpura y de gualda:

Dó al soplo de las auras bulliciosas,
En praderas amenas,
Se mecen los claveles y las rosas,
Y blancas azucenas:

Dó la tórtola arrulla, y la paloma
Canta en el bosque denso,
Difundiendo á los vientos grato aroma
El nardo y el incienso:

Dó se extienden las fuentes y los rios
Y lagos trasparentes,
Que retratan los árboles sombríos,
Y torres eminentes:

Dó la celeste Sion, que allí aparece
Brillando en sus espacios,
Se ostenta misteriosa, y resplandece
Con muros de topacios;

Ciudad, en cuyas plazas y confines
Resuena dulce canto,
Y alaban sin cesar los serafines
De Dios el nombre santo:

Allí tiene su asiento soberano
La Madre de clemencia,
Á quien colma de dones por su mano
La suma Omnipotencia.

Guarda de sus alcázares la entrada
Ejército triunfante,
Laureada la sien, la diestra armada,
Vestido de diamante.

Al viento ondean, en torres y en almenas,
Banderas y pendones,
Que ven de gozo y de respeto llenas
Del cielo las regiones.

Allí la castidad cándida y pura
Sus pabellones alza,
Y la inocente y maternal ternura
Unida á Dios se ensalza.

Cuando en favor del hombre se levanta,
Más bella que la aurora,
La que á toda criatura se adelanta,
Y el universo adora.

Vístela el claro sol de luz radiosa
Sin mancha ó sombra alguna,
Ciñen estrellas su cabeza hermosa,
Calza sus piés la luna.

Arco el íris le forma de colores
Variados, peregrinos:

El aire llueve inmarcesibles flores
Ante sus piés divinos.

Entre nubes de olores la circundan
Espíritus alados,
Que del cielo los ámbitos inundan
Con cánticos sagrados.

Y llénanse los cielos de luz pura,
Los vientos de alegría,
Las moradas eternas de hermosura,
Sus coros de armonía.

La tierra la proclama su Abogada,
Los cielos poderosa,
Y la inefable Trinidad sagrada
Hija, Madre y Esposa.

Cuando interpone por el mundo ciego,
De crímenes culpado,
Ante el Señor su poderoso ruego,
Quita el rayo á su mano.

No hay lengua inteligible en que no suene
De María el dulce nombre:
Ella él imperio de los cielos tiene,
Y es la Madre del hombre.

A LA SANTISIMA VIRGEN

DE GUADALUPE

Yacia en profundo error, presa del duelo,
El mejicano, en noche tenebrosa,
Cuando del santo Amor la Madre hermosa,
Llena de compasion, bajó del cielo.

Rompe de su ignorancia el negro velo,
Muéstrale de la fe la luz gloriosa,
Y le deja en su imágen portentosa
La enseña de la paz y del consuelo.

Entre las rocas de la tierra indiana
La ave tierna cantó con melodía;
Nacieron flores en la nieve cana:

Los cielos se vistieron de alegría;
Y eterna fuente de piedades mana
Donde sus plantas asentó María.

ENSAYOS

Y

FRAGMENTOS ÉPICOS

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO

MOISES

I

PINTURA DE MÉNFIS Y DEL PALACIO DE FARAON.
SE PRESENTA MOISES ANTE ÉSTE

En las frondosas márgenes, que riega
El raudo Nilo en dilatado curso
La populosa Ménfis se elevaba,
Célebre un tiempo en armas y doctrinas
Y en placeres tambien. En sus sus espacios,
En sus plazas y pórticos sonoros,
Sostenidos de excelsos arquitraves
Y columnas robustas, circulaba
La múltitûd confusa: sus alcázares,
Moradas de riquezas y deleites,
Tocaban con sus cúspides al cielo:
En sus frescos jardines, bajo sombras
De vividoras palmas y de yedras
Sonaban fuentes, querellosas flautas,
Y el canto del amor: sus bellas hijas,
Coronadas de rosas y de mirtos,
Formaban danzas y lascivos coros.
Todo en aquel lugar era contento;
El poder derramaba allí su pompa,
La liviana fortuna sus favores,

Y el placer voluptoso sus delicias:
Sólo el nombre de Dios era olvidado,
Y el fiel adorador era oprimido.

En medio la ciudad, bajo alto techo
De vistosos y ricos artesones
En que el oro y colores relucian,
Sobre sublime asiento reclinado
Se mostraba Faron, á cuyas plantas
La rodilla inclinaban obedientes
Ciudades grandes, numerosos pueblos,
Y naciones y tribus. Ante el solio
Elevado y magnífico, asistian
Con sumiso ademan magos y ancianos
Dotados de saber, guerreros fuertes
Con doblados aceros en las diestras.
Del monarca eran leyes las palabras,
Las miradas mandatos. ¿Quién osado
Burlara su poder? ¿Quién sus preceptos
No acatara temblando?

El sol ardia,
Y espléndido su curso promediaba
Iluminando el mar, la tierra, el éter:
Su disco de oro se espejaba trémulo
Del ancho rio en las movibles ondas;
Y la brisa con alas empapadas
De esencias y gratísimo olores
Giraba levemente, levantando
Fragante nube de ligero incienso
Del trono en derredor. Un noble prócer
Inclinándose ante él, y entrambos brazos
Cruzando al pecho con respeto, dijo:
"Á tus puertas ¡oh rey! dos forasteros
Permiso piden para entrar, y exigen
Llegar á tu presencia, su demanda
Exponerte, Señor, y ver de cerca

Tu excelsa majestad." — Silencio breve
Reinó en la estancia, y el monarca alzando
Su cetro de oro concedió el permiso.
Dos personas llegaron, y ante el trono
Hicieron respetoso acatamiento.
Eran Moises y Aron, enviados ambos
Por Jehovah soberano al pueblo suyo
Á romper la cadena en que gemia
Como esclavo infeliz en aquel suelo.
Atrayendo de todos las miradas,
Y pendiente el concurso de sus labios,
Moises, volviéndose al monarca, dijo :

"Permite, oh rey, que en libertad anuncie
La divina mision con que el Eterno
Á tí me envía y su querer declare.
No te empezca, Señor, si de mi boca
Desnuda sale la verdad, y pido
(De vil temor y de altivez exento)
Para mi pueblo libertad. Escucha
Benigno mis razones, y hallen ellas
Allá en tu corazon grata acogida.
De Jacob la familia á estos lugares
Con permiso del rey un tiempo vino,
Y en ellos se extendió. Benigno el cielo
La colmó de favor. Cual la semilla
Con el riego y cuidado se propaga,
Y crece y fructifica, asi este pueblo
Se propagó sin término, abastado
De bienes y ventura. Mas no altivo
Hizo á tus leyes resistencia : siempre
Te obedeció, señor, dando el ejemplo
De sometido y fiel. Despues sin causa
Reducido se vió á la servidumbre.
Plégate de ella desatarlo y darle
La dulce libertad que ántes gozaba.
Sabe que desde el cielo Dios ha visto

Su lamentable suerte, y ha dispuesto
Que destrozado el yugo que lo agobia,
Salga de esta mansion, y agradecido
Le ofrezca en el desierto un holocausto,
Siendo yo quien lo rija y lo conduzca :
Concédeme que cumpla sus preceptos."

El rey con extrañeza así responde :
"¿Quién eres tú, que á mí locas demandas
Te atreves á poner? ¿Qué Dios es ese
Para que así le escuche, y necio rompa
La cadena, yo mismo, con que atado
Sirve ese pueblo vil?"

Los dos entónces,
Aaron y Moises, así replican :
"Del supremo Señor que rige el mundo,
Y da el imperio y del poder despoja,
Ministros somos. Por su voz llamados
Debemos dirigirnos al desierto,
Donde con pecho y corazon sencillos
Un sacrificio le ofrezcamos..."

"Cese
Vuestro indiscreto hablar, clamó indignado
El monarca, callad : yo haré severo
Que ese pueblo insolente se reprima
Con debido rigor. De sus tareas
No desviarlo intenteis, si de mi enojo
No quereis que os oprima el grave peso:
¡Ministros! redobladle los trabajos,
Duplicadle el afan : mirad que audace
Se aumenta con el ocio y se envanece,
Maquinando proyectos con que aspira
Á sacudir el yugo de sus hombros.
Enmudezca, y conozca que ha nacido
Para vivir tan sólo en la obediencia." —

Sin escucharlos más, llenos de oprobio
Ambos de aquel lugar echados fuéron,
Fulminando sobre ellos amenazas.
Silencioso Moises fuese llorando.
Del caudaloso rio por la ribera.

II

ESCLAVITUD DE LOS ISRAELITAS

Entónces más que nunca encrudecida
Se alzó la tiranía. La tierra dura
Regada del esclavo miserable
Con el triste sudor, dábale apénas
Sustento escaso. De su mano débil
El fruto opimo á su señor pasaba.
Sin patria y sin hogar, destituido
De bienes y consuelo, le eran propios
Sólo la desventura y el trabajo.
Cuando la aurora con remisas luces
Despuntaba en oriente, dando vida
Al universo, comenzaba entónces
Su difícil tarea. Cuando á la cumbre
Tocaba el sol del abrasado cielo,
Ruda lo molestaba sin descanso
La bronca voz de agreste sobrestante;
Y despues que la noche silenciosa
Largo tiempo en el cielo discurria,
Apénas le era con rigor medido
Tiempo para el sosiego. Su cabeza
Agobiada de horror y pesadumbre
Jamas al sueño se entregó, apacible;
Que en medio de él la imágen le aterraba
Del tirano cruel. Los blandos lazos
De amor, fuéron para él duras cadenas
Y orígen de pesar. Triste y esclava
Á su esposa miró, y al hijo tierno

Tambien esclavo. Cuando el pecho estéril
La triste madre con dolor le daba,
Mezclaba con sus lágrimas la leche :
Furtivo el beso le aplicó á sus labios :
Nunca en descanso lo estrechó á su seno,
Ni pudo prodigarle sus caricias.
El cuerpo, los sentidos, las acciones,
Los subyugó un señor, que aspiró impio
Á dominar tambien la inteligencia,
Y ofuscar la razon y oprimir la alma,
Del Hacedor clarísimos destellos.

De llanto y de terror aquellos dias
Fuéron para Judá. Sus tiernas vírgenes
Lamentaron con lúgubres endechas
Su perdido valor, su faz marchita,
Y ofuscada su luz. Alto gemido
Resonó por los campos y ciudades.

III

ALOCUCION DE MOISES Á LOS ANCIANOS DE ISRAEL

Ancianos de Judá, prestad oido
De mi labio á la voz, baje mi acento
Á vuestro corazon, no como el rayo
Que la alta cumbre con estruendo hiere
Y la quema y abrasa; mas cual lluvia
Que cayendo benigna de las nubes
Empapa blandamente las campiñas.
Mi lengua narrará desde su orígen
Lo que ordenó el Señor. En otro tiempo
Prófugo me ausenté de estos lugares,
Huyendo del rigor que en ellos sufre
Nuestro pueblo infeliz; y allá en la tierra
Lejana de Madian, viví tranquilo
De mi suegro cuidando los rebaños

Como simple pastor. De las ciudades
Aborrecí la pompa, y mis deseos
No salian de las tiendas y rediles.
Memorias dolorosas de mi pueblo
Con frecuencia venian á conturbarme,
Y destrozar mi seno. Contemplaba
Con intenso pesar su servidumbre,
Y derramaba lágrimas estériles.
La esperanza perdí de su rescate
(Al ménos en el curso de mi vida)
Y si acaso una ráfaga ligera
Alguna vez miré, fué cual relámpago
Que hace en la sombra un sulco y desparece.
Un dia que el ganado apacentaba
Penetré por acaso en el desierto,
Y en el Oreb entré, monte sagrado:
Donde ví de repente que una zarza
Envuelta en vivas llamas, toda ardia
Sin consumirse, y dije sorprendido:
Voy á ver por mi vista este milagro:
¿Cómo es que arde la zarza y no se quema?
Entónces una voz de entre las llamas,
"Moises, Moises," me dijo: — y yo repuse,
Señor, aquí me tienes. — "No prosigas,
Continuó, mas desata tus sandalias,
Porque es santa la tierra que hora huellas.
Yo soy el Dios de Abraham, el de tu padre,
Y el de Isaac y Jacob." — Cubrí mi rostro
Sin atreverme á ver tanto prodigio,
Y desligué el calzado de mis plantas. —
"Yo ví (siguió la voz) desde los cielos
Lo que sufre mi pueblo, sus clamores
Llegaron á mi oido, y he bajado
Á templar su dolor, á darle ensanche,
Sacarlo del destierro, y conducirlo
Á otra tierra feraz, buena, espaciosa,
Que brota de su seno miel y leche:

La que á Abraham ofrecí y á su linaje
En perdurable don. Vé, y te apresura
Para partir á Egipto, donde quiero
Que á su Faron intimes de mi parte
Deje salir en paz el pueblo mio. —
¿Quién soy, repuse yo, para que logre
Persuadir al monarca á dar al pueblo
Soltura y libertad? Yo sé que tú eres
El Dios de nuestros padres, y conozco
Tu infinito poder; mas si me piden
Que declare tu nombre ante las gentes,
Entónces ¿qué diré? Mira que me hallo
Sin gracia y valimiento, ¿cómo puedo
Lo que mandas cumplir? — "Yo iré contigo,
El Señor replicó, y mi nombre es éste:
El que es: con esta voz en todos tiempos
Conocido seré. Yo formé el mundo,
Dueño soy de los cielos y la tierra,
Soberano y Eterno. Mis mandatos
Despreciará Faron; lo sé, y por esto
Extenderé mi brazo poderoso,
Quebrantaré su pueblo, y con prodigios
Salvos os sacaré de entre sus manos. — "
Mal seguro y dudoso todavía
Le repliqué, Señor, y si dudaren
De la verdad ¿qué haré? — Toma tu vara,
Dijo el Señor, y arrójala en la tierra."
Hícelo, y al momento convertida
Quedó en una serpiente, que veloce
Giraba por el suelo, y tortuosa
Con nudos y revueltas se enredaba.
Huir quise espantado, mas me dijo
El Señor, la cogiera, y al momento
Á recobrar volvió su forma antigua;
Al seno me previno que metiera
La mano, y la sacára, y la ví toda
Mas blanca con la lepra que la nieve;

La volví á introducir, y quedó limpia. —
"Si cuando intimes tú mi órden suprema
Crédito no te dieren, un prodigio
Harás, dijo el Señor : si persistieren
En su necia ceguera, haz á sus ojos
Manifiesta una nueva maravilla;
Y si aún no me dieren obediencia,
Descargaré sobre ellos mis furores,
Volveré sangre el agua de su rio,
Los llenaré de plagas, y la muerte
Derramará el espanto en sus moradas." —
Prometióme de nuevo sus auxilios,
Y me mandó por último tomase
Por compañero á Aron de aquesta empresa.
Partí de aquel lugar lleno de asombro,
Á mi casa volví, tomé mi esposa,
Que de su padre se apartó llorando,
Y yo, tambien llorando, adios le dije.
Emprendí mi camino pobremente
Por arenas y estériles quebradas,
Con ánimo y valor. La suma empresa
De que vengo encargado, combatia
Con viva agitacion mi pensamiento :
Miraba por delante mil peligros,
Zozobras, riesgos, azarosos lances
Que á prueba ponen la constancia : via
Las dudas de mi pueblo, sus sospechas,
Y la dureza de Faron : mas nada
Pudo ya detenerme, que el Eterno
Me alienta y fortifica : sus preceptos
Viven en mí grabados. Una tarde
Cuando el sol ocultaba ya sus luces,
Al rendir con cansancio la jornada,
Un ángel ví que alzándose terrible
Sale á mi encuentro y me amenaza airado,
Diciéndome : — "Si eres israelita,
¿Cómo tienes un hijo incircunciso?" —

Al punto mi mujer toma temblando
Un pedernal, y al niño circuncida
Y bañando mis piés con sangre, exclama: —
"¡Eres tú para mí sangriento esposo!" —
El ángel se ausentó diciéndome ántes: —
"El que escogió el Señor para ser guia
De los demas, y guarda de sus leyes,
Perfecto debe ser." — Yo mi camino
Seguí de nuevo, y al Oreb llegando,
Lugar de la vision, monte eminente,
Veo que mi hermano Aron viene, y el ósculo
Dándome de salud: — "Á tí me envía
El Señor, dice, y seguiré constante
Tus huellas." — Yo le estrecho entre mis brazos,
Pongo en su boca las palabras santas
Que escuché del Señor, y le confio
La misteriosa vara. Caminamos
Muchos dias por el árido desierto:
Toqué del Sinai las quebradas faldas,
Ví del mar Eritreo las turbias ondas,
Y circundé solícito su orilla.
Dejé los anchos campos que me dieron
En mi persecucion seguro asilo,
Y de nuevo miré la tierra fértil
Del celebrado Egipto. ¡Cuán hermosa
Apareció á mis ojos! ¡Qué recuerdos
Tan opuestos sentí! Si era mi patria,
Era tambien suplicio de mi pueblo.
Entónces os junté, y presente os hice
La aparicion de Dios, sus prevenciones
Y estas mismas palabras que hoy refiero:
(Perdonad si mi labio las repite) —
Al rey me dirigí, cuya soberbia
Se irritó con oirme, y mandó al punto
Acrecentar al pueblo sus trabajos
Sin tasa y miramiento. Desde entónces
Vive el dolor tenaz en mis entrañas.

Vive la compasion, mas tambien vive
Firmísima esperanza. El Dios excelso
Que de los hombres las acciones pesa
En eterna balanza, y que escudriña
Los corazones con su luz, permite
En el rey la dureza, por castigo,
Y en nosotros, por prueba. Estoy seguro
De la eterna verdad de sus promesas :
Son más firmes y estables que los montes :
Más que el sol y la luna permanentes :
Primero faltarán los astros todos
Que ellas, en sólo un ápice. Dispuesto
Estoy á sostenerlas y á sellarlas
Derramando mi sangre. Hermanos mios,
No ofendais al Señor con vanas dudas :
Dejarémos bien pronto esta morada
De amargura y tormento, y pasarémos
Á otro suelo feliz de paz y dicha,
Do crezca nuestro pueblo y se dilate,
Y en él erija el culto verdadero :
Do nazca el Salvador, que de la tierra
Entera lanzará la servidumbre,
Y el reino afirmará de la justicia
Por siglos y más siglos. ¡Oh tú, cielo,
Apresura este plazo, y nos envia
Noble resolucion y alta esperanza,
Á fin de que ayudemos esforzados
Á que tengan efecto tus promesas!

PRINCIPIO DE UN POEMA TITULADO

LA REVELACION

PROPOSICION É INVOCACION

El fin de aqueste siglo de malicia,
El triunfo de Jesus sobre el pecado,
La ruina del error y la injusticia,
El orbe en nueva gloria trasformado,
Y el reino de verdad y de justicia
Sobre eternos cimientos levantado,
Pretende celebrar humilde y pia,
Tímida, la cristiana musa mia.

Espíritu divino, que antecedes
Á los remotos siglos más lejanos,
Que Dios en ser, consustancial procedes
Tú del Padre y el Hijo soberanos :
Luz aspirada y viva, que concedes
Al hombre que se acerque á tus arcanos,
Vivifica, Señor, Único, Sabio,
Del hijo de la nada el yerto labio.

Tú viertes en las horas de quebranto
En mi doliente pecho la dulzura,
Rompes las fuentes del copioso llanto,
Y abres mi corazon á la ternura :
Hora que de la noche el negro manto
Se extiende, y reina la tiniebla oscura,
Baja piadoso á mi alma, la ilumina,
Y á tus altas moradas la encamina.

Que sólo así este polvo, que te implora,
Llegará á tu adorable acatamiento,
Sin que tu llama activa y vengadora
Castigue su liviano atrevimiento;
Y admirará tu ciencia, triunfadora
Del humano rebelde entendimiento:
En toda inteligencia, sin tu ayuda,
La mente es ciega y la palabra muda.

Excelso Sér, altísimo Misterio,
Lumbre á mis pasos, de mis dudas calma,
Alivio en el dolor y refrigerio,
Única vida indeficiente al alma;
Líbrame del terreno cautiverio,
Dame que obtenga la triunfante palma
De mis antiguos yerros y pasiones,
É infunde en mí tus soberanos dones.

Y tú, Criatura hermosa, que pasaste
De esta tierra infeliz, con blando vuelo,
Á esa region de paz, donde encontraste
Reposo sin afan, gozo sin duelo;
Pues que llena de gloria, no olvidaste,
Al pisar los alcázares del cielo,
El afecto de esposa, con que un dia
Tu esposo coronaste de alegría:

Vuelve la vista, amada Elisa, y mira
Esta obra, que consagro á tu memoria,
Renovando las cuerdas de mi lira,
Que de tu huesa al pié yace sin gloria;
Y á tu amador ardiente, que suspira
Por dejar esta vida transitoria,
Abreviando los plazos de tu ausencia,
Ruega al Señor conceda su asistencia.

EL ALMA EN UNA VISION SE SEPARA DEL CUERPO — EL ÁNGEL DE LA GUARDA — REINO DE LA MUERTE

Desde aquel triste y espantoso dia
En que Elisa murió, bella y serena,
Y puesta en el sepulcro, parecia
Desfallecida y lánguida azucena;
Su morada quedó yerma y sombría
De amargo llanto su familia llena,
Y yo ¡triste! oprimido, con tributo
De horrenda asolacion y negro luto.

Una vez, que mis ojos se cerraron,
Con doloroso llanto adormecidos,
Y tras luenga vigilia se entregaron
Á penoso letargo mis sentidos,
Pavorosas sentí que resonaron
Las voces de la muerte en mis oidos: —
"Se va á extinguir el soplo que te alienta,
Rinde, mortal, de tus acciones cuenta."—

Gimo, y mi corazon duda y se arroja
Á nueva lucha, palpitando incierto;
Y el ánimo oprimido de congoja,
El rostro frio de sudor cubierto,
Conozco como el alma se despoja
Con íntimo dolor del cuerpo yerto;
Como aquella, á su Dios temblando vuelve,
Y éste en pura materia se resuelve.

Hállome sólo, á la espantosa orilla,
Que divide los términos del mundo:
Nebulosa region, dó el sol no brilla
Y turbulento bate un mar profundo.
Al punto en una mísera barquilla

Cubierta de algas, entre cieno inmundo,
Un ángel me tomó, partió violento,
Y el agua hendió con raudo movimiento.

La interrumpida luz, fúnebre, escasa,
De un fuego subterráneo que á lo léjos
Un monte inmenso retumbando abrasa,
Entre nieves lanzando sus reflejos,
El rastro alumbra, dó la barca pasa.
Atónitos mis ojos y perplejos
Ven las olas rodar, correr los montes,
Y ensancharse los negros horizontes.

De luz teñida, entre la sombra muerta,
Resaltaba brillando la figura
De mi ángel tutelar, toda cubierta
De una rica y espléndida armadura:
Rige firme el timon su diestra experta;
Con la otra mano, lleno de tristura,
Cubre el bello semblante pensativo,
Y su mismo pensar lo muestra esquivo.

Despues de una pasmosa travesía,
Tan veloz como el mismo pensamiento,
Do amarrida la vista discurria
Entre objetos de horror con desaliento,
Y el ánimo agitado padecia
De incierto porvenir todo el tormento,
Á una isla sin verdor la barca llega,
Y en sus playas estériles me entrega.

Allí sobre un peñon, á quien reviste
De defensa y terror un muro fuerte,
Un alcázar se eleva, donde asiste
Inexorable y ávida la Muerte,
De sus negras estancias, la Hambre triste,
La Peste asoladora, el Tedio inerte,

Los Males todos entre sí ligados
Salen, contra los hombres conjurados.

La Muerte misma entre confusa niebla
Asomó alguna vez su frente pálida.
Asqueroso el cabello que la puebla,
Ojos hundidos, la figura escuálida;
Sepultando en olvido y en tiniebla
La tierna juventud, la edad inválida,
Inocencia, beldad, siervos, monarcas,
Y ciudades enteras y comarcas.

Allí la cruda y espantosa Guerra,
Sobre peñascos ásperos ligada
Con cadenas durísimas, aterra,
Bramando, la comarca desolada:
Cuando el brazo de Dios la echa á la tierra,
Parte, como una furia encarnizada,
Agitando en sus manos giganteas
Sangrientas armas y encendidas teas.

Por altas peñas, entre arenas muertas,
Turbas de toda edad ví numerosas,
Que clamando tendian sus manos yertas:
Ví desangradas sombras que medrosas
En silencio á su fin iban inciertas:
Así del mar las olas presurosas,
Que en sucesivo afan la orilla hieren,
Se agrupan, corren, y llegando mueren.

No hay un solo mortal que no visite,
Para nunca volver, esta ribera,
Que el plazo funeral llorando evite,
Ni ablande con gemir la suerte fiera,
Y que en silencio allí no deposite
Su esperanza, su amor, su gloria entera:
De mil reyes los nombres celebrados
En rota losa ví, casi borrados.

Esto miraba yo, cuando á su planta
Me hizo doblar el ángel la rodilla
Dó, tremolando al viento, se levanta
La enseña de las tumbas amarilla:
Formó de polvo con su mano santa
En mi frente una cruz, y mi mejilla
Tocó diciendo: — "esta señal te advierte
Que el hombre triste en polvo se convierte." —

Aquel reino de espanto, en un momento
Cayó en nuevo pavor: la luz se agota:
Cesa del mar el rudo movimiento
Con que las rocas cóncavas azota:
Calla la Guerra, que con ronco acento
La comarca tristísima alborota;
Y de la destruccion al grito alterno
Suceden soledad, silencio eterno.

EL ESPACIO — ABANDONADA LA ALMA EN ÉL, TEME POR SU SUERTE FUTURA

El Alma entónces vaga dolorida
De sombra en sombra, en dudas abismada,
Como piedra al acaso desprendida
En los antiguos senos de la nada:
Ni término, ni asiento, ni medida
Encuentra en la extension inanimada
Que recorre, buscando el bien natío,
Y dó quiera se encuentra en el vacío.

¡ Terrible situacion ! La inteligencia
Con que el hombre al nacer se vió dotado
Para gozar de Dios la suma esencia,
De inextinguible amor centro abrasado,
Cediendo con despecho á la violencia
Que la aparta del término anhelado,

En tinieblas densísimas se ofusca,
Y se aleja del bien cuando le busca.

¿Dónde estoy? ¿á dónde voy? ¿qué dura suerte
Así me oprime cual pesada carga?
¿Seré presa indefensa de la muerte?
¿Al tédio cederé que me aletarga?
¿Ó superando las edades, fuerte,
Viviré siempre en soledad amarga,
Sin gozar de la vista clara y pura
Del que es primer Amor, suma Hermosura?

Tú, que llenas de brillos á la aurora
Y coronas de rayos la mañana,
Que haces nacer el sol, que el mundo dora,
Y vistes de candor la nieve cana;
Tú, á cuya voz su luz consoladora
La luna esparce por su esfera vana,
Cuando la muda tierra se adormece,
Y el cielo vigilando resplandece:

Tú, que excitas los íntimos ardores
En que la esencia inmaterial se abrasa
De llegar á tus vivos resplandores,
Y en tí los bienes merecer sin tasa:
Tú, que infundes amor, y eres de amores
Fuente siempre perenne, nunca escasa,
¿Condenas á este objeto, dulce y caro,
Á terrible orfandad y desamparo?

Tarde te conocí, Criador amable,
Belleza siempre nueva y siempre antigua,
Lazo blando de afecto deleitable,
Dulce solaz que el ánimo apacigua:
Tú sólo eres contento perdurable:
Sombra que los ardores amortigua:
Se hallan en tí, sin repugnancia unidos,
Encanto al alma y gozo á los sentidos.

¡ Oh ! ¡ qué será de mí, si á ese tu centro
No vuelo desatado en viva llama,
Tras el deseo férvido que dentro
Del seno vive y sin cesar lo inflama !
Si movido de amor, amor no encuentro,
¿ A dónde mi existencia se derrama ?
¿ Qué es el vivir si el corazon no quiere ?
¿ Y qué la voluntad si el amor muere ?

Si á tí, sagrado Fin, no existo junto,
Ni he de mirar tu faz cabe tu asiento,
Si soy objeto de odio, venga al punto
Mi total destruccion y acabamiento,
Y el inmortal espiritu, difunto,
Perezca con el cuerpo macilento :
Si el alma de la nada fué formada,
Condénala otra vez á que sea nada.

¿ Mas qué digo, insensato ? ¿ qué pronuncia
Movido de terror el torpe labio ?
¿ El alma morirá, si ella renuncia
La vida, de su esencia con agravio ?
¡ Inútil esperar ! Todo me anuncia
Que al formarme de Dios el dedo sabio,
Con libertad y con razon cumplida,
Me dió tambien perpetuidad de vida.

¡ La nada !... ¿ qué es la nada ? en la materia
Podrá ejercer acaso sus rigores.
Mas no en el alma, que inmortal, no feria
Por muerte vil sus dotes superiores :
Será eterna su dicha ó su miseria,
Perpetuos sus placeres ó dolores ;
Mas no se logrará que ella sucumba
Al inútil reposo de la tumba.

Jamas seré tu presa, nada odiosa :
Yo sostendré contra tu fuerza inerte

El rigor de una vida trabajosa,
Unido á las congojas de la muerte.
Dilata mi existencia dolorosa,
Que vivo ¡ oh Dios ! en tu rigor me advierte ;
Libra mi esencia de la nada fria,
Y prolonga por siglos mi agonía.

Así clamando contra mí batallo,
Y al dolor y tormentos me sentencio ;
Mas do quier que me vuelva, sólo hallo
Delirios, soledad, sombras, silencio.
Me hundo en nuevos abismos, tiemblo, callo,
Y ni lugar ni tiempos diferencio :
Paro en un punto, y con igual suceso
La eternidad me abruma con su peso.

PRESENCIA DE JESUCRISTO — JUICIO PARTICULAR — INTERCESION DE ELISA

Cuando hé aquí que de súbito aparece
Lejano resplandor que me deslumbra,
Y en forma circular se acerca y crece
Astro sereno, que el espacio alumbra :
En medio un trono fúlgido se ofrece
Que con vivos crisólitos relumbra,
Y de oro en candelabros diferentes
Siete antorchas lo cercan refulgentes.

Sostienen su peana extraordinaria,
Entre nubes, alados querubines :
Fórmanle al rededor corona varia
Hermosos y abrasados serafines :
Los rayos de la excelsa luminaria
Penetran del espacio los confines :
Asombróse de ver la Noche negra
En sus reinos la luz, que el cielo alegra.

Sobre el trono se ostenta fulminante
El Hombre Dios, con majestad ceñido
De una dorada zona rutilante,
Y de bordada púrpura vestido.
Rayos sus ojos son, sol su semblante:
Su cabello de luz brilla teñido:
Y calzados sus piés con rico adorno,
Lucen cual oro derretido en horno.

Cuando su diestra en la extension levanta
Cércanla en derredor siete luceros,
Que jamas otros de belleza tanta
Vió el empíreo cruzar por sus senderos:
Proceden de su boca sacrosanta
De espada de rigor dobles aceros:
Resuena de sus labios el acento
Como el mar agitado por el viento.

Herido de su luz con el torrente,
Que absorto miro y temerario arrostro,
Me abandonan las fuerzas de repente,
Súbita palidez cubre mi rostro,
Y ante el solio del Hijo Omnipotente
Temblando caigo, y con pavor me postro:
La inmensa claridad en que me anega
Es rayo que me abate y que me ciega.

Sonó su voz, y penetró en mi oído
Aturdido de horror, de espanto lleno,
Cual si oyera con hórrido estampido
De monte en monte retumbando el trueno.
— " Yo soy, dijo, principio conocido
Y único fin tambien de cuanto ordeno:
Yo tengo con dominio sempiterno
Las llaves de la muerte y del infierno.

" Apréstate, mortal, y de tu vida
A mi justicia rinde estrecha cuenta. ,, —

Al momento una luz desconocida
Dejó mi mente de ilusion exenta,
Y con asombro ví, no interrumpida,
La serie de mi vida turbulenta:
Las horas de mi edad todas vinieron,
Y contra mí los años renacieron.

Como en cueva profunda, tenebrosa,
Por edades cerrada entre malezas,
Si repentina antorcha luminosa
Penetra por sus hondas asperezas,
Se ofrecen á la vista temerosa
De monstruos mil cristadas las cabezas,
Que al súbito fulgor rugen, se erizan,
Y entre sí se destrozan y encarnizan:

No de otra suerte en la conciencia mia
Monstruos se sublevaron horrorosos,
Aletargada turba, que dormia
En los senos del alma misteriosos.
¡Oh Dios! ¡cuál fué mi espanto, mi agonía,
Cuando en tenaces círculos nudosos
Sierpes venenosísimas me ligan,
Rabiosas me sofocan y atosigan!

Alzo la vista con agudo grito,
En lazos de dolor inmoble y preso,
Y ante el solio de Dios encuentro escrito
En tablas de diamante mi proceso.
Una contiene número infinito
De culpas y de errores, cuyo peso
Vence la tierra y mar con sus arenas:
Otro, ¡cuán limitadas obras buenas!

Junto aquella, Satan, fiero enemigo,
Epíritu del mal, con torvo ceño,
Terrible acusador, sagaz testigo,
Encarece mis culpas con empeño,

Y demanda insolente mi castigo
Como el de siervo vil áspero dueño :
Horroriza á los ojos su figura
Negra en color, gigante en estatura,

Al lado de ésta lagrimoso asiste
El Espíritu ilustre de mi guarda,
Intentando librar á mi alma triste
De la desgracia eterna que la aguarda :
Á los ataques de Satan resiste,
Y el breve plazo funeral retarda :
En esto el sumo Juez cerró la audiencia
Para dar de sus labios la sentencia :

Y tomando en sus manos la balanza
Con que del hombre las acciones pesa,
Y el premio y el castigo, sin mudanza
Distribuye, conforme á su promesa :
Cuando la débil luz de mi esperanza
En humo se exhalaba y en pavesa,
Creyendo oir con penetrante grito :
De mi presencia apártate, maldito :

Una hermosa mujer ví que venia
Á quien ligera nube circundaba,
Los ámbitos llenando de alegría
Que con sereno vuelo atravesaba :
Rastro extenso de luces la seguia :
Aromas á su paso derramaba :
Nunca tan linda la risueña Aurora
Nace del terso mar, y el cielo dora.

Viste preciosa túnica de lino,
Más cándida y más pura que la nieve,
Que en monte excelso al cielo convecino,
Del sol en su cenit los rayos bebe :
Cubre un velo su rostro peregrino :
Calza sandalia de oro su pié breve :

Llega al solio, descúbrese y rendida
Dijo, con voz de mí reconocida: —

"Soberano Señor, si á esta tu sierva,
Que ante tu acatamiento se anonada,
Tu clemencia sin límites reserva
Que merezca esta vez ser escuchada,
Por un ser infeliz, á quien conserva
Mi no olvidado amor la fe jurada,
Imploro tu piedad : pecó como hombre,
Pero nunca, Señor, negó tu nombre.

"Que en su inmortal espíritu, nacido
Para la eternidad, objeto de ella,
Ofuscado se vió, mas no extinguido
El rayo hermoso de su lumbre bella :
Como en el pedernal endurecido
Oculta permanece la centella,
En su alma conversó tu fe divina,
Cual luz inestimable, peregrina.

"¡Qué de veces absorto, viendo escrito
Tu refulgente nombre allá en el cielo,
Lloró su triste corazon marchito,
Henchido de dolor, presa del duelo;
Y llamado de tí, Bien infinito,
El fango desdeñó del hondo suelo,
Aspirando con ala voladora
Tocar al trono dó tu Esencia mora!

"¡Oh, si en objetos viles, subalternos,
No se hubieran sus ojos engañado,
Ni con pasos indóciles, alternos,
De tus santos caminos descarriado,
Hora en tus tabernáculos eternos
La sien ceñida de laurel sagrado,
Asentado á tu mesa gozaria
Perpetua holgura en sempiterno dia.

«¿Y qué, Dios de bondad, tú has prevenido,
Por decreto absoluto, irrevocable,
Que este sér con tu sangre redimido,
Sea tizon del abismo miserable?
¿De su eterna heredad desposeido,
Vaso de horror, objeto abominable,
Privado de tus vivos resplandores,
Gemirá en las tinieblas exteriores?

«¿Podrá estar limpio el hombre á tu presencia,
Sulcando de la culpa la mar ancha,
Si la luz de tu pura inteligencia
En los ángeles mismos halló mancha?
¡Ay! su desgracia muévate á clemencia,
Alivia su afliccion, su ánimo ensancha,
No le niegues airado tus consuelos,
Ni le cierres la puerta de los cielos.

«¿Querrás que de dos almas que se amaron
Desde que criadas por tu soplo fuéron,
Que en la tierra gozosas se encontraron,
Y con amor recíproco vivieron;
Que juntas por la vida caminaron,
Y una misma esperanza mantuvieron,
Una quede en tu gloria permanente,
Y que la otra perezca eternamente?

«No lo quieras, Señor, piadoso, bueno,
(Anegada en sollozos le decia)
De tu justo furor depon el trueno,
Perdona la mitad del alma mia.» —
Dijo, y el labio de amargura lleno,
En la diestra del Dios fuerte imprimia,
Y apagó en ella con su dulce llanto
El rayo que brillaba con espanto.

Y elevando despues su rostro bello,
En los ojos del Juez clavó sus ojos,

Suelto en profusos rizos el cabello,
Pálidos de temor sus labios rojos;
Y creyendo en Jesus ver un destello
De compasion, templados sus enojos,
Tímida, vacilante, sin sosiego,
Llorosa renovó su ardiente ruego.—

"Á tu bondad divina sin medida,
Excelsa y suma, cual tu misma esencia,
Á la piedad humana, que se anida
En tus puras entrañas de clemencia,
Se acoge desolada y afligida
Quien tus juicios temblando reverencia:
Perdona, ¡oh Dios! la hechura de tus manos,
Y apiádate, Señor, de tus hermanos.

« Conozco que mi ruego no es bastante
Para impetrar de tí la voz de olvido ;
Pero pongo tus méritos delante
Y la sangre preciosa que has vertido:
Piedad te pido, humilde y suplicante:
En nombre de tu Madre te la pido :
Es mi Madre tambien, ella me guia:
¿Desdeñarás los ruegos de María?"—

PERDON DEL PECADOR. — JESUS ANUNCIA EL FIN DE LOS TIEMPOS. — LOS ÁNGELES PREDICEN EL TRIUNFO DE JESUS Y DE SU IGLESIA.

Oyó este nombre, y su semblante airado
El Juez bañó con plácida sonrisa,
Como en el cielo oscuro y anublado
Blanda luz de repente se divisa,
Que al náufrago en las ondas agitado
Seguro puerto y dulce calma avisa:
Callan los vientos, se despeja el cielo,
Y el íris tiende su gayado velo.

Parte Satan con vergonzosa huida
Á las hondas cavernas del tormento,
Como el ave nocturna, perseguida
Del sol, que sube á su inflamado asiento:
Goza mi rostro el áura de la vida,
Me inspira la esperanza nuevo aliento,
Y cual renuevos del rocío bañados
Alégranse mis huesos humillados.

Jesus abriendo sus purpúreos labios, —
« Ceda el rigor á la clemencia, dijo:
Mi venganza remito y mis agravios,
Y logre el pecador el nombre de hijo.
Yo determino en mis consejos sabios
Que el plazo en éste de su vida fijo
Se prorogue una vez, y allá en el mundo
Expie sus yerros con dolor profundo.

« Pero ántes mirará de mi venganza
El tremendo lugar, dó entre castigos
Penan los que sin luz, sin esperanza,
De su Dios y de sí son enemigos;
Las regiones de paz y bienandanza
Donde colmo de gozo á mis amigos,
Divisará tambien; á tiempo mismo
Verá el cielo, la tierra y el abismo.

« Verá el tremendo dia, que ya preparo
Para dar en el mundo delincuente
Castigo al vicio, á la virtud reparo,
Enarbolar mi cruz gloriosamente,
Romper el seno de la Muerte avaro,
Dar á mi Iglesia triunfo indeficiente,
Y con candado encarcelar eterno
Las rebeldes legiones del Infierno.

« Ya se aproxima la hora que dispuso
Mi Padre en sus recónditos arcanos,

De que fenezca el mundo, y en que puso
Las suertes de los hombres en mis manos.
El torpe reino del Error confuso
No regirá los míseros humanos,
En cuyas sendas brillará constante
Siempre la claridad de mi semblante.

« Ángeles de Jehovah, ministros mios,
Requerid, requerid vuestros aceros,
Que tiempo es ya de encadenar los brios
Del Crímen y el Error, déspotas fieros;
Que desatados de sus antros frios
Pisan mi ley osados y altaneros:
Mi Providencia de temor arguyen,
Talan mi campo, y mi heredad destruyen. ,, —

Dijo, y estas palabras resonaron
Del cielo por las bóvedas extensas,
Y del profundo abismo penetraron
Á los antros de horror y sombras densas.
Escuadras mil Espíritus bajaron,
Que de Jesus en derredor suspensas
Himnos cantaban en unido coro,
Acompañadas de sus arpas de oro.

"Gloria, decian, á tí, que descendiste
De tu asiento inmortal de luces bellas,
Y la llorosa humanidad vestiste
Bañando en sangre de dolor tus huellas:
Triunfante del pecado, el cielo abriste
Al hombre y lo elevaste á las estrellas:
Los cielos se te inclinen y te honoren,
Los hombres y los ángeles te adoren.

"Muéstrate ya, Monarca poderoso,
Ciñe al muslo tu espada reluciente,
Y lleno de hermosura y victorioso
Procede, triunfa, y reina felizmente:

Al imperio te eleven poderoso
Los hechos de tu diestra prepotente,
Y te coloquen en excelsa cumbre
Unidas la Justicia y Mansedumbre

"¿Qué importa que las gentes y naciones
Contra tí se levanten coligadas,
Si á todos los contrarios corazones
Traspasaran tus flechas herboladas?
Tus tendidas banderas y pendones
Harán sombra en regiones apartadas:
El cetro del poder tendrás brillante;
Será inmóvil tu trono de diamante.

"Amaste la virtud, y en los palacios
Dó lleno de splendor alumbra el dia,
El Dios, que vivifica los espacios,
Te ungió en premio, con óleo de alegría.
Coronado de auríferos topacios,
Vertiendo mirra, casia y ambrosía,
Te unirás á tu Iglesia, digna esposa,
Y á tí la elevarás limpia y hermosa.

"Ella, con vestidura donde pinta
Mano divina, para más decoro,
En rojo fondo de encendida tinta
Cándidos lirios y recamos de oro,
Y entre sus cercos de labor distinta
De perlas derramó rico tesoro,
Se acercará su Esposo, tierna amante,
Como de aromas mil nube fragante.

"Oye, Esposa sagrada, atiende, inclina
Tu oído á la alta inspiración del cielo;
Deja esa tierra, que de tí no es dina,
Valle opaco de duda y desconsuelo,
Y eleva el vuelo á la region divina
Dó la santa verdad luce sin velo:

Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

"Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos,
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente.
El orbe á tí se postrará obediente."

Cesaron de los coros los acentos
Que á intervalos el eco repetia,
Y vagos se extendieron por los vientos
Derramando dulcísima armonía.
Los altos cielos al prodigio atentos
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Sólo el monstruo gimió de la venganza.

Las Escuadras angélicas cercaron
Á Jesus, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas.
Al encumbrado empíreo penetraron,
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

Á los muros entró la pompa augusta,
Y la vision al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el espacio se oscurece.
El alma santa, que amorosa y justa
Á los ojos de Dios tanto merece,
Que alcanzó mi perdon, Elisa bella,
Sola quedó cual vespertina estrella.

AUSENCIA DE ELISA

Extática la ví, y á par sumisa
De los cielos beber la luz fulgente,
Despues envuelta en esplendor y en risa
Miróme y ausentóse de repente.
¿A dó vas? ¿á dó vas, amada Elisa?
Ven en mi auxilio, ven, clamé doliente:
No te alejes, y ocultes tu hermosura....
Dije así, y se cerró la noche oscura.

Densa niebla me estrecha y me circunda,
Y sombra de amargor y de recelo,
Largo llanto mis párpados inunda
Privados de la gloria y luz del cielo;
Y me hallo ausente en soledad profunda,
Sin la que fué mi escudo y mi consuelo,
Y al ausentarse me dejó en despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Recuerdo entónces de mis tiernos años,
Las dulces horas con placer corridas,
Cuando fueron mis plantas sin engaños,
Por la materna mano dirigidas.
¡Qué de yerros despues, qué grandes daños!
¡Qué de estériles lágrimas vertidas!
¡Cuántas veces con soplo turbulento
Abrasó el infortunio mi contento!

Y recuerdo aquella hora venturosa,
Orígen de mi amor y mi alegría,
En que tu talle ví, tu faz de rosa
Llena de timidez, Elisa mia;
Y luégo aquella en que tu voz graciosa
En las aras juró que me queria,

Nuestras almas dejando enamoradas,
Con afecto dulcísimo enlazadas.

El áspero sendero de la vida
De flores, por tu mano, ví adornado,
Y tambien en la tumba, tan temida,
El árbol de esperanza ví plantado :
Arbol que elevará su copa erguida,
Con nuestras mutuas lágrimas regado,
Y defendido con cuidados tiernos
Vencerá del sepulcro los inviernos.

Símbolo bello de tu amor precioso
Protegido de tí dará sus frutos,
Y con tu influjo rendirá copioso
De mi arrepentimiento los tributos ;
Hasta que en otro mundo más hermoso,
Mis ojos de llorarte nunca enjutos
Gocen, sedientos de tus claras luces,
La gloria accidental que tú produces.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA SE APARECE DE NUEVO AL ALMA, Y LA CONDUCE POR LAS REGIONES DEL ANTIGUO CÁOS Á LA PUERTA DEL INFIERNO

En pavorosa noche así gemia,
Ciegos los ojos, tímida la huella,
Cuando de pronto en la region vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos extensos descendia
Luciendo en las tinieblas como estrella,
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo.

Y la figura distinguí, gallarda,
Del númen que benéfico me auxilia,

Que entre peligros mi existencia guarda
Y defiende mi sueño y mi vigilia :
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus alas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado amor la antorcha enciende.

Cuando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prision la ciña,
Todo lo olvida el ánima inocente,
Ingenua y candorosa como niña :
Sus conceptos expresa balbuciente :
Tímida los objectos escudriña;
Ó ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda :

Pero entónces el Númen misterioso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina y solícito la ampara.
Éste, que me dirige cuidadoso,
Á mí volvió benévolo la cara,
Y trabando mi mano de su mano
Me habló, como el hermano habla al hermano—

"Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado :
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
Á tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

"Y hora que el Juez supremo te destina
Á recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos, que lo reduzcan á sosiego,

Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

"Ven, pues, y con valor y fuerza entera
Á ver el hondo Abismo te apresura." —
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Conmigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz, desaparece.

Al esplendor templado, que derrama,
Del antiguo Caos vi los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos.
Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservó los elementos
Con que al morir este orbe ya infecundo,
Edifique otros cielos y otro mundo.

Sobre una mole peñascosa y basta,
Armado un Númen de bruñido acero,
Las iras templa y el furor contrasta
De aquel abismo tenebroso y fiero:
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fúlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados,
Braman ante sus piés encadenados.

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebataran en su vuelo
El mar, la tierra, la extension del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo;

Y á la obra del Señor aniquilada
Sucediera el imperio de la nada.

Allá en antros eternos sepultados
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes :
Allí de modos mil eslabonados
Los futuros se inician contingentes;
Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

Un desierto despues miré espantoso
Con charcos y con hielos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso,
Yerma region de lágrimas y olvido :
Un rio lo atraviesa silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido :
La tristeza con llanto interminable
Crece y aumenta el curso miserable.

Descúbrense de allí los altos montes
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento.
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando á las rocas del cimiento,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

EL ALMA ACOMPAÑADA DEL ÁNGEL DE LA GUARDA VISITA EL INFIERNO — PINTURA DE ESTE LUGAR

La mano del Eterno me dispuso
Antes que cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso
Al dolor y tormento preparados,

Dó en perpetuo gemir vivia recluso
El bando de los réprobos malvados :
La dulce compasion aquí no alcanza :
DEJAD LOS QUE PASAIS TODA ESPERANZA.

Estas palabras ví con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé sucinta
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color extinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazon, y un hielo frio
Cuajó mi sangre, encadenó mi brio.

Volviera atras la temerosa planta
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Ángel tutelar, con mano santa
No me tuviera en aquel trance quedo :
Mi contristado espíritu levanta,
Y signando mi frente con el dedo,
Al mismo Infierno me volvió invisible,
Y á su fuego y ardores impasible.

Pasé asombrado la terrible puerta,
Y una ancha escala bajé, tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa :
Desciende en vueltas mil, y deja abierta
Entrada á una caverna pavorosa,
Do empiezan del Infierno las regiones,
Y sus senos de horror, y sus prisiones.

Jamas, tierra infeliz, en tí se anida
El ave tiernamente enamorada,
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni ménos en tus sombras fué sentida
La voz de esposo, ni de esposa amada,

Que expresa con recato, entre caricias,
De una casta pasion blandas delicias :

Mas sólo de la rabia, y las injurias
En tu ámbito letal suena el acento,
De la culpa salaz hijas espúrias,
Hermanas del atroz remordimiento.
Yo vi en tu seno las terribles Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
Romper con duros brazos despiadados
El negro corazon de los malvados.

Ví allí à Nembrot, por su soberbia loca,
Ligado con cadenas diferentes
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor, de ascuas ardientes :
Espumas derramaba de la boca.
Volvia los ojos y crugia los dientes,
Expresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

Al Rico Avaro ví, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazon de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero;
Y en castigo á su culpa merecido
Alzar en vano el grito lastimero,
Miéntras de sus hundidos ojos brota
El llanto de dolor, gota por gota.

Ví de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrompida materia y sangre tibia,
Que mil gusanos recogian hambrientos :
Parece á veces que su mal alivia
Y que cierra sus ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama
De repente en sus carnes se derrama.

¡Cuánto castigo, oh Dios, cuánto suplicio,
Cuántas nuevas maneras de rigores
Ví en aquel triste y doloroso hospicio,
Dó siempre morarán los pecadores!
Duras cadenas, áspero ejercicio,
Rígidos hielos, férvidos ardores,
Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
¡Y nunca ver el apacible cielo!

Hay en aquellos campos una fuente
Que turbia nace entre cavernas hondas,
Y allí penando innumerable gente,
Atascada en sus márgenes hediondas:
En accesiones de una fiebre ardiente
Beben los tristes las dañosas ondas;
Hínchanse, se corrompen, y entran luego
En rabioso delirio sin sosiego.

Bajan las aguas lentas y pesadas
Á formar en un valle un lago extenso,
Que á un lado ciñen rocas escarpadas,
Al otro un bosque pavoroso y denso:
La arena de sus playas abrasadas
Cubre de sierpes mil número inmenso:
No la ancha Libia, fértil en venenos,
Vió con más sierpes sus desiertos llenos.

Donde quiera la planta temerosa
Con abrojos y víboras tropieza:
En unos, picadura dolorosa
Castiga la desidia y la pereza:
En otros, mordedura venenosa
La presuncion altiva y la aspereza:
El aire corrompido, donde toca,
Comprime el pecho, el corazon sofoca.

Un fugitivo en una senda estrecha
Buscaba amparo bajo el bosque umbrío,

Cuando un dragon horrible, que lo acecha,
Al encuentro salió contra él, bravío :
Lo oprime entre sus garras y lo estrecha,
Lo hace gemir con doloroso ahoguío :
Su venenoso aliento en él infunde,
Y aquel sér en su sér une y confunde.

Sepáranse despues el hombre y fiera
En un círculo de humo dilatado.
Quedando aletargada la primera
Y de su piel el hombre despojado :
Una nube de tábanos ligera
Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado
Castigando, violentos é insaciables,
Al que robó á los pueblos miserables.

Guerreros miré allí, conquistadores,
Del bosque por las ramas suspendidos,
Sufrir de un vivo incendio los ardores,
De inflamadas materias revestidos;
Y en tanto que publican sus dolores
Con agudos lamentos y alaridos,
Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
Quema los troncos y la arena abrasa.

Interminable série de cavernas
Abiertas de la playa en rocas duras,
Prisiones asperísimas y eternas
Donde penan las ánimas impuras,
Brillan con rojas llamas sempiternas
Entre las sombras del abismo, oscuras :
La triste luz de sus ardientes fraguas
Refleja á trechos en las muertas aguas.

De sus breves placeres arrancado
Exclama un pecador : ¡ay triste! ¿donde
Me encuentro! — EN EL INFIERNO CONDENADO —
Una voz misteriosa le responde.

Otro, por largos siglos abrasado
En el fuego y el humo, que lo esconde,
Pregunta con despecho : ¿qué hora es ésta?
Y aquella voz — LA ETERNIDAD — contesta.

¡Oh Eternidad terrible y espantosa,
Duracion para el hombre incomprensible!
Sola tú te levantas poderosa
Contra el tiempo y sucesos, invencible :
De encima de tu mole portentosa,
Más alta que la máquina visible,
En regiones tranquilas y serenas
Con sublime mirar, todo lo llenas.

Las corrientes del tiempo asoladoras
Se agolpan de tu trono á los cimientos,
Sin que basten sus ondas rugidoras
Á mover tus perpetuos fundamentos :
Las edades del mundo son tus horas,
Los dilatados siglos tus momentos,
Todo se hunde á tus piés, todo se abisma,
Y eres perpetua tú, siempre la misma.

No llegan á tu oido inexorable
Los ecos del dolor y el blando ruego :
La dicha de los justos inefable
Ves con serenidad y con sosiego :
Debajo de tu trono perdurable,
Abismada en sus cárceles de fuego
El ánima infeliz, de tí no alcanza
Un rayo de consuelo y de esperanza.

Que mucho, que entre llamas y prisiones
Con rabia y con furor clame el precito —
"¡Perezca el dia de llanto y de aflicciones
En que nací á la culpa y al delito!
¡Malditos sean, oh libertad, tus dones!
¡Detesto de la vida el don maldito!

¡Montes, que me escuchais, venid encima :
Vuestra mole mi sér hunda y oprima!"

No de otra suerte la enjaulada fiera,
Entre cadenas y dobladas barras,
En vano se fatiga y desespera
Por romper de su cuello las amarras :
Ruge desesperada y altanera,
Esgrime los colmillos y las garras,
Aumentando la rabia, que la aqueja,
El inútil furor con que forceja.

Entre nublados cárdenos y frios,
Al impulso veloz de airado viento,
Vi agitados espíritus sombríos
Pasar á otras regiones de tormento :
No lleva de los árboles umbríos
Más hojas, en otoño turbulento,
El sañudo aquilon con negras alas,
Despojando las selvas de sus galas :

Ni vuelan en más número tendidas
Por el aire las aves en hileras,
Cuando á nuevas regiones dirigidas
Ven de lejos las húmedas praderas.
Apénas unas turbas son cogidas
Cuando otras turbas cubren las riberas,
Que aquel viento infernal traslada presto
Con repetido soplo al lado opuesto.

Al fin del muerto lago cenagoso,
En sus aguas pesadas y sin vida
Se espeja, con aspecto pavoroso,
Del Dite la ciudad, toda encendida ;
Sus torres de metal ferruginoso
Y su extensa muralla incandecida
Con espantosa luz brillan de léjos,
Lanzando entre las sombras sus reflejos.

Iguales entre sí sus varias partes
Se levantan con tosca simetría,
Coronados sus muros y baluartes
De gruesa y formidable artillería:
Allí de destruccion todas las artes
Sostienen de Luzbel la tiranía;
Y el que era liberal ante el Eterno
Es déspota y tirano en el Infierno.

Son sus guardias Espíritus guerreros,
Gigantes contra el cielo rebelados,
Cuyos semblantes hórridos y fieros
Por el rayo de Dios se ven sulcados:
Armados, de corazas y de aceros,
Negros como la noche: despechados:
Prontos á la venganza y los arrojos,
Terrífico fulgor lanzan sus ojos.

De la ciudad en medio se levanta,
Sobre cuadrada forma, un edificio,
Que en altura á los otros se adelanta,
De ruda construccion y órden egicio:
Cuatro plazas se extienden á su planta
Destinadas al bélico ejercicio,
Y en ellas, peristilos dilatados
En columnas de Pesto sustentados.

De la maciza mole sobre el centro
Una cúpula inmensa se descubre,
Que atrevida se eleva, y á su encuentro
Flotante niebla su remate encubre:
Vestida de labores por adentro
El solio de Luzbel defiende y cubre,
Y en la extension del liso pavimento,
Bajo rico dosel alza su asiento.

Á la luz de una lámpara que brilla
Sola en aquel lugar, Luzbel sañudo

Se deja ver en poderosa silla,
Atlético en sus formas y membrudo :
Apoya sobre un brazo la mejilla :
Cobrizo de color, pecho desnudo;
Feroz es su mirada resoluta :
Torva su frente, su cabeza hirsuta.

Nunca se viera en lúgubre santuario
Para sangrientos ritos erigido,
Cuando media su curso solitario
La noche, envuelta en sueño y en olvido,
De mano de famoso estatuario,
Al brillar de una antorcha el rayo vivo,
Ante los ojos de aterrada gente,
Coloso más soberbio y más valiente.

NOTA

En la advertencia que precede á los Cantares, se ofreció poner aquí la licencia, que para la impresion de ellos y de los Salmos, dió el Sr. Vicario Capitular de este Arzobispado. En tal virtud, se inserta á continuacion, con el ocurso y dictámen que la motivaron.

Sr. Vicario capitular. — El que suscribe, ante V. S. como mejor proceda, dice: que habiendo hecho la adjunta traduccion parafrástica, en verso castellano, del libro de los Cantares y de algunos Salmos, pide á V. S. la haga examinar, y no resultando en ella (como espera) cosa contraria á la fe, buenas costumbres y reglas establecidas para las versiones de los libros santos, se sirva darle licencia de imprimirla, con arreglo á lo prevenido en las leyes vigentes de la materia.

Méjico, Octubre 27 de 1838. — *José Joaquin Pesado.*

Méjico, Noviembre 9 de 1838. — Pase á la censura del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, prebendado de esta Santa Iglesia. Así lo decretó y rubricó el Sr. Vicario Capitular. — R. Una rúbrica. — *Francisco Patiño,* secretario.

Sr. Vicario Capitular. — He leido detenidamente y con el mayor placer la version parafrástica, que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos hizo el Sr. D. Joaquin Pesado, y que V. S. sirvió pasar á mi censura.

Nada hallo en dicha version parafrástica opuesto á nuestra santa fe ó sana moral. No es esta la oportunidad de encarecer su mérito poético, y yo me alegro, porque

desluciria con mis elogios un mérito superior á todo encarecimiento (1).

Soy de parecer que puede V. S. servirse conceder su licencia para su impresion, con tal de que ántes de la publicacion de la obra se le pase un ejemplar, ó para satisfacerse de que no hay yerro tipográfico, que produzca una inteligencia equivocada, ó para si lo hay, y fuere sustancial, se salve en la fe de erratas. Tal es mi sentir, que someto al superior de V. S. como más acertado. — San Cosme, Noviembre 24 de 1838. — Sr. Vicario capitular. — *Manuel Moreno y Jove.*

Mejico, Diciembre 4 de 1838. — Visto el dictámen que antecede del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, prebendado de esta Santa Iglesia, concedemos nuestra licencia y facultad para la impresion de la version parafrástica que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos ha hecho el Sr. D. José Joaquin Pesado, en los términos que en él se contiene. — Lo decretó y firmó el Sr. Vicario capitular. *M. Posado.* — *Francisco Patiño,* secretario.

(1) Si alguna cosa pudiera hacer creer al traductor que su obra no estaba destituida de todo mérito, seria la favorable calificacion de una persona tan instruida y de tanto gusto como el Sr Moreno y Jove ; pero teme que en esta vez hayan pesado más en su ánimo su misma benevolencia y cortesanía, que los defectos ajenos.



INDICE

PARTE SEGUNDA

Poesias morales

MEMORIAS FÚNEBRES

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS

PARTE TERCERA

Poesias sagradas

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO : MOISES

PRINCIPIO DE UN POEMA TITULADO LA REVELACION

51-84. — Corbeil. Imprenta Crété.

